
Una impostora para
el VIZCONDE
ZOE SCOTLAND

UNA IMPOSTORA PARA EL VIZCONDE

Zoe Scotland

Copyright © diciembre 2025 Zoe Scotland

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

CONTENTS

Title Page
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
CAPÍTULO 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo



PRÓLOGO

Londres, febrero de 1830

El barco se mecía suavemente contra el muelle, y el aire del puerto de Londres traía consigo el murmullo de voces de los transeúntes, el relincho de los caballos que tiraban de los carruajes, el tintinear de los herrajes de otros esperando ser ocupados. Entre el bullicio, una joven de cabello castaño y ojos vivaces color esmeralda se adelantó hacia la pasarela sujetando su falda con una mano y una carta doblada que apresaba con fuerza en la otra. Callie McKenna no podía dejar de sonreír. Tenía el corazón acelerado y la emoción le coloreaba las mejillas con tal ímpetu que ni el más frío de los inviernos podría eliminar su calor. A su lado, otra muchacha, de rizos castaños más oscuros y expresión igual de risueña trataba de contener su risa.

—¿Te das cuenta, Callie? —susurró Mildred Campbell, apretando el brazo de su prima—. ¡Podrían estar esperándonos ya! Quizá con flores… o con un carruaje dorado. ¿Imaginas? Nunca me han regalo flores, ¿a ti sí?

—No digas tonterías —replicó Callie, aunque tampoco podía ocultar la sonrisa—. Dudo que un carruaje dorado pase desapercibido en el puerto. Y recuerda que no debíamos atraer miradas… Tampoco he recibido flores de nadie —dijo mirándola y cubriéndose la boca.

Ambas dieron un pequeño salto cuando sus botas tocaron por fin suelo firme. Fue un gesto mínimo, casi infantil podría decirse,

pero imposible de disimular. Entre otras cosas porque eran solo dos muchachas de dieciséis años, recién llegadas desde Escocia, y Londres se extendía ante ellas como una promesa resplandeciente.

Callie se miró la mano y volvió a abrir la carta, cuidando de que el viento no se la arrebatara. La caligrafía era elegante, masculina:

…hemos oído tantísimo hablar de las encantadoras hijas de los McKenna y los Campbell, cuya belleza y gracia son tema de conversación en los salones londinenses. Que aunque parezca atrevida la propuesta, después de más de un mes de misivas, me voy a atrever a ello. Sería un honor poder gozar de su compañía, es más, me he dado cuenta de que tenemos tantas cosas en común que estoy deseando respirar el mismo aire que usted, y si cuando me tenga en frente me lo permite, estaría encantado de poder pedir su mano, primero a usted por si sufro un rechazo, después si me acepta, viajaremos a Escocia para hacerlo como su familia se merece. Tanto mi primo como yo morimos de ganas por recibirlas con un baile en sus nombres. Un carruaje las recogerá al amanecer del último día de Febrero si aceptan.

Callie soltó un pequeño suspiro.

—¿Crees que de verdad se habla tanto de nosotras en los bailes de aquí? —preguntó Mildred, mordiéndose el labio.

—Eso dicen —respondió Callie, con un brillo travieso en los ojos—. Quizá Londres esté más aburrido de lo que imaginábamos.

Las dos rieron, cubriéndose la boca con la mano, temiendo que alguien escuchara su ilusión. En realidad, lo que temían era despertar y descubrir que todo aquello era un sueño.

Habían salido a escondidas, con la luna por testigo. Tanta había sido la prisa que, Mildred, en su apuro, había olvidado su última carta recibida sobre la mesa del tocador en su alcoba.

—No puedo creer que la dejaras allí —dijo Callie, entre enfadada y exasperada.

—Fue culpa de mi madre —protestó Mildred—. Casi me descubre antes de deslizarme por la ventana de mi alcoba. Si no llega a tropezarse con el gato, jamás habría salido a tiempo. Fiufui me ha salvado la vida, cuando regrese le daré comida extra durante una semana en agradecimiento.

Callie negó con la cabeza, pero la sonrisa seguía en su rostro.

El puerto bullía de movimiento: hombres descargando barriles, caballos relinchando, marineros riendo mientras amaraban sus barcas. Y en medio de ese caos, dos jóvenes soñaban con su primer baile londinense y con los caballeros que, según aquellas cartas, aguardaban impacientes por conocerlas y así proponerles un compromiso a cada una.

—Vamos —dijo Callie finalmente, guardando la carta en el bolso—. Según esto, alguien vendrá a buscarnos aquí mismo.

—¿Y si no vienen?

—Vendrán —respondió con firmeza—. Nadie escribe palabras tan bonitas sin intención de cumplirlas. Con esta carta ya eran, ¿cuántas, doce? Vendrán, claro que vendrán.

Caminaron juntas, intentando aparentar seguridad. Sus faldas se mecían con cada paso, y el sol de la mañana brillaba sobre sus cabellos. Ninguna de las dos lo sabía aún, pero aquella ilusión inocente sería el comienzo de algo mucho más oscuro que un simple baile. Porque, aunque Londres las esperaba, no eran los caballeros apuestos, elegantes y educados que ellas creían quienes ansiaban su llegada… sino un destino un tanto más cruel, que ya había puesto los ojos en ellas.

CAPÍTULO 1



Escocia febrero de 1830, dos días después

—No ha podido desaparecer, padre, debe estar en alguna parte del castillo, no hemos buscado bien —dijo Duncan pasándose las manos con desesperación por la nuca.

—He puesto el castillo patas arriba, no está por ninguna parte, hijo, o se la han llevado o ha desaparecido como por arte de la magia más oscura que jamás se ha visto —dijo el padre angustiado.

Habían pasado toda la noche buscando, preguntando y sospechando de cualquier persona cuando se dieron cuenta de que Callie no se encontraba en el castillo. No era propio de aquella muchacha marcharse sin dar explicaciones de adonde iba, nunca había actuado así.

—Mi señor —pidió permiso para hablar una mujer destinada al servicio del castillo—, me he enterado de algo mientras caminaba en dirección al pueblo.

—Habla mujer, si tienes algo que decir sobre este asunto habla, déjate de cuchicheos, habla de una maldita vez, no te quedes ahí, ¿no ves la angustia que estamos soportando? —dijo el padre de Callie.

—Al parecer tampoco encuentran a Mildred. La hija de su hermana.

La mujer dijo aquello y encogió entera esperando que su amo le gritara necedades sobre lo dicho. En cambio, Duncan y su padre se miraron alarmados. Entonces fue cuando Duncan, preso del pánico decidió salir del castillo, caminar con prisas a las caballerizas y montar a caballo sin perder un segundo. Partió hacia el hogar de los Campbell, el que quedaba a apenas a media hora del castillo de los McKenna.

El camino, aún cubierto por restos de nieve, parecía más largo que nunca, la prisa apremiaba, y cada latido de su corazón le golpeaba en las sienes con fuerza.

Cuando llegó a destino, no guardó las formas como de costumbre hacía, ni esperó a que el mayordomo anunciara su presencia; Duncan no esperó, subió las escaleras de dos en dos, guiado por un presentimiento que le revolvía el estómago. Conocía aquella casa desde niño. Sabía perfectamente dónde estaba la alcoba de Mildred, así que se dirigió allí guiado por los alaridos de una madre desesperada que lloraba la desaparición de su hija.

La puerta estaba entreabierta.

Y dentro, su tía —la hermana de su padre— lloraba sentada en el borde de la cama, sujetando un pañuelo empapado. La estancia era un desastre: cajones abiertos, ropas desperdigadas por todo el suelo, el armario con las puertas abiertas y casi vacío, como si alguien hubiera salido con prisas y hubiese querido llevarse lo máximo.

—Tía Margaret… —murmuró él, deteniéndose en el umbral.

Ella levantó la vista despacio al escuchar a su sobrino. Tenía los ojos rojos e hinchados de mucho llorar.

—Duncan… se ha marchado. Mildred se ha marchado sin decir nada. Mi niña… —sollozó, llevándose las manos al rostro—. ¿Qué clase de hija hace algo así?¿Tú lo sabes? si su padre viviera no habría hecho esto.

Duncan tragó saliva. No quería mostrar pánico, pero poco a poco lo sentía subir por la garganta.

Mientras su tía lloraba, él dejó que sus ojos recorrieran la habitación con calma. Algo llamó su atención: un papel doblado que asomaba bajo unos libros encima del escritorio. No era una carta corriente; estaba lacrado con un sello que no pertenecía a ningún McKenna ni a ningún Campbell, ni siquiera conocía el sello.

Se acercó despacio, lo tomó y lo abrió.

Tres líneas bastaron para helarle la sangre.

Promesas. Halagos. Una invitación a Londres firmada por un caballero desconocido que aseguraba haber oído maravillas sobre la encantadora Mildred Campbell, y que deseaba conocerla cuanto antes para formalizar un compromiso ventajoso.

La carta era demasiado atractiva para que una joven no sintiera curiosidad o se ilusionara perdidamente.

Duncan cerró los ojos un instante sintiendo como el terror se le metía en el cuerpo. Un cuerpo fuerte, grande, musculoso, pero en ese momento débil y enclenque como el de un niño de dos años.

—Tía… Mildred no ha huido —dijo con un tono serio que hizo que ella alzara la mirada—. La han engañado. Y algo me dice que a mi hermana también, las dos han desaparecido, y esto me da alguna pista de que las personas que están detrás tenían especial interés por ella.

Ella abrió la boca, horrorizada.

Duncan no esperó; se guardó la carta en el bolsillo y la ayudó a ponerse en pie. Poco después, bajó las escaleras para regresar de nuevo a su hogar y así informar a su padre de lo que creía que había podido ocurrir.

El hombre una vez escuchó todo lo que su hijo le contaba tomó la carta, la leyó con lentitud y su respiración se volvió más errática a cada palabra.

—Esto es obra de un seductor, o de un bribón —gruñó, golpeando la mesa con el puño—. ¡O ambos! Avisaré a las autoridades del condado. Harán batidas por los caminos, y avisarán a los guardias de las ciudades principales. No pueden haber llegado lejos.

Duncan asintió… pero algo en él no se calmó. Las autoridades escocesas —los sheriffs locales y sus agentes— harían su trabajo, sí. Pero él conocía a su hermana. Sabía que Callie, incluso engañada, buscaría la luz, la música, la promesa de vivir un sueño como el que se les proponía en esa carta.

Y si ese sueño solo se podía conseguir en un lugar, entonces él ¿qué hacía en Escocía?

Al darse cuenta de ello, sintió cómo algo se encendía dentro de él —determinación pura, profunda, inquebrantable.

—Padre —dijo con firmeza, mirándolo a los ojos—. Permita que ellos hagan su parte aquí. Pero yo… yo viajaré a Londres.

—¿A Londres? —repitió su padre, sorprendido—. ¿Y qué piensas hacer allí tú solo?

—Instalarme como corresponde al título que heredé. El nombre de vizconde de Blackridge será suficiente para moverme sin despertar sospechas de ningún tipo. Y cuando Callie y Mildred aparezcan —porque aparecerán— quiero estar allí. Quiero ser yo quien las abrace. Y deseo ser yo el que mire a ese hombre a los ojos.

La habitación quedó en silencio unos segundos.

Finalmente, su padre asintió, vencido por la angustia pero consciente de que Duncan tenía razón.

—Ve, entonces. Pero mantenme informado. Y… por todos los cielos, ten cuidado.

Duncan inclinó la cabeza. No había tiempo que perder. Londres lo esperaba. Y, en algún lugar de esa ciudad inmensa, también su hermana y prima.

CAPÍTULO 2



Londres

El puerto hervía de actividad: marineros descargando cajas, mujeres avanzando con cestas en los brazos, carruajes abriéndose paso entre gritos y ruedas sobre los adoquines. Aun así, Callie y Mildred solo podían sentir la emoción.

—¡Lo hemos logrado! —susurró Mildred, soltando una risa nerviosa mientras tomaba la mano de su prima.

Callie también rio, aunque intentaba mantener un porte más propio de una dama.

—Recuerda que somos invitadas de honor… al menos eso dicen esas cartas tan elegantes. Debemos comportarnos como tal.

Las dos dieron un pequeño saltito, discreto pero lleno de ilusión, y avanzaron entre la gente hasta el punto donde, según la carta, debía estar esperándolas un carro enviado por sus admiradores londinenses.

Y lo encontraron enseguida.

Un caballero increíblemente apuesto, vestido con un abrigo oscuro, y un sombrero perfectamente torneado, les hizo una reverencia al verlas acercarse. Su sonrisa tenía la suavidad exacta para inspirar confianza.

—Mis señoritas —dijo inclinando la cabeza—. Es un honor recoger a dos jóvenes tan encantadoras. Sus caballeros aguardan impacientes para darles la bienvenida.

Las chicas se miraron con ojos centelleantes.

—¿Lo ves, Callie? ¡Todo es verdad!

—Parece que sí… —respondió ella, sintiendo cómo la emoción le aceleraba el corazón.

El hombre abrió la puerta del carruaje con un gesto elegante. Parecía sacado de la más dulce expectativas de cualquiera de ellas.

Sin sospechar nada, las chicas subieron. Pero en cuanto el caballero cerró la puerta desde afuera… la ilusión se desmoronó.

Dentro no había música ni flores, ni caballeros atentos. Solo dos hombres corpulentos, podría decirse que algo sucios, de piel grasienta y ropas manchadas. Uno tenía la barba tan enmarañada que parecía un matorral; el otro, un brillo aceitoso en la cara y los dientes amarillentos por falta de higiene. Ambos las observaban con una sonrisa asquerosa que erizó la piel de las muchachas.

Mildred soltó un pequeño grito. Callie sintió que el estómago se le subía a la garganta.

—¿Qué… quiénes son ustedes? —preguntó Callie, llevándose una mano al pecho.

—Esto no es lo que decía la carta —añadió Mildred, retrocediendo hacia la puerta.

Los hombres no respondieron. Solo intercambiaron una mirada entre ellos que lo decía todo. Entonces el carruaje empezó a moverse.

Callie se abalanzó hacia la puerta para abrirla, pero uno de los hombres la detuvo poniéndose en su camino. El otro sujetó a Mildred cuando ella intentó gritar.

—¡Déjenos bajar! ¡Han cometido un error! —exclamó Callie con la voz temblando, mirando hacia la ventanilla.

—No hay ningún error, muchacha —gruñó el hombre de barba enmarañada—. Solo han confiado demasiado.

Mildred intentó empujarlo, pero el otro hombre sacó rápidamente dos pañuelos. Estaban mugrientos, empapados en un olor insoportable. Ella trató de apartarlo, pero una mano fuerte le sujetó la muñeca.

—Callie… —susurró, con el pánico llenándole los ojos.

—¡No! ¡Mildred! —gritó Callie al ver cómo el pañuelo se acercaba a la cara de su prima.

Intentó defenderla, pero el segundo pañuelo se cerró sobre su propia boca antes de que pudiera moverse.

El olor era penetrante, oscuro podría decirse, imposible de evitar. Una oleaje de debilidad la envolvió en segundos.

—No… no… —fue lo último que alcanzó a decir, antes de sentir cómo las fuerzas la abandonaban por completo.

Mildred intentó resistirse, pero su cuerpo se volvió pesado, torpe… y después, nada.

Los dos hombres acomodaron a las muchachas inconscientes y golpearon el techo del carruaje para que avanzara más rápido.

La ilusión que había llenado aquello dos corazones al pisar Londres se había desvanecido por completo al subir a aquel carro. Y el peligro, silencioso y real, acababa de comenzar para ellas.

CAPÍTULO 3



El viaje desde Escocia hasta Londres fue largo, frío y silencioso, pues Duncan viajaba solo. Apenas habló con nadie tampoco durante las paradas que el cochero hizo para tomar descanso. Su mente no dejaba de dar vueltas a la misma imagen: Callie y Mildred riendo mientras planeaban su supuesta aventura, y después las dos metidas en grandes problemas.

Cada milla recorrida añadía un peso en su pecho. El carruaje que había contratado avanzaba por caminos embarrados y helados. Los caballos resoplaban, el viento golpeaba los cristales, y aun así él no sentía nada. Solo la urgencia de llegar cuanto antes a su destino.

Cuando, por fin, divisó los primeros indicios de la gran ciudad —las chimeneas humeantes, las calles atestadas, los gritos de los vendedores—, algo en su interior se tensó. Londres era un monstruo de piedra y gente. Pero también era el lugar donde encontrar a su familia.

Ajustó el abrigo y observó la ciudad con determinación mientras el carro bajaba el ritmo.

—Juro que os encontraré estéis donde estéis —dijo apretando una mano contra la otra.

El carruaje se abrió paso entre el bullicio hasta detenerse frente a una casona de ladrillo oscuro situada en una calle secundaria de Mayfair, una propiedad que la familia McKenna poseía desde hacía generaciones, aunque nadie la había ocupado desde hacía demasiados años.

Un letrero ligeramente inclinado anunciaba todavía la presencia de un casero a su cargo, que salió al encuentro de Duncan en cuanto lo vio descender del carruaje.

Era un hombre pequeño, de bigote gris y espalda encorvada, que hizo una reverencia colocándose frente a él.

—Mi señor… ¿el vizconde de Blackridge?

Duncan asintió.

—Deseo instalarme aquí. De inmediato.

—Por supuesto, señor. La casa está… bueno… —el hombre carraspeó—. Está en condiciones. Algunas habitaciones necesitan airearse, pero tiene lo necesario para empezar.

En condiciones era una descripción generosa.
La entrada estaba cubierta de polvo; los muebles, cubiertos con sábanas; y la chimenea parecía no haber sido encendida en años. Pero todo eso a Duncan le resultaba indiferente. No había venido a Londres a disfrutar de comodidades.

Había venido a buscar.

—Contrataré nuevo personal —dijo mientras recorría el salón con la mirada—. Y un cochero. Necesitaré moverme con rapidez por la ciudad.

—Lo arreglaré, señor —respondió el casero.

Duncan subió las escaleras. Todo allí a madera vieja y a desuso. Eligió una habitación sencilla, pidió que encendieran la chimenea y dejó su equipaje a un lado de la cama. La luz gris filtrada por la ventana apenas iluminaba la estancia, había llegado a horas donde el sol se escondía, además de que muy a pesar de lo que había escuchado sobre Londres, a él le parecía oscuro, gris y pesado.

Sacó entonces de su bolsillo la carta encontrada en Escocia. La extendió sobre la mesa y la miró como si pudiera hablarle, como si pudiera indicarle por dónde empezar.

—Algún rastro deben haber dejado… —murmuró.

En Londres existían oficinas de guardias y magistrados de distrito, encargados de vigilar los barrios más peligrosos. Su padre ya habría enviado avisos a todos ellos, pero Duncan sabía que, en una ciudad tan grande, una orden más podía perderse fácilmente entre tantas.

Además, él tenía algo que la policía no: una razón personal para no rendirse jamás.

Se levantó, respiró hondo e hizo sonar la campanilla para llamar a la única persona que por el momento tenía a su servicio.

—Necesito información sobre los salones de baile de moda, las casas de juego, las calles donde se reúnen los carruajes por la noche… todo. Y contrate a un hombre que conozca Londres mejor que el dorso de su propia mano. Lo necesitaré como guía.

El hombre abrió mucho los ojos, sorprendido por la intensidad del vizconde, pero asintió.

—Ah… sí, sí, mi señor. Haré todo lo posible.

Duncan volvió a mirar la carta. Callie, Mildred. Pensó en silencio.

Dos chicas de apenas dieciséis años. Dos muchachas inocentes que habían confiado en palabras hermosas escritas por un desconocido. Apretó los puños.

Afuera, Londres rugía con su vida habitual: coches que pasaban, pasos apresurados, el eco lejano de una campana. Dentro, en la soledad de la casona vacía, Duncan Edward McKenna adoptaba su nuevo papel: vizconde de Blackridge. Ciudadano respetable. Hombre en busca de justicia. Y no descansaría hasta recuperar a las muchachas.

CAPÍTULO 4



Duncan salió del carruaje todavía con el cansancio del viaje pegado a los hombros, pero no perdió el tiempo. Se dirigió de inmediato al edificio donde habían acordado recibirlo. Al entrar, un hombre de porte firme, uniforme impecable y mirada analítica lo esperaba tras un escritorio de madera oscura.

—Así que usted es el vizconde McKenna —dijo el hombre incorporándose con un leve asentimiento—. Soy el general Whitmore. Me han informado de su… situación.

Duncan inclinó la cabeza, tratando de controlar la impaciencia que le ardía en el pecho.

—Vengo a pedir que este asunto se trate con la mayor discreción posible. No deseo que nadie en Londres sospeche que busco a mi hermana y mi prima. Si los culpables se enteran, podrían esconderse mejor… o algo peor, me temo.

El general lo observó unos segundos, como si quisiera medir su determinación.

—Comprendo su preocupación, lord McKenna, pero debo advertirle algo —dio un paso alrededor del escritorio, situándose frente a él—. Aquí, en Londres, sobre todo entre las altas esferas, no es habitual que las muchachas desaparezcan de ese modo. Y, si le soy sincero, dudo que un simple escocés pueda descubrir algo que mis hombres no puedan.

Duncan alzó la barbilla un poco, sin agresividad, pero dejando claro que no era un hombre fácil de apartar.

El general sonrió, como si hubiera esperado exactamente esa reacción.

—No se ofenda, milord. He dicho simple escocés por provocarle, lo admito. Su reputación le precede. Aun así —continuó con tono más serio—, respetaré su deseo. Trabajaremos en silencio. Muy pocos sabrán de este caso, y ninguno abrirá la boca sin mi permiso.

El aire se aflojó en el pecho de Duncan.

—Se lo agradezco, general.

—Sin embargo, sí debo insistir en algo. Instálese cuanto antes. Mezclarse con la alta sociedad será la mejor fachada. Si empieza a moverse en círculos selectos sin una residencia adecuada, despertará cuchicheos. Y créame, en Londres los cuchicheos corren como el fuego en un granero.

Whitmore lo recorrió con la mirada de arriba abajo: y se encontró con la altura imponente de un hombre de Escocia, los hombros anchos, el porte natural, la expresión seria, la línea firme de la mandíbula.

Luego soltó una leve risa.

—Aunque dudo que logre pasar desapercibido. Con ese aspecto, las mujeres lo rodearán antes de lo que piensa. No sé si eso le facilitará las cosas… o se las complicará.

Duncan no cambió de expresión, aunque por dentro aquella broma le parecía fuera de lugar. Su preocupación era Callie… sólo Callie.

—Haré lo que haga falta —dijo con voz grave—. Si debo asistir a bailes, lo haré. Si debo soportar conversaciones interminables sobre modas o costumbres londinenses, también. Pero encontraré a mi hermana. De eso no me cabe ninguna duda.

Después de despedirse, salió del edificio y subió de nuevo a su coche de caballos. Londres se extendía ante él como un monstruo elegante: calles atestadas, carrozas por doquier, humo elevándose por encima de las chimeneas y un murmullo constante que parecía no tener fin.

El aire húmedo le golpeó el rostro, pero él no sintió frío alguno. Estaba demasiado concentrado en lo verdaderamente importante.

Respecto a lo que el general Whitmore había dicho, aquello era cierto, el vizconde Duncan Edward McKenna era un hombre difícil de ignorar. Alto como sólo lo eran los hombres de las Tierras Altas, con una espalda poderosa y un andar seguro, imponía incluso sin proponérselo. Sus ojos, de un color miel cálido, parecían contrastar con la dureza de sus rasgos celtas. Su cabello, castaño espeso y rebelde, caía ligeramente sobre su frente, dándole un aspecto peligroso y atractivo a la vez.

Londres no sabía aún que había llegado un McKenna. Y él tampoco sabía que su presencia en la ciudad pondría a muchos a hablar… y a más de un corazón a temblar. Pero nada de eso importaba, al menos no todavía. Pues Duncan sólo tenía un propósito:
Encontrar a Callie y a Mildred. Y no pensaba marcharse sin ellas.

La casa se alzaba entre una ligera niebla urbana, con su fachada de ladrillo oscuro y los ventanales altos cubiertos de polvo. No estaba en ruinas, pero llevaba demasiado tiempo sin ser habitada como correspondía a una residencia noble. El hierro de la verja mostraba pequeñas manchas de óxido, y el jardín frontal parecía más cansado que descuidado.

Duncan descendió del carro al llegar a su residencia con un salto firme. La visita con el general había sido rápida, pero necesaria. Aun así, a su regreso, su espalda seguía recta, su gesto firme, y su propósito intacto. No iba a darse un descanso por el mero hecho de que las autoridades se pusieran a buscarlas.

—Así que este es su hogar, milord —dijo una voz a sus espaldas.

Duncan se volvió. Allí estaba aquel hombre que ahora iba a ser su más fiel compañero, su mayordomos, su ayudante de cámara, sus ojos y oídos cuando él no estuviese, su mano derecha. Un hombre de unos cincuenta años y ojos atentos. No vestía con ostentación, pero había en él una dignidad silenciosa que no pasaba desapercibida para Duncan.

—Es lo que me han dicho —respondió Duncan, observándolo con detenimiento—. Antes no le pregunté su nombre, ni usted me lo dijo.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza.

—Me llamo Harris, milord. Fui designado para servir como mayordomo de esta casa por recomendación directa de los administradores de las tierras. Al parecer… nadie esperaba que Ridge Hall volviera a tener dueño.

Duncan asintió lentamente.

—Parece que nadie esperaba muchas cosas —dijo en voz baja.

Harris no sonrió, pero algo en su mirada se suavizó.

—Con respecto a lo de encontrar a alguien para que lo guie por Londres, le diré que no creo conocer a nadie más despierto que yo mismo.

Duncan sintió, por primera vez desde su llegada, una sensación extraña pero bienvenida: no estaba solo.

—Acompáñeme.

El vestíbulo era amplio, aunque el aire se mostraba denso. Los muebles ya no estaban cubiertos con sábanas, y el silencio era tan compacto que parecía poder cortarse. Harris se movía con naturalidad, como si ya hubiera caminado aquellas habitaciones mil veces en su mente.

—Será usted quien se quedará conmigo —dijo Duncan de pronto.

El mayordomo se detuvo.

—¿Milord?

—No busco un simple sirviente. Busco a alguien en quien confiar. Necesito ojos, discreción… y lealtad.

Harris lo miró fijamente durante unos segundos.

—No he servido a hombres ligeros de palabra, vizconde. Si me pide lealtad la tendrá. Y no pregunto más de lo necesario. Solo acato órdenes.

Duncan vio en él exactamente lo que necesitaba.

—Entonces será algo más que mi mayordomo. Será mi hombre de confianza.

Y Harris, sin necesidad de juramentos dramáticos, inclinó la cabeza como si acabara de aceptar el honor más serio de su vida.

Dos días después, la casa ya respiraba de otro modo. El fuego crepitaba en la chimenea. Los candelabros brillaban. El aire ya no olía a abandono. Harris atravesó el salón con un sobre en la mano.

—Ha llegado esto esta mañana —dijo, extendiéndoselo.

Duncan lo tomó. El sello era elegante. El papel, grueso. Reconoció casi al momento de qué se podía tratar antes de abrirlo.

Una carta de bienvenida, eso era, una invitación. La alta sociedad londinense lo esperaba para que se mezclase con los grandes de la ciudad,

Cuando terminó de leer, levantó la vista hacia Harris.

—Me acompañará usted.

El hombre arqueó una ceja.

—Entonces tendré que convertirme también en su ayuda de cámara.

—Con toda confianza usted será todo lo que un hombre como yo necesite —respondió Duncan.

CAPÍTULO 5

El centro de Londres era otra criatura desconocida para Duncan. Las calles estaban vivas, llenas de carruajes, todo allí olía a perfume, de todas las chimeneas salía humo, las señoras vestían seda, oro, y miradas curiosas. A cada paso que él daba parecía que la ciudad respiraba, murmuraba, observaban con atención al notable vizconde de Blackridge.

Duncan caminaba con paso decidido, sin necesidad de esfuerzo. Su presencia era imposible de ignorar. Harris iba a su lado, sereno, atento a todo.

Los cuchicheos comenzaron antes incluso de entrar al club.

—¿Quién es?

—No es de aquí…

—Mire la estatura…

—Es escocés, lo noto en el porte…

Las damas no eran discretas. Jamás lo habían sido cuando algo interesante asomaba en su mundo ordenado. Las miradas recorrían sus hombros, su perfil, la forma en que su figura parecía desentonar con la ligereza londinense. Duncan sentía esas miradas sin buscarlas. No era vanidad; era instinto.

Al cruzar las puertas del club, el murmullo se transformó en una especie de reconocimiento tácito. Y entonces alguien a quien no esperaba ver allí. El general Whitmore se encontraba junto a una mesa, con una copa en su mano, conversando con varios caballeros. Duncan frunció ligeramente el ceño.

No era lo que se esperaba de un hombre que debería estar buscando a su hermana.

Whitmore lo detectó de inmediato y se separó del grupo con una sonrisa suave.

—Vizconde McKenna. Veo que ha seguido mi consejo.

—No sabía que las autoridades frecuentaran este tipo de lugares —respondió Duncan en voz baja.

El general se inclinó hacia él.

—En Londres, milord, las decisiones importantes no siempre se toman en despachos. A veces se sellan con una copa… o una apuesta. Ya irá comprendiendo como hay que comportarse en estos lugares.

Sin darle tiempo a responder, Whitmore se giró hacia los hombres de la mesa.

—Caballeros, permítanme presentarles al vizconde de Blackridge. El señor Duncan McKenna.

Uno de ellos, de bigote cuidado y sonrisa fácil, se levantó de inmediato.

—Un honor, sin duda. Tome asiento, lord McKenna. Tenemos una mesa interesante esta noche.

Duncan miró las cartas, las fichas, el dinero que cambiaba de manos con demasiada facilidad.

Se sentó. Aceptó la invitación, pero no bajó la guardia. Había algo que no le gustaba en todo aquello:

la confianza demasiado rápida. las sonrisas falsas.
la invitación demasiado inmediata.

Harris permanecía tras él, sereno, sin perder detalle. Cada vez que una risa estallaba demasiado alto, cada vez que un vaso se llenaba sin haber sido pedido, cada vez que una mirada se prolongaba demasiado… Duncan lo notaba.

Ese tipo de hombres no invitaban a cualquiera a su mesa. No confiaban en desconocidos por cortesía. Él sabía que por alguna razón lo querían cerca. Y Duncan no sabía si eso era una ventaja.

Cuando abandonó el club, ya entrada la noche, sintió el aire frío golpearle el rostro. Harris caminaba junto a él.

—No confían en usted, milord —susurró—. Pero desean hacerlo.

Duncan asintió.

—Ni yo confío en ellos —respondió.

Las farolas proyectaban sombras largas sobre los adoquines húmedos. El murmullo de la calle era constante: carruajes, risas lejanas, pasos, conversaciones que se mezclaban con el galope lejano de algún caballo impaciente. No se habían alejado mucho de la entrada cuando Duncan oyó voces.

—Dicen que el conde de Ravenshire no gobierna ni su propia casa.

Duncan aminoró el paso, sin girar la cabeza.

—Dos hijas… dos muchachas… y ninguna ha sabido colocarla como Dios manda.

Se detuvo. Harris también lo hizo al notar como al vizconde le interesaba aquello.

—Un hombre que no domina a sus hijas no debería pretender respeto.

Entonces apareció la figura aludida.

Estaba a unos pocos pasos, rígido, con las manos tensas a ambos lados del cuerpo. El conde de Ravenshire no era un hombre imponente. Era un hombre con aspecto cansado. El rostro ajado, los ojos hundidos, la espalda levemente encorvada bajo el peso de las miradas.

Había escuchado cada palabra. Y las palabras eran ciertas por lo que no tenía nada que decir para defenderse.

Duncan dio un paso al frente, atravesando el pequeño círculo de caballeros. Su voz no fue fuerte, pero sí clara.

—No es de buena educación hablar de un hombre que no está presente.

Uno de ellos abrió la boca para responder… y se detuvo. Porque el conde ya estaba allí. El conde alzó la mirada, sorprendido y avergonzado a partes iguales.

—Estoy presente —admitió, con una voz que casi no tenía fuerzas—. Pero no tengo mucho que añadir… pues todo lo que han dicho es, por desgracia, cierto.

Nadie supo qué decir. El silencio era más cruel que las risas escuchadas anteriormente.

Duncan lo observó.

Vio a un hombre derrotado antes de tiempo. Un padre vencido. Un noble que había perdido el control de su propio mundo.

Se acercó un paso más. Y entonces habló de nuevo, con un tono más suave, casi cómplice:

—Las mujeres son difíciles, milord. Créame… que lo sé bien —dijo recordando el motivo que lo había llevado a Londres.

Las comisuras de sus labios se curvaron. No era burla. Tampoco cortesía, ni hipocresía. Era una verdad sincera y desnuda.

Luego se alejó y Harris lo siguió sin decir palabra.

Mientras caminaban hacia la oscuridad de la calle, Duncan no miró atrás. Pero sabía que ese hombre no olvidaría aquel momento.

CAPÍTULO 6

La habitación estaba en silencio mientras la luz de las velas hacía proyectar su sombra temblorosa sobre las paredes.

Duncan se encontraba de pie frente al espejo, ajustando los puños de su camisa con movimientos firmes. Harris permanecía detrás de él, sosteniendo la chaqueta oscura con la paciencia de un hombre acostumbrado a observarlo todo sin interferir.

El vizconde se pasó una mano por el cuello, respirando hondo.

—Esta noche no quiero distracciones —dijo con calma, aunque su voz llevaba el peso de una misión—. Necesito que mantengas los ojos abiertos. Si algo se me escapa, quiero que lo veas tú.

Harris asintió, pero no de inmediato. Tardó un segundo de más. Duncan lo notó en el reflejo del espejo.

—¿Qué ocurre?

Harris apretó los labios.

—Milord… con todo respeto… es casi imposible que se entere de algo de esta manera.

Duncan se giró lentamente.

—Explícate. ¿Cuál sería la manera perfecta para descubrir algo?

El mayordomo bajó la mirada, incómodo.

—Perdóneme por lo que voy a decir…

—Hable de una vez —ordenó Duncan—. Necesito saberlo todo. No he venido aquí para perder tiempo, debe comprender la importancia del asunto.

Harris tomó aire, como quien se decide a decir una verdad pero que oculta un peligro.

—Londres… es como un escaparate, señor, si me lo permite.

Duncan frunció ligeramente el ceño.

—Continúe.

—Bonita por fuera —prosiguió Harris—. Iluminada, elegante, llena de música, perfumes y sonrisas de las damas más bonitas que se pueda imaginar. Pero por dentro…

Se detuvo.

Duncan no tuvo paciencia para aquel silencio.

—Hable de una maldita vez, Harris.

Harris alzó los ojos.

—Por dentro esconde cosas oscuras. Cosas que no se ven desde la superficie. Y sólo se entera de ellas quien logra entrar… no sólo en los salones, sino en las casas. En las mesas. En las decisiones importantes que toman las familias más influyentes.

Duncan cruzó lentamente los brazos.

—¿Y qué se supone que he de hacer?

Harris deslizó la chaqueta por la espalda de Duncan y la ajustó con perfección antes de responder:

—Penetrar en el interior de una familia, milord. Una familia influyente, tal vez. Sólo así… sólo tal vez podrá saber qué ocurrió con su hermana y con su prima.

El silencio se alargó. Duncan miró su propio reflejo en el espejo situado frente a él. Sus ojos color miel se oscurecieron. Su postura se tensó de inmediato.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices —murmuró finalmente.

Harris se inclinó ligeramente.

—Perdón, señor, quizá haya ido con muchos rodeos, quiero decir que deberá convertirse en uno de ellos. No basta con ser un visitante. Ni un invitado ocasional. Sino… parte del tablero si lo que quiere es jugar para ganar.

Duncan tomó la chaqueta por los faldones inferiores y se la estiró con un gesto lento, como si se vistiera de una nueva persona.

Asintió. Una sola vez.

—Que así sea.

Harris sonrió.

Entonces Duncan se volvió hacia él, con un destello de algo nuevo en la mirada.

—Vamos a la caza de una esposa.

Harris dejó escapar una leve exhalación, que casi podía tomarse por una risa. Y en el silencio de la habitación, ambos entendieron que aquel plan no era un juego fácil. Era casi como enfrentarse a una batalla.

CAPÍTULO 7

El despacho del conde de Ravenshire olía a cera derretida y a libros antiguos a la vez que ha cuero. La luz de la tarde se colaba por los ventanales altos situados en su despacho, dibujando sombras largas sobre el escritorio, donde los documentos se apilaban en un orden más desesperado que cuidadoso.

El conde permanecía de pie, con las manos apoyadas sobre la madera, la espalda rígida y el gesto sombrío. Frente a él, en silencio respetuoso, se encontraba la mujer encargada de la educación de sus hijas.

La señorita Harrow —así se llamaba— era una mujer de mediana edad, siempre impecable, siempre observadora, y mucho más perspicaz de lo que el conde imaginaba.

—Ha llegado un nuevo caballero a Londres —dijo el conde al fin, rompiendo el silencio entre ambos—. Un vizconde. Escocés, según me han dicho. Bien nacido… y bien visto. Ya me entiende con apariencia exquisita.

La institutriz inclinó ligeramente la cabeza.

—Eso podría ser conveniente. Usted me entiende a lo que me quiero referir.

El conde alzó la vista hacia ella.

—He decidido organizar un baile. Una bienvenida en su honor.

Ella no dudó.

—Es una excelente idea, milord —Luego añadió, con cautela— ¿Y cómo piensa comunicárselo a las señoritas?

El conde desvió la mirada hacia la ventana.

—No será sencillo. Ya lo sabe.

La institutriz cruzó las manos frente a sí.

—Según tengo entendido, milord, la señorita Bonnie ha dejado muy claras sus intenciones. Ha rechazado a todos los caballeros que han osado acercarse a ella con propósitos de casarse.

El conde dejó escapar un suspiro largo.

—Lo sé.

—Y la señorita Clara… —continuó la institutriz, bajando la voz— vive demasiado en sus libros. Cree en ese amor amable, sincero… ese que hace que una joven sienta mariposas en el estómago a cada instante. Tanto que en ocasiones parece que esas mariposas la hacen volar por encima de todas las personas.

El suspiro del conde en esta ocasión duró más de lo normal.

—Palabras… esperas inútiles. Fantasías —murmuró, sin demasiada convicción.

Entonces la institutriz dio un paso adelante. Su voz seguía siendo respetuosa, pero había decidido actuar al respecto.

—Con el debido respeto, milord… debe cambiar su estrategia.

El conde frunció el ceño al escucharla.

—¿A qué se refiere?

—Ya ha visto cómo le funcionan las palabras amables. Ha intentado convencerlas, guiarlas, persuadirlas. Incluso les ha prometido más herencia de la que puede darles a cada una.

Se inclinó levemente:

—No ha funcionado.

El conde apretó los labios.

—Entonces…

—Entonces deberá convertirse en lo que nunca ha sido —dijo ella—. En la figura que inspire respeto. Incluso temor si eso fuese necesario.

Las manos del conde se cerraron lentamente.

—¿Una bestia?

La institutriz sostuvo su mirada.

—Una autoridad, milord. Pero si prefiere llamarla bestia, también serviría.

El conde dio un respingo, como si aquella idea lo hubiese golpeado en pleno pecho. Luego frunció los ojos, pesando la decisión, recordando aquellas miradas desafiantes de sus hijas una y otra vez… puertas cerradas en sus propias narices cuando algo no les convencía… conversaciones que nunca terminaban en obediencia.

—Muy bien.

Se volvió hacia su escritorio. Tomó la pluma.

—Que envíen todas las invitaciones de inmediato.

La institutriz bajó la cabeza.

—¿Para cuándo, milord?

El conde respondió sin dudar:

—Para celebrar la gran fiesta en honor al vizconde de Blackridge. Y debe ser cuanto antes.

CAPÍTULO 8

El jardín de la casa de los Ravenshire estaba perfectamente cuidado, de hecho varios jardinero no daban tregua a las malas hierbas jamás, además de tener los setos bien recortados, alinear los senderos de grava blanca y rosales cuidadosamente distribuidos. Todo en su lugar. Todo correcto.

Las muchachas, en cambio, eran otra cosa.

Bonnie caminaba con paso firme, como si fuese un soldado, con el mentón alto, la cesta de mimbre colgando distraídamente de su brazo. Su cabello pelirrojo atrapaba destellos de luz allí donde el sol lograba atravesar las nubes. Sus ojos, vivos e inquietos, se movían de un lado a otro como si siempre estuviera buscando algo más interesante que la tarea que le habían impuesto.

Clara seguía a su lado con pasos cortos y cuidadosos. Sus manos sujetaban con delicadeza un pequeño libro de tapas gastadas, apretado contra el pecho como si fuera un tesoro. Caminaba un poco inclinada, casi flotando, como si el mundo real siempre le resultara ligeramente incómodo.

—Deberíamos cortar más rosas blancas —murmuró Clara, con voz suave—. La señorita Harrow dice que son más… apropiadas.

Bonnie soltó una risa breve.

—La señorita Harrow dice muchas cosas.

Se agachó para cortar una rosa roja, ignorando por completo el consejo de su hermana.

—Las rojas son más bonitas.

Clara dudó.

—Pero padre…

—Padre no pisa el jardín —la interrumpió Bonnie, con una respuesta rápida—. Y si lo hiciera, necesitaría que alguien le explicara qué es cada cosa.

Clara frunció ligeramente el ceño, más por esa inquietud que su hermana siempre le producía que por verdadera desaprobación.

—No deberías hablar así de padre, no lo merece.

Bonnie se incorporó y caminó hasta la pérgola, donde dejó caer la cesta con despreocupación.

—¿Por qué no? ¿Va a caerse el cielo si digo lo que pienso?

Clara se sentó en el banco de piedra.

Abrió su libro sin mirarlo realmente, pasando el dedo por una de las páginas.

—Tal vez no… pero no es correcto.

Bonnie se apoyó contra la columna más cercana, cruzándose de brazos.

—¿Y quién lo decide? ¿Tú, o ese libro estúpido que no dejas de leer?

Clara levantó la vista.

—Existen leyes, ¿sabes? Y hay algunas que aunque no estén escritas en los libros se deben cumplir, como por ejemplo no hablar mal de un padre.

Bonnie se inclinó hacia ella.

—No. Así nos enseñan que deben ser. Pero en la práctica debes reconocer que no es tan fácil.

En ese momento el viento movió los rosales con suavidad. Entonces Clara, señalando la cesta, murmuró:

—Has cortado mal el tallo. Se marchitará antes.

Bonnie miró la rosa. Y, por un segundo, su expresión se endureció.

—Siempre encuentras algo que corregir.

Clara bajó la mirada.

—No quería…

Bonnie suspiró.

—Lo sé.

Pero el daño ya estaba hecho. No era enojo profundo. Era algo más sutil: la frustración de quien siempre pelea, incluso cuando no quiere.

Clara cerró el libro con cuidado.

—Solo pienso que… algún día —dijo en un hilo de voz—, alguien podría entrar por ese sendero y mirarte a los ojos… y pensar que no hay nadie como tú.

Bonnie arqueó una ceja.

—¿Y eso a qué viene?

Clara sonrió, tímida, soñadora.

—A que no todo debe ser lucha. A que hay historias con finales hermosos. Incluso para nosotras.

Bonnie giró los ojos.

—Y tú has leído demasiadas historias de esas.

Clara se levantó, sacudiendo con delicadeza su vestido.

—No hay nada de malo en desear cariño.

Bonnie la observó durante un segundo.

Vio lo frágil que parecía. Vio lo fácil que sería herirla. Vio lo poco que el mundo le había enseñado aún. Y en ese mismo instante, tomó la rosa roja que había cortado y la dejó caer dentro de la mano de su hermana.

—Guárdala —dijo con voz más baja—. Antes de que se marchite, creo que solo tú eres capaz de detener su muerte rápida aun siendo yo la culpable por haberla cortado mal.

Clara la sostuvo como si fuera algo precioso.

—Gracias.

Bonnie miró el sendero que llevaba hacia la casa. Y, aunque no lo habría admitido en voz alta, supo que aquella calma no duraría. Porque todavía sin saberlo, su mundo estaba a punto de cambiar.

El reloj marcaba las cinco cuando llamaron a las hijas del conde al salón azul.

Bonnie entró primero. No esperó a su hermana, simplemente caminó con determinación, como solía hacer siempre, con la espalda recta y la barbilla alta. Sus pasos no eran los de una joven tímida, sino los de quien está acostumbrada a desafiar incluso cuando no lo sabe conscientemente, pues ya era parte de ella vivir en guerra.

Clara entró después, cerrando la puerta con cuidado. Sus manos nerviosas rodeaban los pliegues de su falda, como si necesitara sujetarse a algo. Sus pasos eran suaves, casi silenciosos podría decirse, y se colocó a un lado del sillón de su padre, guardando una distancia respetuosa.

El conde de Ravenshire estaba de pie junto a la ventana. Miraba el jardín, pero no lo veía pues su mirada estaba perdida. Tenía un vaso de brandy en la mano que aún no le había dado ni un sorbo. Cuando comenzó a hablar, no se giró.

—Se celebrará un baile en esta casa.

Bonnie se cruzó de brazos al instante.

Clara levantó lentamente la cabeza.

—Dentro de unos días —continuó él, con voz grave—. Un vizconde llegará a Londres. Un hombre de descendencia escocesa. Y se le dará una bienvenida digna.

Clara sintió un leve alivio, casi vergonzoso. Un baile. Música. Tal vez miradas nuevas. Tal vez la oportunidad de encontrar en ese vizconde ese amor que se escondía en las páginas de sus libros. Sus labios se entreabrieron, pero no dijo nada.

Bonnie se puso en pie y dio un paso adelante.

—¿Y por qué aquí?

El conde cerró los dedos alrededor del vaso hasta que los nudillos se le volvieron blancos de tanto apretar.

—Porque estoy cansado, Bonnie.

Por fin se giró. Su expresión no era dura en aquel momento, más bien estaba rota.

—Cansado de ser el hazmerreír. De entrar a un salón y sentir cómo bajan las voces al verme. De ver cómo nadie desea sentarse a mi mesa porque no me tienen respeto.

Bonnie sintió un golpe en el pecho, pero no retrocedió, es más, alzó más su barbilla.

—Y ha llegado el momento —prosiguió, con más esfuerzo— de que al menos una de vosotras se comprometa. Antes de que termine la temporada.

El silencio cayó sobre el salón como un telón.

Clara también se puso en pie, y dio un paso pequeño hacia él.

Bonnie se quedó inmóvil. No lo había visto tan desesperado desde la muerte de su madre. Y entonces ambas lo notaron. Una presencia más allí, era la institutriz.

De pie en el umbral, casi confundida con la pared. Con sus brazos cruzados. El mentón ligeramente elevado y una ceja alzada. Observando.

Bonnie la vio. Y todo para ella cobró sentido. Sus dedos se cerraron lentamente con fuerza sobre la tela de su vestido.

—Esto ha sido idea tuya.

La institutriz no se movió.

El conde giró la cabeza.

—Bonnie…

—Lo que te pasa —continuó Bonnie— es que quieres perdernos de vista cuanto antes —. Dio un paso más hacia ella—. Quieres hacerte con todo lo que pertenece a mi padre.

Clara llevó una mano al pecho.

—Ya lo intentaste cuando mi madre aún estaba viva —dijo Bonnie, y ahí su voz se rompió—. Lo hiciste en su propia casa. Delante de ella.

El conde dio un respingo.

—¡Bonnie!

Pero Bonnie ya no podía detenerse.

—Y ahora que ella no está… seguirás intentándolo hasta que lo consigas.

La institutriz mantuvo el silencio.

Ni una defensa ni una negación. Y eso fue lo peor. Bonnie dio un último paso que se acercó tanto a ella que el aire parecía vibrar

entre ambas.

—Vieja bruja.

El golpe de la puerta al salir hizo temblar los cimientos de la mansión.

Clara se quedó quieta un segundo. Luego se acercó a su padre. Le tomó la mano con cuidado, como cuidándolo.

—Lo siento —susurró—. Estoy segura de que mi hermana o quería decir eso, ella, bueno, ella tiene demasiado temperamento, ya la conocemos.

Él apretó los labios, miró a su tierna hija, pero no respondió. Clara se inclinó y besó su mejilla con ternura.

—Haré que entre en razón —prometió, con esa fe delicada que siempre la acompañaba—. Antes del baile.

Se retiró lentamente.

La institutriz seguía en la puerta atenta a cada movimiento de la familia. Y el conde abrumado una vez más por el comportamiento de su hija, dejó que el vaso resbalara de su mano. El cristal cayó sobre la alfombra del salón, no llegó a romperse. En cambio su corazón estaba a punto de hacerlo.

La puerta de la alcoba se cerró con un golpe controlado pero nada delicado. Bonnie dejó caer la capa que llevaba sobre sus hombros en el suelo y se dejó caer sobre la cama sin cuidado, hundiéndose entre las sábanas. Sus lágrimas brotaron de repente, incontenibles, calientes, llenas de rabia y frustración. Nadie la había visto llorar así antes.

Clara, como siempre que ocurría algo así fue tras ella, se acercó con pasos tranquilos hasta la cama. No dijo nada al principio. Se sentó en el borde de la cama, dejando que Bonnie llorara mientras ella observaba con esa calma que parecía sostener todo el mundo.

—Bonnie… —susurró Clara, fingiendo la ligereza que tanto la caracterizaba—. Tal vez… tal vez el vizconde McKenna sea un gran partido. Para una de nosotras por lo menos.

Bonnie arqueó una ceja entre lágrimas sin mirarla todavía.

—¿Un gran partido? —repitió con incredulidad.

—Sí, y además… —Clara se enderezó, con esa chispa soñadora en los ojos—. Estoy segura de que en la fiesta habrá suficiente ponche como para beber hasta perder el sentido una vez más. Hay que mirar siempre el lado bueno de las cosas.

Bonnie parpadeó un segundo, y luego la rio con fuerza.

—¡Ah, claro! —exclamó—. ¿Recuerdas la última vez que tú bebiste tanto que terminaste bailando con todo el servicio? ¡No importaba si tenían bandejas en las manos o no! ¡Un desastre total! ¡Ni yo creo que alguien lo olvide con facilidad!

Clara sonrió tímidamente, enrojecida, pero sin poder evitarlo.

—Bueno… —murmuró—. Estoy segura de que para todos fue más divertido que para mí, porque al día siguiente mi cabeza me dolía como nunca.

—Divertido no es la palabra —replicó Bonnie—. Fue un caos. Y aun así, ¿tú estás aquí hablando de beber ponche?

Clara suspiró y se recostó junto a ella, dejando que el cabello castaño se mezclara con la cabellera rojiza de Bonnie.

—No puedo evitarlo —susurró—. Solo imaginarme a un hombre alto, de porte escocés, fuerte, robusto, con ojos que, que me miran como si… —su voz se quebró un instante— como si el mundo entero dependiera de mí para que siguiera con vida.

Bonnie la miró, arqueando las cejas, con una media sonrisa de medio lado.

—Clara… —dijo, intentando contener la risa—. ¿Otra vez con tus locuras? Seguro que en cuanto lo veas de cerca dirás que es un ogro viejo y maloliente.

—No, no lo creo… —Clara se incorporó un poco, con ojos brillantes—. Lo imagino elegante, noble, y puede que tal vez me haga sentir mariposas en el estómago todo el tiempo.

—¡Ay, Clara! —exclamó Bonnie, riéndose y moviendo las manos—. Debes bajar de las nubes. No todos los hombres son… ¡ay! —suspiró, fingiendo desesperación—. No todos te hacen sentir mariposas, y menos un escocés que seguramente huele a whisky todo el día.

Clara se encogió de hombros con una sonrisa dulce.

—Pero, soñar es gratis —susurró—. Y si me lo permite la imaginación, puedo verlo perfectamente inclinado hacia mí, diciendo palabras que jamás se me olvidarán.

—Ya lo veo que siempre estás soñando —replicó Bonnie—. Pero por si acaso, recuerda que no todos los vizcondes son príncipes de cuento. Algunos son solo feos, rencorosos y convencidos de que deben irse de su país para encontrar esposa. Seguramente porque allí todas las damas saben de su reputación.

Clara suspiró de nuevo, esta vez con algo más delicado en su rostro, más sincero:

—Bonnie… la echo de menos.

Bonnie se quedó un instante en silencio, sorprendida. Luego dejó caer los brazos sobre los hombros de Clara y la abrazó con fuerza.

—Yo también la echo de menos, pequeña —dijo con voz áspera, pero con calidez—. Y aunque soy bruta y descarada, quiero que sepas que te quiero más que a cualquier otra cosa en la vida.

Clara se acurrucó contra ella, cerrando los ojos, y por un momento, todas las preocupaciones, todos los vizcondes y fiestas, desaparecieron.

Bonnie soltó un suspiro que al poco se convirtió casi un gruñido, pero sus labios esbozaron una sonrisa orgullosa.

—Vale, soñadora —dijo—. Pero ahora vuelve a la realidad. Que el conde ya ha dado la orden y tú vas a necesitar tus mariposas, y yo todo mi carácter para lo que se viene.

Clara miró a su hermana desde los brazos de Bonnie, y se dejó abrazar un poco más, pensando que, con Bonnie a su lado, nada podría salir mal.

CAPÍTULO 9

No siempre era fácil decidir qué ponerse para una velada como aquella. Pero para las gemelas Ravenshire, la elección era doblemente complicada. Por un lado, eran gemelas idénticas: nadie fuera de la familia podía distinguirlas a simple vista. Por otro, les habían advertido que el vizconde McKenna era un caballero de buen porte, que podría fijarse en alguna de ellas… o incluso en las dos., pues solo ellas conocían la diferencia mínima que existía: Bonnie lucía una peca en el interior del muslo izquierdo, un detalle secreto que ninguna otra persona jamás descubriría.

Los primeros invitados comenzaron a llegar pasadas las ocho. El conde de Ravenshire se inclinaba y saludaba a cada uno con su habitual cortesía, recuperando algo de la dignidad que le había sido arrebatada por años de murmullos en los salones de Londres. Las hijas, en cambio, ya estaban discretamente ocupadas: Clara probaba el ponche con pequeños sorbos, mientras intentaba mantener la compostura; Bonnie lo hacía con una sonrisa irónica, calculando que un par de copas le ayudarían a soportar la velada con un poco más de paciencia.

—¡Clara! —susurró Bonnie, señalando hacia la entrada—. Mira quién viene: Colin Whitmore. Es el hijo del general Whitmore.

Clara siguió la dirección de la mirada de su hermana y lo vio. Colin entraba con ese porte tranquilo y natural que la fascinaba, sin perder la sonrisa ni el gesto educado. No era el tipo de caballero que se dejaba intimidar por los murmullos ni por los bailes de etiqueta. Desde su último encuentro, Clara había sentido cómo su corazón se aceleraba cada vez que lo veía.

—He escuchado entre el servicio que este año se alista y que irá al frente a luchar por nuestro país. ¿Crees que puede ocurrirle algo? —preguntó, bajando la voz—. Porque si le pasa algo, jamás me lo perdonaría.

Bonnie frunció los labios, colocándose frente a ella, como si quisiera bloquear cualquier fantasía que amenazara con desbordarse en su mente.

—¿Qué es lo que no te perdonarías exactamente? —preguntó con firmeza—. Hasta donde recuerdo, nunca ha ocurrido nada entre vosotros, ¿o me he perdido algo?

Clara bajó la mirada, con la punta de sus dedos rozando los bordes de su vestido.

—Es… el amor de mis novelas, Bonnie —murmuró—. Es atento, educado, guapo, elegante, y además estoy convencidísima de que me ama.

Los ojos de Bonnie se abrieron de par en par.

—¿Y si te ama, qué haces que no estáis juntos? —dijo con incredulidad—. Porque algo tengo muy claro: tú estás perdidamente loca por él.

Clara suspiró, tragando saliva.

—Padre no nos dejaría jamás —dijo con voz casi inaudible—. Desea que los hijos que tengamos, tanto tú como yo, hereden título y propiedades. Así que, ya ves, me limito a soñar. Y cuando lo veo, suspiro todo lo que puedo.

Colin Whitmore pasó justo en ese instante al lado de las hermanas, y Clara sintió cómo su mirada se encontraba con la suya. Fue un instante breve, pero la mirada era generosa, cálida, y la sonrisa más amplia que Clara recordara haber visto en alguien. Por un momento, el mundo pareció detenerse, y la sala entera se volvió un mero decorado para esa chispa de complicidad entre ellos.

Cuando Colin estuvo lo bastante alejado, Bonnie ladeó la cabeza, con media sonrisa burlona:

—¿Algo más que lamentar? —preguntó, con el filo de la ironía en la voz—. ¿O solo te lamentas por ser la única que va a arruinar su vida por los demás?

Clara abrió la boca para responder, pero en ese instante, algo ocurrió que hizo que incluso Bonnie se detuviera.

La puerta principal se abrió de par en par, y apareció un hombre. Solo que aquel hombre no era uno cualquiera, sino un caballero que parecía irradiar luz propia. Alto, fuerte, imponente, con una presencia que llenaba la sala. Su cabello castaño reflejaba la luz de los candelabros, y sus ojos color miel tenían la claridad de quien estaba acostumbrado a ser observado y respetado. Cada movimiento suyo parecía medido, elegante, casi imposible de ignorar.

El murmullo de la sala se detuvo. Los invitados se giraron, las conversaciones cesaron, y por un segundo, todo lo que no fuera él desapareció. Incluso Bonnie, con toda su arrogancia y descaro, tragó saliva al verlo.

Clara sintió cómo el corazón le latía con fuerza, como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies. Cada novela que había leído, cada historia soñada sobre caballeros y maridos perfectos, se concentraba en aquella figura que acababa de entrar.

Bonnie, siempre la protectora y la práctica, frunció los labios, intentando mantener la compostura. Pero no pudo evitar mirar a su hermana y, en un gesto casi involuntario, empujarle ligeramente el brazo con la cadera.

—Ahí lo tienes —susurró—. Y recuerda, no todos los vizcondes son príncipes, aunque este parezca un maldito cometa en la noche.

Clara no pudo decir nada. Solo se quedó mirando, con los ojos brillantes y la respiración contenida, mientras el vizconde McKenna avanzaba entre los invitados.

Bonnie suspiró, divertida y preocupada a partes iguales, pues sabía que la velada empezaba en este instante, y que la tormenta estaba a punto de desatarse.

El salón principal irradiaba más calidez que nunca, iluminado por la luz de los candelabros y el resplandor de la chimenea. Duncan McKenna avanzó con paso seguro como a él le caracterizaba, pero elegante y nada soberbio, mientras el conde de Ravenshire se acercaba para recibirlo.

—Vizconde McKenna, qué placer verle —dijo el conde, inclinándose ligeramente—. Su llegada ha sido motivo de gran entusiasmo entre nosotros.

Duncan sonrió con amabilidad, cortés pero seguro de sí mismo.

—Milord, el placer es mío. Su invitación fue muy generosa. No todos los días uno es recibido con tanto honor. La verdad es que tiene una propiedad digna de ser mostrada en este tipo de eventos. Mi más sincera enhorabuena por el jardín, tiene unas flores preciosas.

El conde asintió, satisfecho.

—Sabe usted que la hospitalidad de Ravenshire es proverbial. Pero dígame… ¿qué le trae a estas tierras extranjeras?

Duncan apoyó ligeramente la mano sobre el respaldo de un sillón situado cerca suya, y se permitió un gesto relajado, casi confidencial:

—Entre usted y yo, necesitaba un cambio de aires, milord —dijo—. Alejarme por un tiempo de mi padre. Siempre he vivido bajo su sombra, y creo que, para un caballero que busca esposa, es necesario caminar un tiempo sin ese arropo paternal.

El conde levantó las cejas, intrigado, y una chispa de aprobación cruzó su mirada.

—Veo que es un hombre que sabe lo que quiere… —murmuró, mientras un destello travieso se dibujaba en su rostro—. Bueno, en ese caso, déjeme presentarle a mis hijas.

—¿Mis hijas? —preguntó Duncan, y la voz era amable, pero su mirada adquirió un matiz diferente—. Espero que tengan paciencia con un recién llegado.

Unos instantes después, Bonnie y Clara aparecieron en la entrada del salón. Clara se detuvo, inconscientemente, tras un pequeño ademán de su hermana, que caminaba con paso seguro y descarado.

Duncan las vio y, por un instante, todas las palabras se le pararon en la garganta. No por timidez, sino porque Bonnie estaba allí, con la barbilla alta, los ojos brillantes y esa mezcla de arrogancia y audacia que hacía que incluso un vizconde escocés se sintiera retado. Clara, en cambio, bajó la mirada, ajustándose el vestido con las manos y tratando de parecer indiferente, aunque su corazón latía a un ritmo traicionero. Y eso desde fuera se notaba.

—Bonnie, Clara —dijo el conde con orgullo—. Les presento al vizconde Duncan McKenna.

Bonnie arqueó una ceja y cruzó los brazos.

—Un gusto, señor vizconde —dijo con un tono cargado de ironía, como si estuviera midiendo cada palabra para descubrir si aquel hombre era digno de su atención o de la de su hermana.

Duncan sonrió, sin perder ni un ápice de compostura.

—El gusto es mío, señorita —replicó—. Aunque me temo que no parece sentir lo que su boca pronuncia.

Bonnie ladeó la cabeza, divertida y desafiadora:

—¿No? —preguntó, con un brillo travieso en los ojos—. Que yo sepa, aún no me conoce.

Clara se movió ligeramente hacia adelante, tímida, y Duncan inclinó la cabeza hacia ella con suavidad.

—Y usted debe ser Clara —dijo, con voz cálida y medida—. Me han hablado de su cortesía y encanto… y creo que no exageraban. Además se les olvidó pronunciar que irradia dulzura.

Clara se ruborizó, apartando la mirada y apretando suavemente las manos sobre el borde del vestido. Bonnie, notando el cambio en la atmósfera, lanzó una sonrisa de complicidad y susurró:

—Veo que tu mariposa está volando alto, hermana. Más te vale que le cortes un ala o la caída puede ser mortal.

Clara tragó saliva y no respondió, pero no pudo evitar seguir mirando a Duncan mientras él conversaba con su padre. Cada palabra parecía tocarla de manera diferente, despertando sentimientos que no sabía cómo manejar.

Bonnie, por su parte, no dejaba de analizarlo. Sus ojos se estrecharon ligeramente mientras le estudiaba el porte, la manera en que se movía, la seguridad con la que hablaba, y a pesar de ella misma, algo comenzó a chispear en su interior. Una mezcla de atracción y rechazo.

—No confíes demasiado en la apariencia —murmuró Bonnie para sí misma—. Pero maldita sea, es un espectáculo interesantísimo.

Duncan, ajeno a la advertencia, lanzó una mirada rápida a Bonnie, percibiendo desafío en esa mujer que tenía frente a él. Por un instante, una chispa invisible pareció saltar entre ambos.

Rápidamente Duncan pensó que la noche iba a ser muy interesante, y que su cometido de poder llegar al interior de una familia influyente, estaba más cerca que lejos.

Y mientras el salón se llenaba de invitados, la tensión creció, no solo por la curiosidad de Duncan, sino también por la certeza de que aquella noche, la chispa entre Bonnie y él había encendido un fuego que ninguno de los dos podía ignorar. Clara, por su parte, soñaba con cada gesto, cada palabra, cada sonrisa, sin darse cuenta de que su mundo acababa de cambiar para siempre. Pues aunque Duncan sintiera que Bonnie despertaba en él algo más que mera curiosidad, también sabía que de las dos hermanas era, sin duda la que más problemas le daría, así es que decidió poner sus ojos en la dócil Clara.

CAPÍTULO 10

—Señorita Ravenshire —dijo con voz profunda por encima del murmullo—. Me temo que debo confesar que he oído hablar de usted.

—¿De veras? —replicó Bonnie, arqueando una ceja y dejando que su sonrisa se curvara todavía más—. Espero no haberle defraudado después de lo que haya escuchado… aunque, lo admito, disfruto cuando los hombres se esfuerzan por impresionarme.

Duncan ladeó la cabeza, con un brillo divertido en sus ojos color miel.

—Oh, créame, me esfuerzo —dijo—. Pero a veces temo que nada de lo que haga pueda igualar su… energía.

Bonnie rio suavemente, pero con un matiz peligroso en su mirada también.

—Energía, ¿eh? —murmuró—. Debo advertirle que la energía de una Ravenshire no se toma a la ligera. Muchos han intentado seguir mi ritmo, y pocos lo han logrado.

—Entonces espero ser uno de los pocos —replicó Duncan, acercándose un paso, tan cercano que Bonnie pudo notar el aroma de su perfume, una mezcla sutil de flores frescas y algo de sándalo.

Clara, a un lado, sorbía su ponche con disimulo, sin perder detalle en la imagen que tenía cerca. Su corazón latía como un tambor, y cada palabra intercambiada entre Bonnie y Duncan le hacía imaginar historias imposibles.

—Señor vizconde —intervino Bonnie, volviendo a poner distancia con un gesto elegante—. Dígame ¿cree usted que la valentía de los caballeros escoceses es solo un mito, o realmente arriesgan todo por una dama?

Duncan sonrió, un poco más en esta ocasión, y su mirada se suavizó.

—Depende de la dama —respondió, con sus ojos fijos en los de Bonnie—. Y de lo que esté dispuesto a perder.

Bonnie tragó saliva sin poder evitarlo después de escucharle, y a pesar de sí misma, un escalofrío recorrió su espalda. Por primera vez, alguien parecía desafiarla sin temor, y al mismo tiempo fascinarla.

—Pues me alegra que tenga valor —dijo, con un hilo de voz más bajo, mordaz pero casi vulnerable—. Porque tendrá que demostrarlo si quiere sobrevivir a una noche en la que yo no doy tregua.

Duncan arqueó una ceja, divertido y cautivado.

—Confío en que me enseñará a no morir de aburrimiento, señorita Ravenshire.

En ese instante, Clara se acercó con un pequeño rubor, y Duncan giró ligeramente la cabeza hacia ella. Sus ojos se encontraron, y Clara sintió que el mundo se detenía en ese momento. No era un hombre más; era el héroe de sus novelas hecho carne, y la manera en que la miró, aunque cortés y mesurada, la hizo soñar despierta.

Bonnie, percibiendo la mirada de su hermana, lanzó un leve suspiro exasperado.

—Vaya —murmuró—. Parece que hasta las estrellas pueden distraer a la más soñadora.

Duncan sonrió, ladeando la cabeza otra vez, como si entendiera la advertencia implícita.

—Oh, no se preocupe, señorita —replicó con voz suave y firme—. Mi atención sabe distinguir entre luz brillante y fuego real. Nadie se quema al tenerme cerca, ¿podría decirse lo mismo de usted?

Bonnie sintió que le faltaba el aire. Y allí, en medio del salón lleno de invitados, las chispas entre ambos parecieron prender un fuego que ninguno de los dos estaba dispuesto a apagar.

Clara suspiró, con las manos cruzadas frente a ella, mientras el corazón le martillaba en el pecho. Y mientras Duncan avanzaba por la sala, saludando con cortesía a los invitados que se habían reunido para conocerlo y darle la más cálida bienvenida, Bonnie lo seguía con la mirada, mitad desafiante, mitad fascinada, consciente de que acababa de comenzar un juego que ninguno de los dos podría detener.

Un juego de miradas, palabras y silencios, en el que la ironía y la atracción serían las primeras armas de lo que, sin duda, sería una historia imposible de olvidar.

Al poco rato, de nuevo volvían a encontrarse.

—Vaya, señorita Ravenshire —dijo Duncan, acercándose con esa calma que exasperaba y fascinaba a la vez—. Me temo que su fama de insolente no es en absoluto exagerada. De nuevo vuelve a ponerse en mi camino para dejarme claro qué, deslúmbreme.

—¿Insolente? —replicó Bonnie, cruzándose de brazos—. Me parece que está confundiendo insolencia con sentido común. Solo le quiero advertir de que no se fije en ninguna de nosotras.

Dijo eso, pero en realidad deseaba que solo se fijase en ella.

—Ah… sentido común —repitió Duncan, ladeando la cabeza—. Me temo que no todos tenemos el mismo concepto de sentido común. Y también me temo que desde que me hice un hombre, nadie, repito por si no me ha escuchado bien, nadie me dice en quien debo fijarme yo.

Bonnie arqueó una ceja y avanzó un paso más cerca, desafiándolo con la mirada esta vez.

—¿Y cuál sería, entonces, su concepto de sentido común, señor vizconde? —preguntó con ironía—. ¿Seguir ciegamente la etiqueta y hacer reverencias hasta que se te olviden los propios pensamientos?

—No exactamente —respondió Duncan, con voz baja—. Yo prefiero observar para poder decidirme, sobre todo a quién escoger.

Bonnie bufó con fuerza, estaba harta de aquel hombre que al parecer no iba a darse por vencido tan pronto.

—Ah, así que me estudia —dijo—. Debo avisarle que no será fácil. He derribado a muchos hombres con una sola mirada. Además si eso no fuese suficiente, le prometo que no me tiembla el pulso en levantarle la mano a un hombre.

Duncan ladeó la cabeza, sus ojos color miel brillaban esta vez con diversión.

—Eso suena a una amenaza que no puedo ignorar —dijo. Pero justo cuando Bonnie estaba a punto de replicar, el conde de Ravenshire apareció a su lado, con aire sereno.

—Vizconde McKenna —dijo—. Antes de que la noche avance demasiado, dígame: ¿alguna de mis hijas le podría interesar para esa esposa que anda buscando?

Duncan se enderezó, ajustándose la chaqueta con un gesto elegante. Miró al conde, luego a Bonnie, y finalmente a Clara, que se mantenía discretamente a un lado, con los ojos brillantes y un ligero rubor en las mejillas producido claramente por el exceso de ponche.

—Sinceramente —respondió—, Clara es la que creo que sería ideal para mí.

Bonnie arqueó las cejas sorprendida por la respuesta.

—Vaya… —susurró, más para sí misma que para nadie—. Así que no soy yo la elegida. Interesante —Aquello tampoco lo escuchó nadie.

Duncan notó la chispa en su mirada y sonrió ligeramente.

—No se engañe, señorita —dijo—. Su ingenio y su audacia no me han pasado desapercibidos. Pero, debo reconocer que para la búsqueda de esposa, debo ser honesto: Clara es la que se ajusta a lo que busco.

Bonnie abrió mucho los ojos y, sin perder la ironía, respondió:

—Pues qué fortuna para mi hermana, ¿no cree? Aunque no le aseguro que le deje tranquilo. Hay algo en usted que me dice que miente, que es un vil hombre que busca algo oscuro y que las intenciones que dice tener para su esposa no son del todo reales. Llámeme loca, pero se ver a un impostor cuando aparece frente a mí.

—Lo dudo —replicó Duncan, con un leve brillo divertido en los labios—. Pero confío en que cuando descubra que se ha equivocado conmigo sepa pedir perdón.

Bonnie soltó una risa corta, casi despectiva, pero en su interior un cosquilleo la recorrió. Era divertido, irritante, y excitante a la misma vez. Aquél hombre no solo era atractivo, era un desafío, y Bonnie adoraba los desafíos.

Clara, mientras tanto, no podía apartar los ojos de Duncan. Su corazón latía desbocado, y cada palabra, cada gesto, cada sonrisa

dedicada del vizconde parecía tallarse en su memoria. Sabía que aquella noche cambiaría algo en su mundo, aunque no entendía todavía hasta qué punto.

Bonnie, percibiendo la atención de su hermana, decidió mantenerse al margen, mientras Duncan, con toda su compostura y elegancia, se acercaba a Clara para intercambiar unas palabras medidas, llenas de cortesía y que hicieron que su corazón diera un vuelco

En ese instante, Bonnie comprendió algo que la inquietó: aquel hombre era imposible de ignorar, y aunque no fuera él su destino… la chispa que sentía con su presencia prometía noches llenas de tensión, ironía y encuentros electrizantes.

Bonnie se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados, observando la escena con el ceño fruncido. Cada movimiento de Duncan acercándose a Clara era como un golpe inesperado. Durante toda la velada había sentido la chispa, la tensión, la electricidad que surgía cuando él le lanzaba miradas solo a ella. Pero ahora… ahora se acercaba a su hermana con esa mezcla de atención y afecto que Bonnie sabía perfectamente significaba interés forzado, o al menos eso había creído hasta ahora.

—Maldita sea —murmuró para sí misma, con los labios apretados—. Creí que… creí que… él estaba interesado en mí.

Clara, inocente y ensimismada, sonrió al escuchar una palabra amable de Duncan. Su corazón palpitaba con fuerza, y Bonnie tuvo que desviar la mirada, mordiendo con fuerza el interior de su mejilla para no soltar un gruñido de pura frustración.

La velada siguió su curso entre conversaciones formales y saludos protocolarios, hasta que finalmente llegó el momento en que Duncan se acercó al conde de Ravenshire para despedirse antes de marcharse.

—Milord —dijo, inclinándose con respeto—. Ha sido un honor asistir a su velada.

El conde lo observó con ojos astutos, midiendo sus palabras con cuidado, y luego formuló la pregunta que Bonnie temía:

—Vizconde McKenna… dígame, sinceramente, y nos dejaremos de rodeos ¿pretende pedir la mano de mi hija Clara como antes ha podido insinuar?

Duncan enderezó la espalda, respiró hondo y habló con la calma medida que le caracterizaba, pero con una sinceridad que hizo que Bonnie sintiera un ardor en el pecho imposible de ignorar:

—Clara es la mujer que siempre he buscado. Creo que puedo hacerla feliz, y estoy seguro de que ella a mí. Sí, lo pretendo si usted me lo permite, conde.

Bonnie sintió cómo la furia se encendía en su interior como un fuego incontrolable. El rostro se le puso rojo, los puños se apretaron levemente, y un nudo se formó en su garganta. Cada palabra de Duncan resonaba como un golpe. Pero, sorprendentemente, logró controlarse. Respiró hondo, tragó saliva, y esbozó una sonrisa que más parecía una mueca de desdén.

—Excelente elección —dijo el conde con un gesto complacido—. Me alegra que haya sido sincero. Y para que la mañana siguiente no sea menos placentera a esta gran noche, le invito a tomar pastas en los jardines de la mansión. Como antes ha mencionado le han encantado, y creo que disfrutarán de la calma antes del bullicio de la temporada.

Duncan inclinó la cabeza con respeto, asintiendo:

—Será un placer, milord.

Bonnie observó cómo Duncan se retiraba, elegante y seguro, mientras Clara lo seguía con la mirada, y un leve rubor teñía sus mejillas. La mezcla de furia, celos y frustración en Bonnie era tan intensa que parecía vibrar en el aire.

—Maldita sea… —murmuró Bonnie para sí misma, apartándose hacia un rincón vacío del salón—. ¡Maldito!

Y allí, en medio del bullicio de la velada, con risas, conversaciones y la música de fondo, Bonnie comprendió algo, y era que debería aprender a ver a aquel hombre del brazo de su hermana. Porque aquel vizconde no solo había elegido a su hermana, sino que también había encendido un fuego en su pecho que no sería fácil de apagar.

CAPÍTULO 11

Duncan McKenna entró en la amplia casona situada en un barrio de Mayfair acompañado de Harris, su hombre de cámara y confidente desde su llegada a Londres. El aroma del hogar, el calor de la chimenea y el eco de sus pasos creaban un ambiente que contrastaba con la seriedad del momento y la conversación.

—Harris —dijo Duncan mientras colgaba el abrigo el mismo en la entrada—. He decidido mi plan. No hay otra opción.

Harris lo miró con atención, consciente de que aquello iba más allá de una mera estrategia social.

—¿Su plan, señor? —preguntó, con un matiz de preocupación en la voz.

—Casarme con Clara Ravenshire —respondió Duncan, con voz firme, como quien declara un destino inevitable—. Me permitirá permanecer aquí todo el tiempo que dure la búsqueda de mi hermana y de mi prima, sin levantar sospechas.

Harris frunció el ceño. Se acercó un paso, con esa postura tan suya, donde sus manos quedaban detrás de la espalda, el gesto lo tenía serio.

—¿Y qué hará con la señorita Clara cuando su familia aparezca y usted decida regresar a Escocia? —preguntó, con un tono

que combinaba cautela y reproche—. No creo que la joven se merezca ser un simple peón en su plan.

Duncan se quedó pensativo, mirando un instante la chimenea encendida, como si las llamas pudieran quemar sus dudas. Luego alzó la mirada, fría y decidido respondió:

—Nada de remordimientos, Harris —dijo con voz seca—. Abandonarla será un daño colateral necesario. No habrá otra opción. Todo mi esfuerzo debe concentrarse en lo verdaderamente importante: encontrar a mi hermana y a mi prima, y asegurarme de que todo salga según lo previsto. Además, si lo que te preocupa es que después se quede sola y sin dinero, no tienes porqué, me encargaré de que Clara tenga lo suficiente para ser feliz el resto de su vida.

Harris exhaló con fuerza, visiblemente disgustado.

—No lo entiendo, señor —dijo—. Clara es… débil, enamoradiza, soñadora, la más inocente de las dos. No debería ilusionarse demasiado con usted. Aquí todos saben cómo es ella, y usted planea utilizarla como un simple medio.

Duncan se giró bruscamente, con los ojos brillando de determinación. Estaba enfadado.

—¡No sigas, Harris! —dijo, con tono firme—. Tú mismo fuiste quien me animó a contraer matrimonio para poder obtener información desde dentro de la alta sociedad. ¿Acaso conoces alguna muchacha que merezca que le hagan algo así? —sus ojos se suavizaron, pero mantuvieron la frialdad del momento—. Si la conoces, dímelo ahora, y dejaré tranquila a Clara Ravenshire.

Harris guardó silencio, incapaz de ofrecer un nombre. Sabía que Duncan no estaba dispuesto a ceder. La convicción del vizconde era inquebrantable: lo que él buscaba era mucho más importante que cualquier afecto pasajero. Y, aunque comprendía la dureza de la decisión, también sabía que aquel hombre haría lo que fuera necesario para cumplir su propósito.

—Muy bien —dijo finalmente, resignado—. Pero recuerde, señor, que los corazones no se manejan como fichas de ajedrez. Los de Clara, ni los de nadie, por mucho que planee.

Duncan asintió, con la mirada fija en el horizonte imaginario más allá de las ventanas.

—Lo sé, Harris —susurró—. Pero ahora debo asegurarme de que pueda permanecer cerca sin levantar sospechas. Y si eso significa fingir afecto mientras persigo mi objetivo, que así sea.

Un silencio casi doloroso llenó la sala, solo roto por el crepitar del fuego. Harris, aunque preocupado, sabía que aquella determinación de Duncan no se quebraría, y que pronto comenzarían los días en los que cada gesto, cada palabra, y cada mirada serían parte de un plan mucho más grande que cualquier sentimiento real.

CAPÍTULO 12

El salón exterior de desayunos de los Ravenshire estaba lleno de la luz de la mañana. Las cortinas de lino dejaban entrar el sol, iluminando la vajilla de porcelana y los jarrones con flores frescas. Duncan se sentó frente al conde, mientras Harris, siempre atento, se situaba discretamente a un lado. Clara ocupó su lugar a la derecha del vizconde, con un libro abierto frente a ella, los ojos brillaban con ilusión. Bonnie, en cambio, permaneció rígida, con los brazos cruzados y la mirada fija en Duncan, evaluándolo como si cada movimiento suyo pudiera ser una traición que ella debía detener a tiempo.

—Señor vizconde —dijo Bonnie con un tono que mezclaba cortesía y mucha desconfianza—, ¿está seguro de que desea tomar café? Yo le sugiero algún tipo de bebida que sea algo más relajante. Tenga en cuenta que el carácter de mi hermana es pasivo, y no podrá ir a su ritmo pausado si usted está demasiado excitado.

Duncan arqueó una ceja y sonrió con un toque divertido.

—Gracias, señorita Ravenshire. Pero temo que incluso la tila más caliente no podría darme la calma que necesito al tenerla a mi lado. ¿Cómo decirlo? Me provoca inquietud solo con olerla. —Y miró a Clara y le guiñó un ojo.

Bonnie, sin perder un instante, se levantó de su asiento, llevó su taza de porcelana cargada de café y, con un movimiento rápido y deliberado, la volcó parcialmente sobre la camisa de Duncan. Él se enderezó, sorprendido, pero antes de que pudiera protestar, Bonnie añadió:

—Discúlpeme, soy muy torpe. —dijo en voz alta para que todos la oyesen, y después en tono más que bajo añadió— Si no desaparece rápido de esta casa, señor vizconde, le juro que esto no será suficiente.

Duncan se rio suavemente, limpiándose con un pañuelo que Harris le pasó con discreción. La ironía y la audacia de Bonnie lo entretenían más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Veo que es muy eficaz —dijo—. Tendré que andarme con cuidado.

Más tarde, mientras pasaban al jardín, Bonnie encontró una nueva oportunidad para ponerlo a prueba. Una bandeja de frutas que Clara había colocado en un carrito parecía demasiado pesada para ella sola. Bonnie, con gesto dramático, señaló a Duncan:

—Vizconde, sea un caballero y ayúdeme a levantar esto. —Su mirada decía más que sus palabras.

Duncan, sin dudarlo, se inclinó para sostener el carrito junto a ella. La proximidad hizo que Bonnie contuviera un estremecimiento, irritada consigo misma por la reacción física.

—Si no desaparece de mi vista —susurró Bonnie al oído de Duncan mientras ajustaban el carrito—, podría considerarlo un enemigo mortal.

Duncan sonrió, de nuevo divertido y encantado por la insolencia de la joven.

—Entiendo… —replicó con suavidad—. Tendré cuidado de no provocar su ira.

El conde, observando con orgullo la interacción de todos y sin enterarse de lo que estaba ocurriendo, animó a todos a un paseo por los jardines. Clara se adelantó, con un libro abierto, leyendo en voz baja un fragmento romántico, como si narrara la escena para Duncan. Su voz era dulce y musical, y cada palabra parecía surgir directamente del corazón.

Duncan, distraído, apenas escuchaba. Pero antes de que Bonnie pudiera murmurar algún comentario sarcástico, lanzó una pequeña piedra que golpeó suavemente el hombro de Duncan.

—¡Preste atención a mi hermana, no a mí! —dijo Bonnie con voz baja—. No quiero que se pierda ni una palabra de sus suspiros literarios. ¿Me oye?

Duncan rio en silencio, agitando la cabeza, fascinado por la mezcla de descaro y afecto que Bonnie mostraba hacia su hermana.

—Realmente —pensó—, esta joven no deja de sorprenderme.

Clara, ajena a la travesura, siguió leyendo, y Bonnie cruzó los brazos, mirándolo de reojo, evaluando cada gesto de aquel caballero que, pese a sus advertencias, permanecía cerca, atento y sonriente. La tensión era palpable, divertida y cargada de química: el juego de ironía de Bonnie, la inocencia de Clara y la elegante paciencia de Duncan creaban una coreografía que prometía más de un conflicto, y sin duda, un romance que empezaba a encenderse a fuego lento.

Mientras el sol acariciaba los jardines y la brisa movía suavemente las hojas, todos entraron en el interior de la mansión, y Duncan supo que aquella visita a la familia Ravenshire no sería simplemente un almuerzo más: sería una prueba de ingenio, paciencia y encanto, en la que Bonnie se convertiría en su rival y, al mismo tiempo, en el primer obstáculo que disfrutaría al esquivar.

Bonnie salió del salón con pasos apresurados, el corazón todavía palpitándole por la reciente tensión con Duncan, y se dirigió a los aposentos de su padre.

Una vez frente a él, escuchó sus palabras con una mezcla de autoridad y resignación:

—Bonnie, no me hagas repetirlo —dijo el conde, con voz firme pero ya algo cansada de tener que lidiar siempre con la misma de sus hijas—. Ni se te ocurra boicotear lo de Clara con el vizconde. Entiendo tu carácter, pero esta vez, hija mía, debes ceder.

Bonnie bufó, conteniendo un suspiro frustrado. El rostro del conde reflejaba su cansancio, esa mezcla de obligación y pesar que Bonnie conocía demasiado bien. Asintió, sin replicar, y abandonó la estancia con un ligero golpe de puerta, murmurando para sí misma:

—Boicotear —dijo en voz alta—, a Clara no le gusta el vizconde, ella ama a otro hombre…

Regresó al salón con la intención de contarle a Clara lo absurdo de la llamada de su padre, esperando que su hermana riera con ella y compartieran un momento de complicidad. Pero lo que vio al entrar la dejó completamente petrificada.

Allí estaban. Clara y Duncan, cerca del ventanal que daba al jardín, inclinados el uno hacia el otro, y él estaba besando suavemente a Clara en los labios.

El mundo de Bonnie pareció que decidía congelarse. Su boca se abrió ligeramente, incapaz de emitir palabra, mientras sus ojos se fijaban en la escena imposible.

Clara, con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, sonrió tímidamente, ajena al efecto que aquel beso había tenido sobre Bonnie. Duncan, elegante y sereno, la observó con esa calma segura que Bonnie ya conocía, un gesto que hablaba de algo más que amistad.

—Esto… esto no puede estar pasando —murmuró Bonnie para sí misma, dando un paso atrás, temblando de incredulidad por

lo que acababan de ver sus ojos—. Él… con Clara…

Intentó buscar una excusa, algo que decir para cortar la escena sin hacer un escándalo, pero las palabras se negaban a salir. La imagen estaba grabada en su mente: Duncan, tranquilo y atento, y Clara, dulce y radiante, completamente ajena a su hermana que los miraba desde la sombra.

Bonnie respiró hondo, tratando de recuperar la compostura. Sus puños se cerraron ligeramente, y un hilo de voz salió entre dientes:

—Maldita sea… —susurró, mientras giraba sobre sus talones, con la furia y la incredulidad entrelazadas en cada movimiento—. No puedo creerlo…

Se retiró al umbral del salón, con la sensación de que el mundo que conocía hasta ahora se había fracturado. Y mientras Duncan y Clara continuaban su conversación, la ironía y el descaro de Bonnie quedaron suspendidos en el aire, reemplazados por una mezcla de desconfianza, celos reprimidos y una furia que prometía nuevas confrontaciones.

La despedida del vizconde fue breve, muy cortés y adecuada a la ocasión.

—Señoritas Ravenshire —dijo Duncan, inclinando la cabeza—. Ha sido un honor pasar un día como el de hoy en su compañía.

Clara respondió con una leve reverencia, aún con las mejillas sonrojadas. Bonnie, en cambio, bajó la vista. Sus dedos se entrelazaron con fuerza a la altura de la falda, y nadie habría podido decir qué era lo que agitaba su pecho en ese instante. Solo cuando la puerta se cerró tras él, alzó la cabeza de nuevo.

El silencio que quedó fue un tanto inquietante. Ya en su alcoba, con las cortinas cerradas y la luz de las velas temblando en

las paredes, Bonnie se sentó al borde de la cama. Clara permanecía de pie, retorciendo la cinta de su camisón entre los dedos.

—¿Lo amas? —preguntó Bonnie, sin rodeos.

Clara levantó la mirada, pero no respondió de inmediato. Sus ojos brillaban de una forma que Bonnie no le había visto jamás. Y entonces, sin poder contenerse, rompió a llorar.

—Lo que me pasa, Bonnie… —susurró entre sollozos— es que yo quiero vivir una historia de amor. Y hay momentos en los que pienso que me sirve cualquiera solo para no quedarme sin esa maravilla que tanto ansío.

Se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué estás diciendo?

—Por eso le dejé que me besara, no porque lo ame. Sino porque quise sentir algo. Lo que fuera.

Bonnie no dijo nada. Solo escuchó.

—Pero yo… —continuó Clara, levantando el rostro bañado en lágrimas— yo a quien amo de verdad es a Colin. A Colin Whitmore. Él es el hombre que me hace suspirar incluso sin verlo. El que me mueve el alma solo con imaginarlo. Así que no podré casarme con el vizconde cuando lo que realmente deseo es hacerlo con Colin. —Su voz se rompió—. Es el hombre por quien me arrancaría la vida si hiciera falta, sin que él me lo pidiera. Y si me caso con el vizconde, sé que seré desdichada para siempre.

Bonnie apretó los labios. Sus ojos se suavizaron, aunque su voz fue firme cuando habló.

—También existe la posibilidad —dijo con serenidad— de que, si no te casas con el vizconde, nunca puedas hacerlo tampoco con Colin.

Clara se quedó quieta.

—Eso debes saberlo —continuó Bonnie—. Puede que algún día lo veas del brazo de otra mujer. Besando a otra en algún salón. O peor… que te enteres de que se ha casado —Se acercó a ella despacio—. Debes estar segura antes de rechazar algo real por algo que quizá nunca llegará. No se puede vivir solo de posibilidades.

Clara respiraba con dificultad. Pero entonces levantó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas… y una determinación que jamás había mostrado salió de ella.

—Prefiero morir sin poder amar al amor de mi vida —dijo con voz temblorosa— que vivir en los brazos del hombre equivocado una eternidad.

Bonnie la miró. Durante un segundo no vio a la hermana dulce y dubitativa. Vio a una mujer. Una mujer dispuesta a soportar el dolor con tal de no traicionarse a sí misma.

Se acercó y la abrazó con fuerza.

—Entonces —susurró— no estás sola. Te ayudaré.

CAPÍTULO 13

La visita del general Whitmore aquella mañana no había sido casual. Traía consigo noticias que hacían temblar hasta al más experimentado en desgracias, y su rostro lo decía todo antes de pronunciar palabra. Al poner un pie en Ridge Hall, Duncan lo observó con consternación. Aquella expresión severa, cargada de gravedad y preocupación, no auguraba buenas noticias.

—Vizconde McKenna —dijo el general, con su voz grave y controlada—. Se sabe de una cuadrilla que rapta mujeres para subastarlas. Me temo que las mujeres de su familia podrían haber caído en sus garras.

Duncan sintió cómo el aire parecía abandonarlo. El corazón le golpeaba con fuerza dentro de su pecho haciéndolo sentirse diminuto ante aquella afirmación, la cabeza le daba vueltas, y un frío recorrió su espalda.

—¿Y ahora qué? —preguntó, con voz temblorosa y con su mirada fija en el suelo.

—Ahora —continuó Whitmore con toda la calma que pudo reunir— hay que seguirles la única pista que han dejado. No será fácil, pero algo me dice que, si mantenemos vigiladas a las mujeres

más bonitas de la ciudad que todavía permanecen solteras, llegaremos a ellos. Estoy casi seguro.

—¿Ese es su plan? —interrumpió Duncan, notando como la desesperación se adueñaba de él en cada palabra—. ¿Esperar a que vuelvan a cazar? ¿Y si no lo hacen aquí? ¿Si deciden abandonar Londres? ¿Quién le ha dicho que las subastan? ¿Dónde las subastan? ¿Quién las compra?

Cada pregunta se agolpaba en su mente con un ritmo frenético, mientras la posibilidad de ver a su hermana y a su prima en manos de hombres crueles lo hacía sudar frío. Su frente se perló de sudor y las náuseas lo envolvieron: imágenes horribles de mujeres indefensas pasaban por su mente, y todo comenzó a girar en su cabeza.

—Vizconde —dijo el general, suavizando la voz—. No se aleje de los Ravenshire. Dentro de poco, encontraremos a las muchachas, pero debe continuar como hasta ahora, sin levantar sospechas de ningún tipo. Ya que ha llegado hasta aquí, siga haciéndolo como hasta ahora.

Duncan no tuvo fuerzas para sostenerse. La gravedad de la noticia y la impotencia lo vencieron por completo, y cayó de rodillas sobre el suelo, sintiendo cómo cada fibra de su cuerpo se rendía ante la realidad.

Justo cuando el general Whitmore cruzaba el umbral y salía del hogar de Ridge Hall, la puerta se abrió de golpe antes de que se cerrase por completo, y Bonnie entró apresurada, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Al ver la escena, se detuvo en seco.

Allí estaba Duncan McKenna, de rodillas en el suelo, con el rostro desencajado y abatido, blanco al completo. Por un instante, la incredulidad la paralizó.

—¡Vizconde! —exclamó, acercándose con prisa—. ¿Qué, qué le ha pasado?

Duncan levantó la mirada, con los ojos llenos de angustia, y Bonnie comprendió de inmediato que aquello no era un simple malestar: parecía que su mundo entero, tal como lo conocía, se había roto en mil pedazos ante él.

En ese instante, mientras la puerta se cerraba detrás de Whitmore y el silencio de Ridge Hall se difuminaba, Bonnie supo que aquel hombre escondía más de lo que ella temía.

—¿Vizconde? —preguntó con voz entrecortada—, ¿qué le pasa? ¿Por qué está así? —preguntó de nuevo.

Duncan se llevó una mano a la frente, tratando de recomponerse, y murmuró algo evasivo:

—Me… me mareé de repente. Debe ser que no he comido todavía.

—¡Bah! —respondió Bonnie, cruzando los brazos con severidad—. Yo me he pasado dos días enteros sin comer para cabrear a mi padre y no me he desmayado. Así que, ahora pruebe a decirme la verdad.

Duncan la miró, con una mezcla de irritación y diversión, mientras intentaba levantarse.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó, medio cabreado, medio sorprendido.

Bonnie se enderezó, clavando los ojos en él:

—Ah, sí, eso, he venido a decirle que debe olvidarse de mi hermana. Ella no lo ama.

—¿Y por qué no es ella la que viene a decírmelo? —insistió Duncan.

—Usted no lo entendería ni en mil vidas —dijo Bonnie, con un deje de advertencia—. Solo le aviso: déjela en paz. Y olvídese de esa tontería de pedir su mano.

—Ahora ya no puedo —respondió Duncan con seriedad—. He dado mi palabra a su padre.

—Si no lo hace —dijo Bonnie, acercándose un poco más y con voz fulminante—, se va a enfrentar a un peligro que nunca ha conocido, se lo juro.

Duncan esbozó una sonrisa, divertida y algo provocadora a la vez.

—Entonces será mejor que la saque de aquí antes de que me meta en problemas.

Cuando intentó hacerlo, Bonnie reaccionó con rapidez y levantó una mano, como para golpearlo, pero Duncan la detuvo suavemente contra la pared del hall. Quedaron pegados el uno al otro, sus respiraciones entrecortadas, los cuerpos tensos, y sus rostros peligrosamente cerca. Los corazones comenzaron a latir con fuerza, anunciando que algo había despertado entre ellos.

Duncan inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—Le advierto que si me provoca, encontrará a un hombre que no puede detenerse fácilmente cuando algo comienza.

Bonnie lo miró de reojo, desafiante, y acercó sus labios a los suyos, aquel fue un gesto de pura provocación. Duncan respondió atrapando sus labios en un beso intenso y apasionado, devorando su boca con ferocidad, dejando pasear su lengua por el interior con deseo, mientras su cuerpo sigue apretándose al de ella. Clavando su entrepierna con fuerza y con ese deseo que solo le ordenaba desnudarla allí mismo y hacerla suya explorando con deseo cada centímetro de su cuello a la vez con sus labios.

Bonnie, con la rapidez de siempre, empujó a Duncan con fuerza, rompiendo la cercanía y creando distancia suficiente para recuperar el control. Su respiración estaba agitada, los ojos brillaban, y el corazón latía con una energía increíble.

—¡Basta! —exclamó, manteniendo la mirada fija en él—. No se confunda, ¡ni lo intente!

Duncan sonrió, divertido, como si aquella resistencia solo hubiera encendido aún más su interés.

—Tenga cuidado —murmuró él, con una media sonrisa—. Provocarme nunca ha sido sencillo para nadie.

Bonnie apretó los labios, luchando entre la rabia y la atracción, y dio un paso atrás, recuperando su compostura, aunque sabía que algo había cambiado entre ellos para siempre. Y lo peor de todo es que su hermana parecía que iba a quedar atrapada en medio.

CAPÍTULO 14

Clara Ravenshire estaba sentada al borde de su cama, con las manos entrelazadas ente sí, y ejercían tanta fuerza que los nudillos se le habían quedado blancos.

—No sé cómo decírselo, Bonnie —susurró—. No sé cómo decirle a padre que no deseo casarme con él. Estoy segura de que es una equivocación, y que me arrepentiré el resto de mis días.

Bonnie, apoyada contra el tocador, cruzó los brazos por debajo del pecho, y ladeó la cabeza con esa falsa despreocupación que solo adoptaba cuando estaba a punto de lanzarse contra el mundo. Porque así era ella, sola ante todos, sin importarle nada ni nadie.

—Pues no se lo digas hoy —respondió con suavidad, acercándose para tomarle las manos—. Respira. Ninguna boda se decide en un día, y ya se nos ocurrirá algo antes de que llegue esa fecha, te lo prometo. No te casarás con ese hombre, además sé que nos oculta algo, y pienso descubrir de qué se trata.

Clara la miró, aliviada por un instante, y sonrió con esa fragilidad que siempre la delataba.

—Siempre sabes cómo hacer que el mundo parezca menos aterrador para mí.

—Es mi único talento respetable —replicó Bonnie, aunque su mirada vaciló por un segundo.

La casa de los Ravenshire estaba ese día más luminosa que de costumbre. La noticia del compromiso no tardó en recorrer los pasillos como una brisa imposible de detener, y cuando el vizconde McKenna llegó, el aire mismo pareció tensarse.

Duncan se inclinó ante Clara con impecable cortesía. Y hasta depositó un dulce beso en su mejilla.

—Señorita Ravenshire… —dijo, con una sonrisa amplia—. Es un honor que no me creo merecedor.

Clara bajó la mirada, con las mejillas suavemente sonrojadas.

—Sois demasiado amable, milord. Todavía no comprendo que estuviese soltero allí de donde usted viene.

Bonnie, de pie junto a la ventana, percibió su presencia antes incluso de mirarlo. Fue una sensación absurda, incómoda y completamente indeseada y, aun así, levantó los ojos.

Él la miró también. Solo fue por un momento. Solo el tiempo justo para que ambos recordaran lo que no debía ser recordado. Aquel beso, aquel terrible beso que ninguno de los dos había podido olvidar por mucho que lo quisieran lograr hacer desaparecer de sus memorias.

Duncan, sin embargo, no mostró nada. Se volvió hacia Bonnie con la misma cortesía que había ofrecido a su hermana.

—Lady Bonnie.

—Vizconde —respondió ella, inclinando apenas la cabeza, con una frialdad impostada y que le hacía de escudo.

Clara los observó en silencio. Siempre había tenido buen ojo para los suspiros ajenos. Entonces se acercó un paso a su hermana y luego a él, mirándolos con curiosidad suave.

—¿Bonnie? —murmuró—. Estás rara.

Bonnie soltó una risa breve, seca.

—¿Rara? Estoy perfectamente. Simplemente no me conmueven los anuncios de compromiso como al resto del mundo. Solo eso.

Cuando Duncan se alejó unos pasos para hablar con su futuro suegro, Clara se inclinó hacia ella.

—No miras al vizconde como miras a nadie más. Eso no puedes negármelo.

—Porque no me gusta —respondió Bonnie con rapidez—. Y no lo quiero cerca de ti.

—¿Cuál es tu motivo para que no te guste? Yo tengo el mío propio pero no conozco el tuyo —le preguntó Clara para saber un poco más de esa forma de actuar de su hermana con el vizconde.

Bonnie dudó. Solo un segundo.

—Porque no me fío de él —dijo al fin—. Los hombres que huyen de sus tierras no lo hacen por motivos limpios. Y los que sonríen demasiado a señoritas que son desconocidas, esconden más de lo que muestran.

Clara la observó, con esa mezcla de ternura y duda que solo ella sabía sostener.

—¿Lo odias?

—No —dijo Bonnie, bajando un poco la voz—. Lo vigilo, solo lo vigilo, pero porque no puedo odiarlo casi sin conocerlo.

Después de un largo rato sin verlo por ninguna parte, Duncan volvió a encontrarse con Bonnie al pie de la escalera.

—Espero —dijo él con suavidad— no ser causa de su disgusto, lady Bonnie.

—No sois una causa —respondió ella, mirándolo por fin de frente—. Sois un completo error que tendré que reparar antes de que mi hermana salga herida, pero no se preocupe vizconde intentaré que no sufra cuando lo mate.

Por un segundo, algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Duncan.

—¿Le he dicho ya que sus advertencias son mucho más interesantes que cualquiera que me hayan hecho antes? —dijo Duncan. Y se marchó.

Bonnie apoyó la mano en la baranda de la escalera, sintiendo que algo crecía en su interior. No lo reconocía todavía pero era algo incontrolable de lo que estaba casi segura iba a dejarle una buena cicatriz cuando todo aquello terminase.

CAPÍTULO 15

Cuando el vizconde McKenna llegó aquella tarde a la mansión Ravenshire, no llevaba prisa ni inquietud en el paso. O eso habría jurado cualquiera que lo hubiese observado desde el exterior.

Había acudido con la intención más inocente que su papel le permitía interpretar: invitar a Clara a un paseo por los jardines y mantener con ella una conversación amable, como correspondía a un caballero que pronto sería su esposo.

Pero en cuanto cruzó el vestíbulo, comprendió que algo no en la casa Ravenshire no andaba como solía.

Las voces llegaban desde el despacho del conde. Voces graves. Demasiado bajas. Y una de ellas le resultó insoportablemente familiar. Se detuvo al pie de la escalera. Dio un paso más hasta quedarse casi pegado a la puerta de donde provenían los murmullos.

Y entonces empujó suavemente la puerta entreabierta.

Dentro, el conde Ravenshire permanecía de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de su sillón. Frente a él, impecable enfundado en su uniforme, estaba el general.

Duncan no necesitaba verlo de frente para reconocerlo.

—…no deseo que esto llegue a oídos de nadie más —decía el conde con voz áspera—. Ya he hecho lo que me pidió. Ahora olvídese de mí, solo le pido que nos deje tranquilos.

—Y lo ha hecho bien —respondió el general—. Pero debe entender que si algo sale mal, usted no podrá fingir ignorancia, está dentro conmigo.

El aire no solo de vició, también se volvió negro, cargado de algo que aún sin saber de qué se trataba a Duncan no le gustó nada escuchar esas palabras.

Duncan retrocedió apenas un paso, sin hacer ruido. Consiguió que nadie supiera que había escuchado anda de aquellas palabras. Cerró la puerta con la misma suavidad con la que la había abierto. La sangre le golpeaba en las sienes impulsada por los fuertes golpes que daba su corazón en el interior de su pecho.

No era casualidad, nada de todo aquello lo era. Giró sobre sus talones y salió al vestíbulo justo cuando una figura apareció al fondo del pasillo.

Era Harris. Su fiel mayordomo y hombre de confianza, este levantó la vista de inmediato.

—Milord.

Duncan no se detuvo al verle, le hizo una señal para que lo siguiera, y cuando estaban lo suficientemente alejados de la puerta, le habló..

—Cuando el general salga —murmuró al pasar junto a él—, sígalo. —Después de aquella orden hizo una pausa, y luego añadió con una sola mirada—Hágalo con cuidado. Mucho me temo que es un hombre peligroso.

Harris no preguntó. No dudó.

—Siempre, señor.

Pocos minutos después, Duncan se recompuso lo suficiente para continuar con su papel y buscó a Clara. La encontró cerca de la

galería acristalada, con un libro entre las manos y la luz del atardecer derramándose sobre su figura.

—Lady Clara —saludó, inclinando la cabeza—. ¿Me concedería un paseo por los jardines?

—Me encantaría, milord —respondió ella con una sonrisa tímida en su rostro.

Caminaron juntos por los senderos bordeados de rosales. La conversación fue tranquila, cuidadosa, fue casi como si dos amigos de toda la vida compartiesen pensamientos y vivencias. Pero por parte de Duncan su atención no estaba allí. Y Clara lo notó.

—Parecéis… distante hoy. Sí, estáis distraído, ¿hay algo que os inquieta? —dijo finalmente.

—Me temo que Londres es menos apacible de lo que aparenta —respondió él, eligiendo las palabras como si pisara cristales—. Incluso sus mansiones esconden silencios incómodos.

Ella no entendió ni una sola palabra. Y él se alegró de ello.

Mientras tanto, el general abandonó la mansión Ravenshire con paso apresurado.

Y, a unos metros de distancia, un hombre de aspecto discreto y correcta postura —Harris— inició una persecución silenciosa, perdiéndose entre los carruajes y la niebla que comenzaba a elevarse sobre las calles.

Duncan se detuvo junto al pequeño estanque. Clara miraba los reflejos en el agua.

—Sois muy amable conmigo —murmuró ella—. A veces me pregunto qué opinaría un caballero como usted si el día de nuestro enlace yo me negase a casarme.

Duncan la miró y pudo ver en aquello ojos suyos aquella dulzura como la que acostumbraba a ver en la mirada de su hermana.

Y por un instante, el plan le pareció lo más horrendo que había hecho jamás.

—Si eso ocurriese, no pasaría nada, lady Clara —respondió—. Pero dame al menos la oportunidad de que puedas seguir conociéndome solo así tal vez cambies de opinión ese día..

Un carruaje pasó al otro lado de las verjas. Y él, sin saberlo todavía, estaba a punto de descubrir cuán cerca estaba del abismo que llevaba semanas buscando.

CAPÍTULO 16

El interior del carruaje no solo era oscuro, sino asfixiante, como si el propio aire se hubiese cansado de circular entre aquellas paredes estrechas de madera vieja, podrida, y agrietada. Cada movimiento de las ruedas hacía que el techo crujiera sobre sus cabezas, y el olor a humedad y sudor viejo se pegaba a la piel con la obstinación de una pesadilla que no estaba dispuesta a soltarlas.

Callie sostenía la mano de Mildred con tanta fuerza que apenas sentía ya los dedos, pero no se atrevía a aflojar el contacto, como si aquel pequeño gesto fuese lo único que todavía las mantenía unidas al mundo que habían perdido. Mildred, por su parte, no la miraba directamente, no porque no quisiera, sino porque temía que, si lo hacía, el temblor que intentaba contener en el rostro terminara por traicionarla.

—No llores tampoco —susurró Mildred al fin, con una voz que pretendía sonar serena pero que se quebraba a cada palabra—. No delante de ellos, no les des esa satisfacción. Resistiremos enteras hasta que alguien nos encuentre.

Callie asintió despacio, apretando los labios con una determinación que no le parecía propia de ella, pero el llanto no subía hasta los ojos, sino que se le quedaba atrapado en el pecho, pesado, doloroso, como una piedra que le impedía respirar con

normalidad. Habían perdido la noción de los días, de las noches, de las semanas; en aquel zulo donde las habían encerrado el tiempo no era más que una sucesión interminable de hambre, frío y miedo. Sobre todo miedo a que las separasen.

Sus vestidos, antes cuidados por manos pacientes, se habían convertido en simples harapos, rasgados, manchados, irreconocibles. Sus cabellos, enredados y ásperos, llevaban días sin sentir el roce de un peine ni cepillo, y la suciedad se había instalado en su piel como una segunda capa de vergüenza que no les pertenecía.

Callie alzó la cabeza, casi por instinto, como si necesitara comprobar que el mundo seguía existiendo más allá de su encierro. Y entonces lo vio. Al otro extremo de la calle, entre sombras que parecían moverse con vida propia, reconoció una figura que no habría podido confundir jamás, incluso en la peor de las pesadillas: la forma de sus hombros, la manera en que caminaba, la presencia que siempre había llenado las habitaciones incluso antes de que hablara. Allí estaba Duncan, su hermano, era él.

Su boca se abrió, pero el sonido no logró salir.

—Du… —intentó, y la palabra murió antes de nacer.

Mildred siguió su mirada. Y también lo vio.

—Dun… —susurró, y su voz fue apenas un rastro de aire.

Ninguna de las dos consiguió gritar. Ninguna consiguió levantar la voz. El miedo, el hambre y el horror acumulado día tras día les habían robado incluso eso, dejándoles solo una sílaba rota que no cruzó la distancia entre ellas y el único hombre capaz de reconocerlas y ayudarlas.

Duncan, que caminaba con el ceño fruncido, cargado de pensamientos que no le daban descanso, sintió algo parecido a un aviso en el pecho, una presión extraña, una inquietud que no supo explicar. Se detuvo, miró alrededor, buscando un origen que no encontraba, pero lo único que vio fueron sombras, paredes húmedas y rostros que no le dijeron nada. Y a lo lejos un carro.

No las vio. Solo vio el carruaje.

Ya al tiempo, cuando el carruaje se detuvo de golpe, el silencio que cayó sobre ellas fue tan pesado que casi dolió. La puerta se abrió con fuerza.

—Fuera —ordenó una voz áspera desde el exterior.

Unas manos que no conocían la delicadeza las sujetaron por los brazos y las obligaron a bajar, y el aire de la calle, lejos de aliviar el encierro, les golpeó la cara con un olor aún peor, una mezcla de basura, agua estancada y podredumbre que se les metió en la garganta y les hizo toser de inmediato.

El lugar al que las llevaron no merecía un nombre, porque nombrarlo habría sido concederle más dignidad de la que tenía. Era un sótano bajo tierra, con paredes empapadas de humedad y un suelo de piedra que parecía absorber cualquier resto de esperanza que se atreviera a tocarlo. La luz era escasa, amarillenta, sucia, y las sombras se acumulaban en las esquinas como si se alimentaran del miedo de las que allí bajaban.

Había hombres. Sus voces sonaban cerca, y también se escuchaban como algunas monedas cambiaban de manos.

—Aún respiran —comentó uno, sin molestarse en disimular el desdén hacia ellas.

—Parece que son más fuertes de lo que pensábamos eh, todos creímos que morirían la primera noche —respondió otro, ligeramente sorprendido.

Callie dio un paso al frente con las piernas temblándole, pero la espalda bien recta, porque si algo le quedaba era el recuerdo de

quién había sido antes de que la arrancaran de su hogar con mentiras y engaños.

—No somos mercancía —dijo, con un hilo de voz que, contra toda expectativa, no se quebró.

Una risa baja, desagradable, se extendió entre los hombres.

—Aquí lo sois —le respondieron, como si explicaran algo evidente.

Mildred se colocó a su lado, hombro con hombro, compartiendo el temblor, el miedo y esa poca dignidad que quedaba en ellas, con los labios resecos, la piel sucia y los ojos cargados de una furia que nadie había conseguido extinguir.

—Si creéis que vamos a suplicar —dijo Mildred, mirando a cada uno de ellos sin bajar la cabeza—, estáis perdiendo el tiempo. Lucharemos hasta que nos quede aliento y os aseguro que os arrepentiréis de haber conocido a una McKenna y a una Campbell.

Durante un instante, incluso ellos parecieron dudar. No porque sintieran compasión, sino porque no esperaban resistencia en cuerpos que creían quebrados.

Eran débiles. Estaban hambrientas. Olían a encierro y abandono. Pero seguían siendo hijas de sangre orgullosa. Y eso, de alguna forma, les aterraba más que las lágrimas.

En otra parte de Londres, muy lejos de aquel sótano sin nombre, Duncan se detuvo a mitad de la calle y se llevó la mano al pecho, sintiendo una presión que no podía explicar con palabras ni con razón.

—Insensateces —murmuró para sí mismo, intentando alejar aquella sensación absurda.

Pero por primera vez desde que llegó a Inglaterra, el aire de la ciudad le pareció frío, vacío y algo peligroso.

CAPÍTULO 17

Harris entró apresuradamente en la estancia de Blackridge, tenía la expresión tensa, sus pasos nerviosos resonaban sobre la madera pulida.

—Señor —dijo, dejando caer la chaqueta sobre una silla y limpiándose la frente—, lo seguí. Llegó hasta Whitechapel. El peor barrio de Londres, sin duda alguna. Jamás he visto algo así fuera de allí, la peor de las calañas se esconde en ese sitio.

Duncan frunció el ceño, dejándose caer sobre una butaca mientras intentaba procesar la información que Harris había traído con él.

—Whitechapel… —repitió, como si saboreara cada sílaba, girando los ojos hacia la ventana, hacia la ciudad que parecía brillar inocente bajo la luz de la tarde—. ¿Qué demonios podría hacer un general allí, Harris? ¿Qué puede haber allí que justifique que un hombre con rango ponga un pie sobre esos adoquines sucios y en esos callejones oscuros?

—No lo sé, señor —respondió Harris—, pero algo me dice que allí se oculta más cosas de las que cualquiera querría admitir.

Duncan se incorporó de un salto, un escalofrío le subió por la espalda. La pieza encajó de golpe en su mente.

—¿Y si… si es allí donde las subastan? —murmuró, con la voz cargada de miedo—. Mi hermana. Mi prima… podrían estar allí, atrapadas.

Harris dio un paso hacia él, firme, y colocó una mano en su brazo.

—Señor, si usted pone un pie en Whitechapel, toda Londres lo notará. No pasaría desapercibido. Nadie lo ignoraría. Si de verdad queremos rescatarlas, debo ser yo quien vaya de nuevo. Puedo moverme sin levantar sospechas. Nadie repararía en alguien como yo, en cambio en usted no hay duda de que lo harían.

Duncan respiró hondo, dejando que la lógica de Harris se asentara. Asintió con la cabeza, los puños seguían ligeramente apretados, la mente le colapsaba llena de planes y escenarios posibles.

—Muy bien —dijo al fin—. Se hará como dices. Harris… haz lo que sea necesario para encontrarlas, pero con cuidado.

Esa misma noche, el ambiente en la mansión Ravenshire rebosaba elegancia, las risas afloraban y el tintinear de copas de cristal daban aquella nota de ilusión al lugar. El conde, con una sonrisa que alcanzaba de sobra a sus ojos, colocó a Duncan entre la espada y la pared con un comentario: su hija Clara debía casarse, y pronto.

—Duncan —dijo el conde, con un ademán que abarcaba toda la sala—, mi hija debe estar felizmente casada antes de que termine

la temporada. Confío en que comprenda la urgencia, por eso se me ha ocurrido la gran idea de proponerles que sea mañana mismo cuando eso ocurra.

Duncan tragó saliva. Miró a Clara, la buena de Clara, estaba impecable, nerviosa, con el rubor habitual que parecía aumentar cada vez que él la miraba. Frente a ella, Bonnie que observaba con los ojos fijos en los suyos, con esa mezcla que ya la caracterizaba que andaba entre desafiante y retadora, y que solo ella podía proyectar.

—Entiendo —respondió finalmente—, y acepto.

Clara suspiró, tratando de ocultar la mezcla de alivio y miedo en su pecho. Bonnie, por su parte, apenas contuvo un destello de ira y sorpresa, pero mantuvo la compostura.

Minutos después, Duncan se levantó para retirarse discretamente hacia el aseo. Bonnie, sin dudarlo, lo siguió con pasos silenciosos.

—¿Acaso eres sordo? —le espetó en cuanto estuvo frente a él, colocándose las manos en la cadera—. Te he advertido que no puedes casarte con mi hermana.

Duncan se giró lentamente, la tensión entre ambos ese hizo palpable, y antes de que Bonnie pudiera reaccionar, la tomó suavemente del brazo. Sus labios se encontraron en un beso rápido, lleno de una urgencia, que hablaba más de lo que las palabras podían expresar.

Bonnie, sin pensarlo, respondió tomándole la nuca con fuerza, presionando, antes de separarse bruscamente, con los ojos abiertos y mirando a su alrededor, asegurándose de que nadie los había visto.

—Según mi padre —dijo Bonnie en un susurro, mientras se retiraba unos pasos—, la boda será mañana mismo. Ha pedido un permiso especial y ha hecho llamar a las mejores boutiques de Londres para que mi hermana elija su vestido.

Duncan asintió, con una sonrisa breve, los ojos brillando con una mezcla de resignación y diversión.

—Así es —respondió—. Una lástima que haya tan poco tiempo para conocernos, pero así lo ha querido el destino, y así se hará.

Bonnie ladeó la cabeza, y rápidamente apareció un desafío máximo en su mirada.

—Nos vemos mañana, cuñada —murmuró, girándose con pasos lentos hacia la puerta Duncan. Dejando a Bonnie con un leve estremecimiento en el pecho.

CAPÍTULO 18

El sol de la mañana entraba a raudales por los ventanales de la alcoba más grande de la mansión Ravenshire. Allí, Clara estaba sentada frente al tocador, dejando que la doncella al cargo de peinarla terminara de recoger sus cabellos con delicadeza y precisión en un moño alto, mientras ella misma no podía evitar sentirse una madeja de nervios y mariposas en el estómago. Aunque aquellas mariposas no fuesen como las que sentía al mirar a Colin Whitmore.

En silencio, Bonnie había permanecido al margen, observando cada movimiento, cada gesto de su hermana. Mientras Clara hablaba de lo emocionada que estaba por el vestido que iba a ponerse, Bonnie aprovechó que la alcoba estaba en calma, que la doncella había salido por un instante para buscar los adornos finales, y con paso sigiloso se acercó al armario donde colgaba el vestido que había sido preparado para Clara.

Sin pensarlo demasiado, lo tomó entre sus manos, lo desdobló y, con un impulso incontrolable, se lo colocó. Al mirarse en el espejo, Bonnie no pudo evitar sonreír. Era un reflejo que jamás había visto en sí misma: elegante, radiante, poderosa y, por un instante, libre de toda preocupación, imaginó que el mundo la veía

de otra manera, como si fuera ella quien estuviese a punto de unir su destino con alguien capaz de cambiarlo todo.

—¿Estás segura de que no deseas casarte tú con él? —dijo de repente una voz suave detrás de ella.

Bonnie se giró de golpe, y allí estaba Clara, con aquellos ojos grandes y llenos de sorpresa y un brillo de ternura.

—¡No! —respondió Bonnie, levantando la cabeza con fuerza, incluso con un atisbo de orgullo herido—. Te ha elegido a ti. Tú eres la que se convertirá en su esposa.

Clara bajó la mirada un instante, insegura, pero Bonnie continuó, esta vez con un tono más suave, más serio:

—Además, ya te lo dije. Creo que ese hombre oculta algo turbio, algo que no he logrado descubrir, y como padre ha insistido en que la boda debe ser hoy. No he tenido tiempo de saber de qué se trata.

Clara respiró hondo, y sus manos delicadas se entrelazaron. Miró a su hermana con ojos llenos de súplica:

—Bonnie… por favor. Ve por mí al altar hoy. No es que desee que seas tú quien deba sacrificar su corazón… es más bien que yo… yo amo a Colin. Lo amo con todo lo que soy, y no podría jamás entregarme a otro.

Bonnie sintió un nudo en el pecho. Observó la sinceridad absoluta de su hermana, pudo ver su corazón abierto y vulnerable. La furia y la insolencia que a veces la definían dieron paso a algo más profundo: un amor protector, un deseo de evitar cualquier desdicha para Clara.

—Está bien —dijo finalmente, con un suspiro largo—. Iré yo, pero solo porque amas a otro hombre, y no deseas desdicha. Esa es la única razón.

Por un instante, Bonnie se quedó en silencio, mirando a su hermana. En el interior de su corazón, sin embargo, algo más se

agitaba, un sentimiento que no quería reconocer del todo: una mezcla de algo que le erizaba la piel y le aceleraba el pulso cada vez que pensaba en Duncan, que no podía ni debía admitir en voz alta.

—Gracias, Bonnie —murmuró Clara, acercándose y tomando la mano de su hermana—. Nunca podré agradecerte lo suficiente.

—Solo cuida de ti misma —respondió Bonnie—. Hoy todo debe ser perfecto, incluso si yo tengo que mantenerme a salvo, lejos de todo lo que me haga perder la cabeza.

Ambas se quedaron un momento, mirándose a los ojos, comprendiendo sin palabras lo que significaba aquel día: la entrega, la protección, el amor fraternal y las decisiones que el destino y el deber imponían.

Y mientras el reloj avanzaba inexorable hacia la hora de la boda, Bonnie se giró hacia el espejo una última vez, ajustando el vestido de Clara en su reflejo.

El jardín de los Ravenshire estaba en calma, todo parecía bañado por una luz dorada que parecía envolver con una solemnidad suave y delicada cada flor y petalo del jardín. Las rosas recién abiertas perfumaban el aire, y las fuentes murmuraban su canción constante mientras los criados ultimaban los detalles de la ceremonia que tendría lugar en apenas unas horas.

La muchacha que todos creían Clara caminaba lentamente entre los setos recortados. El vestido de encaje marfil se deslizaba como una caricia a cada paso sobre el suelo, y el velo, sostenido con pequeñas perlas, descansaba con gracia sobre su cabello cuidadosamente recogido.

Bonnie —aunque nadie conocía ese secreto— respiraba hondo, intentando acompasar los latidos inquietos de su corazón con cada paso que daba hacia el altar.

Entonces fue cuando lo vio. Duncan avanzaba por el sendero de grava, vestía impecable dentro de su levita oscura. Llevaba el rostro sereno, pero en su mirada había algo más profundo, algo que no era simple cortesía o esa obligación a la que parecía deberse: era atención, curiosidad, y una extraña inquietud que ni él mismo lograba comprender.

Se detuvo a unos pasos de ella.

—Lady Clara —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—. Esperaba encontrarla aquí.

Bonnie bajó la mirada, fingiendo timidez.

—Milord —respondió con voz suave, cuidando cada inflexión—. Espero que esté preparado para este paso.

Duncan sonrió.

—No sé si alguna vez le he dicho que los jardines le pertenecen más a usted que a nadie —comentó—. Parecen, más vivos cuando camina entre ellos. Y con respecto a si estoy preparado, ya le dije hace unos días que me gustaría que me conociera para que llegado el momento fuera usted la que decidiera si deseaba casarse conmigo, no pretendo obligar a nadie a hacerlo. Aunque después de las prisas de su padre por esta unión lo haya parecido al aceptarlo. Le repito, usted tiene la última palabra.

Bonnie sintió que esas palabras le robaban un pedacito de su alma, pero mantuvo el papel con perfección.

—¿Ha pensado qué ocurriría si dijera que no cuando el sacerdote me pregunte si deseo casarme con usted? —preguntó ella, alzando por fin la mirada para cruzarla con la suya.

Duncan guardó silencio un segundo de más.

—No —respondió finalmente—. Creo que me inquieta más lo que ocurrirá si dice que sí. Debo reconocer que me pone nervioso —añadió en voz más baja— casi desde el primer minuto de conocerla .

Ella apretó las manos sobre la tela.

—Tal vez no deberíamos adelantarnos a los tiempos, y dejar que las cosas sucedan—murmuró—. A veces, el destino prefiere que confiemos.

Una brisa levantó levemente el velo. Duncan, casi sin pensarlo, alzó la mano y sujetó con cuidado el borde del encaje para que no cubriera el rostro de la ella.

Sus dedos apenas rozaron su mejilla. Fue un contacto breve, correcto, casto. Pero estaba lleno de algo que ninguno se permitió nombrar.

—Será una buena esposa —dijo él, bajando la mano con lentitud—. Haré cuanto esté en mi mano para que si acepta casarse conmigo, no se arrepienta.

Bonnie sonrió con dulzura, aunque por dentro de ella todo era un torbellino.

—Eso es todo lo que una mujer puede pedir —susurró.

Desde la galería superior de la mansión, Clara los observaba en silencio, con el corazón encogido, viendo a su hermana ocupar su lugar, portar su vestido, recibir las palabras que jamás había querido oír para ella y, aun así, sabiendo que aquel sacrificio era su única libertad.

Todos estaban expectantes ante la unión que parecía inminente. Bonnie caminaba con pasos medidos, vestida como si fuese su hermana Clara, cada movimiento lo tenía estudiado, cada sonrisa la forzaba para parecerse a ella, mientras sentía el peso del secreto que debía mantener. En un lado de su pecho su corazón latía con fuerza, consciente de que cualquier descuido podría arruinarlo todo.

Clara, observando desde un lado discreto, no podía apartar la mirada. Su hermana estaba allí, ocupando su lugar, y aunque había aceptado ayudarla, una parte de ella temía que Bonnie se arrepintiera en el último momento. Cada gesto de Bonnie, cada inclinación de cabeza, cada mirada hacia Duncan era un recordatorio de que aquella mentira era frágil como el cristal y amenazaba con romperse.

El sacerdote por fin hizo la pregunta que todos esperaban escuchar.

—¿Aceptáis unir vuestras vidas en matrimonio?

Bonnie respiró hondo, y con voz clara y firme, respondió:

—Sí, acepto.

Clara contuvo la respiración, segura de que en cualquier momento su hermana podría desistir, romper la promesa y revelar la verdad. Bonnie, por su parte, se preguntaba si su propio corazón podría resistir la cercanía de Duncan y la intensidad de su mirada.

Duncan tomó suavemente la mano de Bonnie —que todos creían Clara— y murmuró:

—Con todo mi corazón, también acepto.

El gesto era correcto, ceremonial, pero cuando sus labios se encontraron en el beso protocolario, algo sucedió. Bonnie cerró los ojos, interpretando el papel de su hermana, y depositó en él toda la emoción que sentía, el cariño y la tensión que se formaba en su interior en aquel momento. Fue un beso breve, elegante y lleno de significado, el tipo de beso que habla más allá de las palabras.

Cuando se separaron, Duncan la miró fijamente, con una intensidad que hizo que Bonnie sintiera un escalofrío recorrer su espalda. Había algo en la forma en que Bonnie besaba, algo que le resultaba inquietantemente familiar, casi como si…

Bonnie contuvo la respiración, preguntándose en ese instante sí la habría reconocido.

Desde un lado, Clara observaba, el corazón permanecía en un puño, viendo cómo su hermana mantenía la compostura, cómo el gesto de Duncan hacia ella parecía más que atento, y se preguntaba si aquel instante no sería demasiado peligroso para la mentira que ellas habían tejido.

Los murmullos del salón cesaron mientras Duncan bajaba la mirada unos segundos, estudiando la figura ante él, con la certeza de que aquel beso había dejado algo indeleble en su memoria. Bonnie, todavía temblando por la proximidad, por la intensidad de la mirada de Duncan, se obligó a enderezarse y seguir adelante, manteniendo la elegancia y la compostura que la ceremonia exigía.

Entonces Duncan se acercó a ella, y pronunció algo:

—Te dije que no debías provocarme, te avisé de que no sería sencillo. Y aun así has querido probarme.

Bonnie abrió mucho los ojos, y levantando la barbilla con aire más que atrevido le respondió.

—No te tengo miedo. Aunque tú si deberías temerme a mí. Te dije que te alejases de mi hermana, no me dejaste otra opción. Ahora deberás acarrear con las consecuencias.

—¿Sabe vuestro padre lo que habéis hecho? —preguntó Duncan mirando a Bonnie y después buscando a Clara con sus ojos.

Nosotras no se lo hemos dicho, si lo deseas te lo dejamos a ti, aunque no sé cómo se tomará que hayas preferido casarte con la más descarada de su hijas, y hayas dejado rota de dolor a la buena de su Clara, yo de ti mediría las palabras que vas a utilizar antes de decir nada.

—No lograréis hacerme quedar como el culpable que ha urdido este maquiavélico plan cuando todo ha sido cosa vuestra. Además estoy seguro de que vuestro padre os conoce bien. Nunca se creería nada de lo que le cuentes.

—En eso tiene razón, de mí no se creería jamás ni media palabra, pero de su dócil y buena Clara, sí, de ella siempre se lo

creería todo, pero si no te fías de mis palabras puedes ir tú mismo a comprobarlo, mira, por ahí viene.

En ese momento Bonnie le golpeó con su codo en las costillas a Duncan y después de doblarse por el dolor se estiró para saludar al que acababa de convertirse en su suegro.

—Enhorabuena, muchacho, te llevas a la mejor de mis hijas, sin duda alguna, tienes en tus manos un diamante. Cuídalo como se merece, ella es frágil y sensible, pero la bondad que alberga en su interior es incuantificable.

Bonnie no podía dejar de sonreír, aunque la verdad era que estaba loca por carcajearse, pero debía controlarse o levantaría sospechas.

CAPÍTULO 19

La despedida en la mansión de los Ravenshire fue breve pero cargada de emoción. Bonnie, todavía fingiendo ser Clara, se inclinó para besar la mejilla de su hermana, sus ojos reflejaban una complicidad silenciosa, y luego besó con respeto la mano de su padre, quien apenas pudo ocultar la mezcla de orgullo y pena que le producía ver partir a su hija. Así que este la apretujó contra su pecho, sin saber del todo que no era a Clara a quien tenía entre sus brazos, sino a Bonnie, la descara y rebelde de Bonnie. Duncan tomó la mano de Clara, aunque verdaderamente era Bonnie, le ofreció un gesto galante, y ambos subieron a la carroza sin intercambiar palabra acompañados por Harris que permanecía en pie a su lado observando con mirada vigilante cada movimiento.

El trayecto hacia la nueva residencia fue un mutismo cargado de tensión. Bonnie, con el ceño fruncido y los labios apretados, lanzaba miradas desaprobadoras hacia Duncan, quien, por su parte, parecía abstraído, como si contemplara el paisaje pero al mismo tiempo midiera cada reacción de su acompañante. Harris, conocedor de ambos, no necesitaba hablar: su mirada de advertencia bastaba.

Al llegar, Bonnie fue la primera en bajar de la carroza, dando un vistazo rápido a la fachada de la casa, impresionante y solemne,

aunque todavía extraña para ella.

—¿Mi alcoba? —preguntó, cansada, intentando recuperar el aire tras el viaje.

Duncan señaló con un gesto elegante las escaleras que se elevaban hacia el piso superior:

—La primera puerta que veas, pues ahí es.

Bonnie subió las escaleras con paso apresurado y abrió la primera puerta, pero al descubrir el interior se detuvo un instante, pues las ropas de Duncan estaban allí, perfectamente dispuestas, y su mente pensó que debía haberse equivocado al darle las señales a la alcoba.

Bajó de nuevo las escaleras con los tacones resonando sobre la madera, y se enfrentó a Duncan:

—¿Cuál es mi habitación? la que me has señalado es la tuya.

Él la miró con una sonrisa amplia, y divertida, y respondió con calma:

—¿Acaso no te ha gustado la que te he señalado? —se inclinó ligeramente hacia ella, con esa mirada que podía hacer temblar a cualquier mujer—. Debo advertirte que no hay más colchones en toda la casa, a menos que quieras que el pobre Harris duerma en el suelo.

Bonnie sintió que el enfado le subía desde la planta de sus pies hasta las palmas de sus manos, y sin más palabras, giró de nuevo sobre sus talones y subió nuevamente a la alcoba, haciendo que el eco de sus zapatos resonara por toda la casa. Una vez dentro, se apresuró a cambiarse, temerosa de que Duncan pudiera entrar en cualquier momento. El camisón no la hacía sentirse segura, y cuando finalmente se metió bajo las sábanas, un leve suspiro escapó de sus labios.

El silencio de la habitación se vio interrumpido por la presencia de Duncan, que abrió la puerta con suavidad, decidido a

descansar. Al descubrir a Bonnie dentro de la cama, no pudo evitar por un instante pensar en ella de aquella manera en la que todo su bello se le erizaba. La deseaba, eso era indiscutible, pero la situación le imponía límites claros. Se detuvo antes de meterse en la cama junto a ella, respirando hondo, controlando su impulso de acercarse demasiado.

Su mirada recorrió el contorno del cuerpo de Bonnie bajo las sábanas, cada pequeño movimiento, cada gesto involuntario, y en su interior el deseo rugió con fuerza, pero se contuvo. No podía, no debía. No mientras ella no lo deseara como él.

—Buenas noches —dijo finalmente, con voz grave, como un susurro que podía empezar a hacer que ardiesen si se acercaba demasiado.

Bonnie apenas levantó la cabeza, manteniendo la compostura, y murmuró un simple:

—Buenas noches.

Duncan asintió, dio un respingo hacia atrás y cerró los ojos respirando calma. Ambos compartían el mismo espacio, y sin embargo, el respeto y la contención eran lo único que mantenía la distancia. Cada latido de sus corazones marcaba la tensión, el deseo, y la decisión silenciosa de que, por ahora, nada se rompería.

Cuando Duncan abrió los ojos y la vio dormida sobre la cama, compartiendo las mismas sábanas que él, sintió un impacto extraño. Ella reposaba tan dulce, con la boca cerrada, los ojos cerrados, y sin poder alzar aquella maldita ceja que siempre tenía preparada para él —esa que lo sacaba de sus casillas— se descubrió sintiendo algo que no esperaba sentir, felicidad.

¿Feliz?
Se preguntó para sus adentros, incrédulo.

¿Cómo puedo ser feliz en estos momentos? Mi hermana ha desaparecido, debe de estar sufriendo, y yo estoy aquí... en la cama con mi esposa, y me siento feliz.

Aquella contradicción fue demasiado para Duncan en ese momento. Duncan llevó una mano a la cabeza y se golpeó duramente, como si de algún modo ese gesto pudiera obligarlo a sentir cualquier otra cosa.

Y no estaba seguro de en qué momento supo que iba a besarla. Quizá porque nunca lo supo del todo. Hasta esa mañana, contraer matrimonio con una de las gemelas solo había sido un plan perfectamente estudiado, un movimiento frío para permanecer más tiempo cerca de la sociedad que parecía ocultar respuestas sobre la desaparición de Callie y Mildred.

Pero algo había cambiado desde que descubrió que Bonnie, y no Clara, era la mujer con la que se había casado. Algo nuevo se agitaba en la boca de su estómago, impidiéndole actuar con la frialdad de antes. Y despertar y verla junto a él lo sacudió por dentro, justo cerca del corazón.

No pudo evitarlo.

Su mano se alzó lentamente hacia su rostro. Apartó con cuidado un mechón cobrizo que cubría parte de su mejilla. La yema de sus dedos rozó la suavidad de aquella piel, y su respiración se agitó sin que él lo notara.

Después se inclinó. Dejó que sus labios rozaran los de Bonnie en un gesto suave, indeciso, pero no fue suficiente. No para él. Necesitaba más, necesitaba borrar toda distancia, toda mentira, todo aquello que los separaba. Quería sentirla más cerca, quería que aquel contacto no terminara. Necesitaba tenerla a su alrededor, sobre él, bajo su cuerpo.

Fue entonces cuando Bonnie, al percibir el roce de unos labios sobre los suyos, abrió los ojos.

Y contra todo pronóstico no lo empujó.

No lo rechazó. Lo saboreó. Respondió al beso como si hubiera estado esperando ese instante sin admitirlo jamás.

CAPÍTULO 20

Bonnie aún tenía los labios entreabiertos cuando Duncan se separó unos centímetros de ella. Al hacerlo, el aire que compartían pareció vibrar. Él respiró hondo, atrapado entre lo que debía hacer, el deseo que sentía en aquel momento, y un miedo que nunca había sentido.

Ella lo miró con esos ojos aún somnolientos, vulnerables, cálidos, y algo dentro de él se activó.

—Duncan… —susurró, como si decir su nombre fuese lo único que pudiera mantenerla con vida.

Él apoyó la frente contra la de ella. Sus respiraciones se mezclaron. Sus dedos temblaron al rozar su mandíbula, bajando lentamente hacia su cuello, siguiendo el camino de su clavícula como si la recorriera por primera vez. Bonnie lo sintió todo: la calidez de su piel, la contención imposible en sus movimientos, la forma en que parecía luchar consigo mismo para no perder el control.

Era delicioso. Era devastador.

Cuando él se inclinó otra vez, ella ya estaba buscándolo. Sus labios se encontraron en un beso más profundo, más consciente. No había prisa, pero sí hambre del uno con el otro. Un soplo de

necesidad que creció entre ellos como una llamarada silenciosa pero que amenazaba con prenderlo todo fuego.

Las manos de Duncan descendieron por sus hombros hasta enmarcar su cintura. Bonnie se estremeció. Él tragó saliva. No quería asustarla. No quería hacerle daño, pero su cuerpo tenía un lenguaje propio, uno que se revelaba sin permiso y que no podía detener. Y cuando se movió para acomodarse mejor, su muslo quedó atrapado entre los de ella. El contacto fue accidental, y al mismo tiempo inevitable. El calor que ella desprendía lo recorrió entero, ascendiéndole por la columna hasta calentar cada poro de su piel. Duncan soltó un sonido ronco, primitivo, que intentó callar demasiado tarde. Bonnie lo sintió vibrar contra su piel y le ardieron las mejillas.

—Lo siento —murmuró él, cerrando los ojos, como si resistirse fuese un castigo autoimpuesto—. No voy a, no puedo hacer nada que tú no permitas.

Ella lo interrumpió con un suspiro tembloroso. Sus manos subieron por su pecho hasta aferrarse a sus hombros. Su cuerpo respondió solo, acercándose más al de él, buscando la fricción que no se atrevía a pedir. Ese roce que la haría perderse por completo.

—Duncan, mírame.

Él obedeció. Bonnie temblaba.

Duncan se quedó quieto. Totalmente quieto. Cada músculo tensado. Cada pensamiento reducido a uno solo: *no te precipites*.

Pero ella levantó las caderas un poco, apenas fue un gesto pero lo suficiente para que él entendiera.
Y fue su perdición.

—Bonnie… —su voz se rompió—, si sigo… no voy a poder parar.

Ella lo tocó en la mejilla, suave y atrevida a la vez, como si al fin aceptara lo que llevaba días sintiendo sin decirlo.

—Entonces no pares —susurró, con una honestidad que lo desarmó—. No quiero que lo hagas. Te lo estoy pidiendo, por favor.

Él cerró los ojos un segundo, solo uno.
Y cuando los abrió, ya no había distancia posible entre ellos.

La besó como si ese instante pudiera marcar un antes y un después en sus vidas. Y lo hizo. Sus manos la rodearon, la acercaron, la acogieron y la apretaron contra su cuerpo. Ella respondió con la misma urgencia, con la misma entrega que él.

El mundo desapareció en esa habitación. La mañana se detuvo. Y cuando finalmente dejaron de luchar contra lo inevitable, Duncan la sostuvo con una delicadeza feroz, como si Bonnie fuese un milagro.

El resto, el resto se volvió íntimo, profundo, suyo. Porque cuando Duncan empezó a abrirse camino dentro de ella, ella se arqueó entregándose por completo.

—Oh, Dios, Oh, Duncan —gemía Bonnie.

—Bonnie —gruñó Duncan—, jamás imaginé esto.

Duncan no parecía poder saciarse de Bonnie, necesitaba más de ella, no lograba detener sus caricias, sus besos, sus embestidas crecían con necesidad de hacerla sentir, su ritmo frenético de repente se volvió delicado, suave, lento, y al fin los dos se dejaron ir sintiendo que aquello que había ocurrido sería difícil de superar.

Rápidamente Duncan empezó a arrepentirse de lo que había hecho, aquello lo complicaba todo, la búsqueda de su hermana era lo importante, y ahora no había tiempo de jugar a los matrimonios felices, así que sin dudar ni un segundo dijo:

—Tengo que marcharme en un par de horas —dijo Duncan saliendo de la cama.

CAPÍTULO 21

Durante unos segundos la observó en silencio, intentando sostener la calma que ya empezaba a resquebrajarse dentro de él. Su pecho aún ardía por lo que habían compartido, por lo que habían sido capaces de confesarse sin palabras. Pero ese mismo ardor le recordó con brutal claridad todo lo que no había hecho aún: encontrar a su hermana. Encontrar a su prima. Y no podía permitirse desviarse del camino.

Se levantó despacio, sin hacer ruido, y buscó su ropa. Se puso la camisa sin abrocharla del todo, como si tuviera prisa y al mismo tiempo le costara asumir lo que estaba a punto de hacer.

Bonnie abrió los ojos justo cuando él estaba atándose las botas.

—¿Duncan? —su voz era suave—. ¿Qué haces?

Él evitó mirarla mientras se incorporaba por completo. Se pasó una mano por el rostro, cansado, tenso, como si cada gesto fuese una pelea consigo mismo.

—Me marcho en unas horas —dijo al fin, sin girarse.

El silencio de Bonnie fue inmediato. No era un silencio sin más, fue uno cargado de esa ira que comenzaba a aflorar de nuevo en ella.

Se incorporó, sujetando las sábanas contra el pecho. Sus ojos buscaban desesperadamente una grieta en aquella distancia repentina.

—¿Después de lo que ha pasado? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Es que acaso te has arrepentido?

Duncan se detuvo en seco. No se movió. No respiró, tampoco dijo nada.

Al poco solo se giró lo suficiente para mirarla. Sus ojos color miel se había oscurecido, parecían cargados de algo que ella no supo descifrar del todo. ¿Culpa? ¿Duda? ¿Dolor? Pero lo que sí supo fue que ese silencio era una respuesta mucho más cruel que cualquier palabra.

Bonnie bajó la mirada. Sintió todo el enfado de golpe, y también sintió cómo algo dentro de ella se encogía, se hacía pequeño, se hacía inservible.

Duncan dio dos pasos hacia la puerta.

Bonnie apretó las manos en torno a la sábana, temblando. No quería llorar.

—Ya veo lo que ocurre —susurró, aunque él ya no podía oírla con claridad. Estaban lejos el uno del otro.

Cuando Duncan abrió la puerta, algo voló directo hacia él.

La lámpara de aceite cruzó el aire con un silbido y golpeó de lleno en la madera del marco, rebotando y cayendo al suelo con un estrépito sonido. El corazón de Duncan se detuvo un segundo; si hubiera dado un paso más, ahora tendría la cabeza abierta.

Giró la cabeza sorprendido, pero ella no le sostuvo la mirada. Estaba encogida sobre sí misma, con las mejillas encendidas y la

respiración agitada, como si aquella explosión de furia hubiese sido su última defensa.

Él cerró la puerta tras de sí sin decir una palabra.

Duncan bajó las escaleras con pasos rápidos. Cada peldaño que saltaba era más distancia que ponía entre ellos. Se puso el abrigo a medio camino a la puerta, pasándose la prenda por encima de los hombros con brusquedad, como si la prisa le quemara.

Harris estaba en el vestíbulo, intentando ordenar unos papeles. Al verlo, frunció el ceño.

—Señor, ¿va a salir tan temprano?

—Escúchame bien —Duncan ajustó el cuello del abrigo y se remangó las muñecas, preparándose para el frío—. Voy a Whitechapel. Hoy. No puedo esperar más. Ese lugar oculta algo y estoy cansado de dar vueltas sin avanzar.

Harris lo miró como si hubiese oído una locura.

—Señor… ese barrio es peligroso incluso para usted. Déjeme acompañarlo.

—No —la respuesta fue seca, cortante—. Quédate aquí. Cuida de la señora. No la dejes sola ni un momento.

Harris entrecerró los ojos, estudiándolo. Duncan tenía la mirada tensa, la mandíbula la apretaba con fuerza, las manos cerradas en puños dentro de los bolsillos del abrigo. Estaba furioso, estaba herido. Confundido. Y ese estado lo hacía imprudente.

—Señor, escúcheme, no debería ir allí solo.

—He dicho que me marcho —Duncan lo miró por un instante, un destello de decisión absoluta—. Y será mejor que me obedezcas, a ella no puede pasarle nada, ¿me entiendes?

Se giró y abrió la puerta de la casa con un impulso que dejó entrar una ráfaga de aire frío. Salió sin volver atrás la mirada, caminando con pasos largos, decididos, un hombre que prefería el peligro antes que enfrentarse a lo que había dejado arriba, en la alcoba.

Harris esperó solo unos segundos antes de dejar escapar un suspiro.

Miró hacia las escaleras, sabiendo que la señora estaría bien sola. Miró hacia la puerta, donde Duncan ya doblaba la esquina sin darse cuenta de nada más que de su propia desesperación.

Y tomó una decisión.

—Disculpe, señora —murmuró en un susurro que ella no podía escuchar—, pero es menos peligroso dejarla sola a usted que dejarlo solo a él.

Cogió su abrigo, se lo echó por encima de los hombros y salió tras su señor con pasos acelerados, asegurándose de mantener la distancia justa para no ser descubierto.

Duncan no debía saber que alguien lo cuidaba.
Pero Harris no tenía intención de dejarlo entrar a Whitechapel sin respaldo alguno.

CAPÍTULO 22

Cuando Bonnie se quedó allí sola en la alcoba, no lloró. No podía. Estaba demasiado enfadada para permitirse algo tan estúpido como derramar lágrimas. Lo que sí hizo fue apretar los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y las uñas se le clavaron en las palmas de sus manos, y respiró hondo para no volver a lanzarle algo más a la puerta.

Se levantó de la cama con un impulso, recogió el camisón de cualquier manera y empezó a vestirse tan rápido que apenas recordaba qué prenda iba después de cuál. Solo sabía que necesitaba salir de esa habitación, salir de esa casa y, sobre todo, seguir a ese hombre testarudo que se atrevía a marcharse después de eso que acaban de tener entre aquellas sábanas.

Cuando se acercó a la ventana, lo vio. El abrigo oscuro, el porte impecable incluso enfadado, las manos metidas en los bolsillos como si así sujetara el peso que llevaba dentro. Caminaba con velocidad hacia la calle, sin volver la vista atrás, sin un atisbo de duda. Parecía que sabía a donde iba.

Bonnie chasqueó la lengua.

—Muy bien, vizconde —murmuró—. A ver a dónde demonios piensa ir tan temprano.

Mientras bajaba de la alcoba vio cómo Harris cruzaba el vestíbulo también vestido para salir. El criado cerró la puerta tras él con cuidado, y ese fue el instante exacto en que Bonnie descendió el último peldaño y abrió la misma puerta sin pensarlo dos veces.

El aire frío de la mañana le dio de lleno en la cara, avivándole la irá en vez de apaciguarla. Corrió calle abajo con las faldas levantadas lo justo para no tropezar. De lejos vio cómo un coche de caballos arrancaba. Seguramente en su interior iba Duncan, y ya se había alejado unos metros. Entonces se percató de que Harris también lo estaba siguiendo.

—Perfecto —susurró—. Si él lo sigue, entonces él sabe a dónde va.

Poco tiempo pasó para que Harris detuviese a otro carruaje, y cuando entró en su interior y el cochero ya estaba moviendo las riendas, a punto de poner el vehículo en marcha, fue cuando Bonnie llegó, casi saltando sobre el escalón lateral.

—¡Alto! —exclamó.

Harris, que ya estaba sentado en el interior del carruaje, se giró con la sorpresa escrita en su rostro.

—¿Señora McKenna? —dijo sin aire.

Bonnie subió sin pedir permiso y se sentó bien recta, cruzando los brazos y haciendo golpear su pie sobre el suelo de la carroza con absoluta decisión.

—Eso mismo iba a preguntarte yo, Harris, ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué persigues a mi esposo?

Harris se pasó una mano por la cara, claramente en un intento desesperado de ordenar sus pensamientos, y sus preocupaciones.

—Señora… por favor, no debería estar aquí. Debería regresar inmediatamente a la casa. Donde vamos no es seguro y…

—Harris —lo interrumpió ella, levantando una ceja de esas que él conocía demasiado bien—. No me trates como si tuviera cinco años. ¿Qué haces persiguiendo a Duncan?

—No puedo decírselo —respondió él, sin mirarla—. Y aunque pudiera, no debería. Lo único que puedo pedirle es que regrese. Se lo suplico.

Bonnie soltó una risa con la que no pretendía ser graciosa.

—No obedezco órdenes, Harris. Ni hoy ni nunca ni de nadie.

Él tragó saliva. Intentó echar un vistazo por la ventanilla, comprobando que el coche de Duncan seguía adelante, abriéndose paso entre las calles. Tenía que seguirlo, pero ¿cómo diablos podía hacerlo con Bonnie allí dentro?

—El señor me matará —susurró—. Cuando sepa que la he puesto en peligro, me matará, señorita. Whitechapel no es lugar para usted. Ni para ninguna dama…

—Señora —lo corrigió ella, con tono muy firme.

Él cerró los ojos un segundo, muriéndose en silencio ante lo inevitable.

Bonnie aprovechó ese momento para apoyarse un poco hacia delante.

—Y no te confundas —añadió—, no te perseguía a ti. ¿Por qué iba a hacerlo? Perseguía a Duncan. Pero cuando vi que tú lo perseguías a él, entendí que tú sabías algo más. Así que… —extendió la mano, exigiendo con la mirada—. Dime lo que deba saber antes de que monte un espectáculo.

Harris hundió la cabeza entre los hombros, como si un peso enorme le cayera encima.

—Señora… —respiró hondo—. Usted no lo está entendiendo. Si no baja de este carro antes de que lleguemos a Whitechapel, todos estaremos perdidos. Usted, yo, y su esposo también.

Bonnie esbozó una sonrisa que bien podría parecer casi orgullosa.

—Genial —respondió con serenidad—. Entonces me parecerá perfecto.

—Se aleja demasiado, si no salimos ya no podré seguirles —dijo de pronto el cochero al ver que el carro que Harris le había pedido seguir se distanciaba mucho.

Harris abrió los ojos, horrorizado. Y dio unos golpecitos en el techo del interior del carro para que el cochero avanzase tras el carro de Duncan.

El cochero salió tras el carruaje del vizconde. Y así, sin que ninguno de los tres lo supiera, el vizconde, su criado y su impostora esposa iban camino del mismo infierno, cada uno por razones muy distintas.

CAPÍTULO 23

El carruaje avanzaba por calles cada vez más estrechas, el aire a cada paso se viciaba más por el humo, hollín y un hedor que se pegaba a la piel. Whitechapel se desplegaba ante ellos como un mundo distinto del que Duncan, Harris o Bonnie habían conocido hasta ahora: un laberinto de casas bajas, fachadas ennegrecidas por años, ventanas con cristales opacos y puertas raídas que probablemente crujían al abrirse. Ni una campana de iglesia anunciaba la hora; solo los gritos de vendedores y niños, el tintineo metálico de carros y las voces ásperas de hombres que parecían haberse forjado en la dureza de ese barrio.

Para Duncan, aquel lugar era todo lo contrario a lo que siempre había considerado seguro. Su instinto le decía que el peligro se escondía en cada esquina. El vizconde frunció el ceño, respirando con tensión, sintiendo que sus botas golpeaban un pavimento desigual, su oído captaba murmullos que para él eran futuros problemas. Era un mundo hostil, que no admitía inocencia ni títulos, y él lo sabía: un solo paso en falso podía convertirlo en presa. Sin embargo, había algo que lo mantenía alerta, un fuego que le recordaba por qué estaba allí: su hermana y su prima podían estar

atrapadas en ese infierno urbano, y él no permitiría que desaparecieran entre la mugre y la violencia de Whitechapel.

Bonnie, sentada frente a Harris en el carro, respiraba hondo, intentando controlar la mezcla de miedo y excitación que le producía aquel panorama. A diferencia de su acompañante, ella era mujer, y no estaba entrenada para combatir, ni para enfrentar el peligro con la sangre fría de un hombre, pero su instinto de supervivencia estaba en máxima alerta. Cada grito, cada olor, cada sombra que se movía la hacía tensar los músculos y apretar los dientes. Su mirada escrutaba todo a su alrededor, analizando posibles rutas de escape, cualquier hueco en la fachada de los edificios que pudiera servirle de refugio si algo salía mal. Pero al mismo tiempo, un vértigo extraño recorría su espalda: el contraste con su vida hasta ahora, lujos, jardines, salones y vestidos, no podía ser mayor. Whitechapel era un lugar donde todo parecía posible, y nada era seguro.

El carruaje giró en un cruce, y Bonnie se inclinó hacia adelante, viendo a un grupo de hombres que charlaban frente a una taberna con las puertas abiertas. Algunos con manos negras por el carbón, otros con miradas duras y bocas que parecían derramar las bebidas. En sus ojos se mezclaba la fascinación y la repulsión. Podía imaginar a Duncan recorriendo esas calles, con su porte y estatura, sobresaliendo entre aquella gente, y algo en su pecho se tensó: deseaba que él no sufriera daño, pero al mismo tiempo sentía una chispa de orgullo al recordarle.

—Señora —dijo Harris, rompiendo el silencio—. En cuanto lleguemos, necesito que permanezca dentro del carruaje. Este barrio… no es lugar para señoritas.

—Lo sé —respondió Bonnie, con un hilo de voz—. Pero no voy a quedarme atrás. Y menos si Duncan corre peligro.

Harris la miró por el rabillo del ojo y solo asintió levemente, consciente de que ella no cedería. La luz del día apenas penetraba entre las casas apiñadas, creando sombras que se entrelazaban con el hedor y el ruido, y mientras avanzaban, ambos sintieron lo mismo:

en Whitechapel, cada calle podría ser la última, y cada sombra su enemigo.

Finalmente, el carruaje se detuvo frente a una puerta sin número, igual que poco antes lo había hecho el carro de Duncan al que seguía. Era un portón de madera ennegrecido, que parecía que en cualquier momento podía caerse, se sostenía de puro milagro. Harris bajó el primero y se giró para ayudar a Bonnie a descender:

—Aquí es. Haga ningún movimiento equivocado, señora. Ni un sonido fuera de lugar. Solo le pido que siga mis instrucciones al pie de la letra.

Bonnie apretó los labios, inspirando con fuerza, y bajó del carro con un único pensamiento.

Duncan ya hacía tiempo que había bajado, se había ajustado su abrigo, y remangando las mangas para poder moverse con rapidez.

Llevaba casi una hora caminando sin rumbo fijo por las calles angostas de Whitechapel, con el corazón ardiendo de pura frustración. A cada paso se decía que quizá todo aquello era una locura. Que su hermana y su prima podían estar en cualquier lugar, y él estaba perdiendo un tiempo precioso vagando como un ciego mientras la ciudad parecía amenazarle desde cada sombra.

«He cometido un error» pensó apretando los dientes.

Pero justo cuando decidió girar sobre sus pasos, un movimiento al final de la calle llamó su atención. Dos siluetas caminaban a buen ritmo, sin mezclarse con la multitud. Una figura alta, rígida, marcial… el general Whitmore. A su lado, una mujer cubierta con un velo oscuro.

Duncan sintió cómo se le tensaban los músculos de todo su cuerpo. *¿Qué demonios hace él aquí?*
Y sobre todo: *¿qué hace una mujer con él en un barrio donde incluso los hombres decentes temen poner un pie?*

El vizconde se pegó a la pared, siguiendo a la pareja con sigilo, siempre a una distancia prudente. El general avanzaba rápido, como quien conoce perfectamente el camino a donde se dirige. La mujer movía la cabeza con precaución, observando en cada esquina.

Finalmente, ambos se detuvieron frente a un edificio que por su aspecto parecía abandonado, pero pronto se dio cuenta de que no era así. Solo una puerta de madera, y una lámpara de aceite colgando de la pared que parpadeaba como si luchara por no apagarse. Parecía un salón de juegos, o quizá algo más turbio.

Duncan los vio entrar sin dudar. Esperó unos segundos. Luego avanzó despacio, sin hacer ruido, hasta quedar a unos centímetros de la puerta entreabierta.

Y entonces los escuchó hablando.

—Son más fuertes de lo que usted creyó —dijo el general con una voz opaca, como si hablara para que solo ella lo escuchase.

La mujer respondió de inmediato. Su timbre era elegante, educado, pero tenso:

—Ni se le ocurra pronunciar mi nombre aquí. Las paredes tienen oídos. Y si no queremos que esto nos explote en las narices, debemos seguir como hasta ahora.
Yo soy *La*. Y usted seguirá siendo *Él*.

Duncan apretó los puños. Maldijo entre dientes.
Cobardes, y listos, pensó.

Estaba a punto de empujar la puerta con la palma de la mano, decidido a enfrentarse a ellos sin rodeos —a exigir respuestas, a arrancarles la verdad aunque fuese a golpes— cuando un grito desgarró el aire.

Un grito femenino. Agudo, potente. Familiar.

—¡*Sueltam…*!

Duncan se paró en seco. Su corazón dio un vuelco tan fuerte que tuvo que apoyarse en la pared.

No podía ser. No era posible.
Pero lo volvió a escuchar, alto, claro, desesperado.

—¡¡*Sueltaaaa*!!

El vizconde salió disparado como una flecha, sin mirar atrás. Giró una esquina. Otra. Sus botas casi resbalaban en el adoquinado húmedo. Y entonces la vio allí. Estaba claro, era ella, era Bonnie**.**

Bonnie peleaba —literalmente— con un hombre de rostro sucio y sonrisa torva. Harris trataba de impedir que el rufián la tocase, pero el tipo era escurridizo y rápido. Ya había conseguido sujetarle el brazo y tirarle del vestido.

Duncan no pensó al ver aquella escena.
No dudó en qué hacer en aquel momento, solo actuó.

Llegó como un huracán, agarró al ratero por la pechera del abrigo y lo estampó contra la pared con tal fuerza que el ladrillo viejo crujió, y algo que sostenía la pared cayó en forma de polvillo.

—Si vuelves a tocarla —dijo Duncan con voz baja, grave, letal— te mato.

El hombre abrió los ojos como platos, paralizado. No fue por el agarre; fue por la expresión del vizconde. Aquella era de furia, y un sentimiento que Bonnie no había visto jamás en él.

Protección absoluta.

Bonnie, que respiraba con dificultad, se quedó quieta. Sus ojos subieron hacia Duncan. Él ni siquiera pestañeó.

—Harris —gruñó sin apartar la vista del rufián—. Sácalo de mi vista antes de que pierda lo poco que me queda de paciencia.

Harris lo agarró del cuello y lo arrastró lejos, sin contemplaciones.

Duncan se giró hacia Bonnie entonces, todavía con el pecho agitado. Y ella sintió cómo sus rodillas temblaban, por la intensidad

con la que la miraba más que por el susto que le había dado el ladronzuelo.

—¿Qué demonios haces aquí? —espetó él, pero en su voz había algo casi temeroso—. ¿Estás loca?

Bonnie tragó saliva, aún alterada.
—Yo, tenía que saber qué ocultas —logró decir.

Duncan cerró los ojos un momento. Y cuando los abrió, había un sentimiento feroz, profundo, como al rojo vivo.

No era furia lo que sintió, fue miedo. Miedo por ella. Y aquello lo descolocaba por completo.

Duncan retrocedió un paso, respirando con dificultad, mientras su mirada se alternaba entre Bonnie y Harris.

—¡Harris! —gruñó—. ¡¿Cómo se te ocurre dejarla sola en la casa cuando te pedí que no te apartases ni un momento de ella?!

El hombre bajó la cabeza, consciente de su error, pero intentando mantener la compostura.

—Señor… yo… debía protegerle a usted aquí, en Whitechapel. No podía dejar que nada sucediera a su alrededor. Hice lo que creí mejor, ¿cómo iba a imaginar que ella saldría a perseguirle?

—¿Lo que creíste mejor? —replicó Duncan.

—Oye, yo no soy un niño al que se le deba vigilar —dijo Bonnie.

¿No eres un niño al que haya que vigilar? ¿Estás segura de eso? Hace muy poco acabo de salvarte, parece que ya se te ha olvidado. Eres una inconsciente.

Bonnie bufó cruzándose de brazos y levantando la barbilla.

—Te lo volveré a repetir, Vizconde. No soy una niña que necesite que alguien me cuide en cada momento. No lo he sido nunca, y no lo seré ahora. Y respecto a lo del tipo ese, hubiese

podido quitármelo de encima yo sola, casi lo había logrado cuando llegaste —mintió.

Duncan la fulminó con la mirada, y luego suspiró, conteniendo la frustración que le producía escucharla.

—¡Está bien! —dijo finalmente—. Vamos a salir de aquí antes de que este lugar nos engulla.

Pero Bonnie dio un paso atrás.

—No pienso marcharme hasta que me digas qué estás buscando aquí. No voy a dejar que me arrastres sin explicaciones.

Duncan dudó un instante, observando la determinación en sus ojos verdes. Finalmente, bajó la cabeza, y el peso de la verdad pareció aplastarle.

—Está bien… te diré la verdad —susurró—. Llegué a Londres en busca de mi hermana pequeña y de mi prima.

Bonnie lo miró con incredulidad. Sus cejas se arquearon y su boca se entreabrió, pero logró mantenerse en silencio esperando que siguiera explicándose.

—Eso es todo —dijo sin decir más.

Pero como era lo normal, Bonnie no se conformaba con las verdades a medias, ella necesitaba todos los datos.

—¿Eso significa que lo que le dijiste a mi padre, que habías venido para buscar esposa, era mentira? —preguntó, aunque se temía que ella misma tenía la respuesta.

Duncan bajó la vista a sus zapatos, muerto de vergüenza, y sus hombros se tensaron.

—Nunca tuve intención de contraer matrimonio, menos en Londres —dijo, con voz baja—. Pero cuando me vi obligado a instalarme aquí, no tuve otra opción que mezclarme con la buena sociedad. La única manera de no levantar sospechas era… casarme.

Se giró un poco para que Bonnie no viera del todo su rostro, y añadió, casi en un susurro:

—Debes entenderlo, es mi hermana pequeña. Está sola, y no sé qué le han hecho. Mi única intención es encontrarla sana y salva.

Bonnie lo observó en silencio durante unos instantes, dejando que las palabras pudieran hacerla entender y procesarlo todo. No era una mujer que se viniese abajo fácilmente, y en ese momento comprendió la verdadera carga que Duncan soportaba sobre sus hombros. Podía sentir que, a pesar de lo que había pasado con el matrimonio y los malentendidos, él hablaba con sinceridad absoluta.

—Entonces… —murmuró finalmente—, todo lo demás, todo lo que dijiste sobre buscar esposa, era una estrategia. Nada más.

Duncan asintió, todavía con la mirada clavada en el suelo.

—Sí —confesó—. Una estrategia para no levantar sospechas mientras sigo la pista de mi hermana. Nada más.

Bonnie suspiró, y un gesto fugaz de comprensión y algo parecido a compasión apareció en su rostro. Solo el reconocimiento de que ese hombre, por muy atractivo y escandalosamente irritante que resultara a veces, no era un mentiroso cualquiera. Hacía lo que debía hacer, aunque el precio de ello implicase engañar a los que le rodeaban, incluso a ella, o a su hermana.

Harris permaneció en silencio, reconociendo la comprensión y la valentía de ambos.

CAPÍTULO 24

El carro por fin había salido de allí, y avanzaba lentamente por las calles aún húmedas de Whitechapel en Londres, mientras la bruma de la noche parecía envolverlos en un halo de misterio. Bonnie permanecía sentada frente a Duncan, con los brazos cruzados, y los ojos fijos en él con la intensidad de alguien que no dejaría escapar ni una palabra. Su respiración parecía marcar el tiempo que tenían antes de llegar a Mayfair, y ella aprovechaba cada instante.

—Debes decirme todo —empezó Bonnie—. ¿Qué sabes realmente sobre la desaparición de tu hermana y de tu prima? ¿Por qué crees que están en Londres? ¿Qué pistas tienes, y por qué has ido hoy hasta Whitechapel?

Duncan suspiró, pasando una mano por su rostro. La preocupación instalada en él hacía que apretase con fuerza la mandíbula, pero no podía esquivar sus preguntas. Sabía que Bonnie no cedería ante evasivas.

—Encontré una carta en la alcoba de mi prima, en esa carta decía que las esperaban para conocerlas y así pedir su mano, las palabras eran bonitas, muy propias de caballeros educados, no hubiera pensado jamás que alguien así provenía de un lugar como

del que acabamos de salir, pero después algo más me llevo hasta allí.

—El qué, continúa, no te detengas, necesitamos saberlo todo —dijo Bonnie.

—El general Whitmore me dijo que un grupo de hombre vendía mujeres en subastas. Envié a Harris para averiguar, pero aunque él puso empeño no descubrimos nada.

—Vale, y hoy, ¿has descubierto algo? —seguí preguntando Bonnie.

—Vi algo —dijo con voz baja—. Algo que no podía ignorar. Esta noche, al seguir al general, lo vi acompañado de una señora. Estaban en un lugar de mala muerte, Bonnie. No puedo contarte más, me temo que si sabes más sobre este asunto te pondré en peligro.

Ella arqueó una ceja, estudiando cada uno de sus gestos. La respiración de Duncan, la manera en que evitaba mirarla directamente, le decía más de lo que sus palabras podrían. Bonnie se inclinó un poco hacia él, suavizando el gesto.

—Un hombre puede seguir pistas y ver indicios, Vizconde, pero una mujer, una mujer puede percibir cosas que ustedes no ven —dijo, y su voz adquirió un tono más grave, persuasivo, casi conspiratorio—. Además, debo decirle algo que podría interesarle: mi hermana tiene conexiones directas con los Whitmore. Puede ser útil.

Duncan la miró por primera vez, con los ojos brillantes de reconocimiento y un toque de respeto. La certeza en la voz de Bonnie no era presunción ni arrogancia; había intuición, y él sabía que no podía subestimarla.

—Entonces, ¿sugieres que hagamos algo más que esperar? —preguntó finalmente.

Bonnie asintió, apoyando un codo en el respaldo del carruaje y acercando la mano a su mentón pensativa.

—Jamás te dije que debieras esperar. Vamos a Ravenshire Hall. Si nos sirve la relación que tiene mi hermana con los Whitmore, quizá podamos encontrar un hilo del que tirar.

Duncan asintió lentamente, a la misma vez que un leve brillo de admiración se le formaba en los ojos. La dirección estaba clara, y aunque sabía que se internaban en territorio de incógnitas y riesgos, también entendía que contar con Bonnie era ahora más importante que nunca.

El carruaje se adentró en las avenidas de Mayfair, y mientras las luces de los faroles iluminaban sus rostros, ambos compartieron un instante de complicidad.

Cuando por fin avistaron las imponentes torres de Ravenshire Hall a lo lejos, Bonnie dejó escapar un suspiro.

—Bien —dijo con confianza—. Es hora de actuar.

Duncan asintió, apretando ligeramente la mano de su esposa, que descansaba sobre el borde del asiento, consciente de que aquella visita podría ser crucial. Y por primera vez, sintió que no estaba solo en esta búsqueda.

El carruaje se detuvo frente a las grandes puertas de Ravenshire Hall y Bonnie ajustó su vestido con cuidado, consciente de que su padre, al recibirlos, no sospechase de que la mujer que estaba ante él no era Clara, sino ella misma.

Nada tardó en llegar a su encuentro la dócil Clara. La que para sorpresa de Bonnie mantenía la compostura perfecta, como siempre había hecho hasta ahora, y que no debería continuar haciendo a menos que quisiera que su padre las descubriese.

Al abrirse las puertas, el conde los recibió con esa cortesía que solo un hombre de su posición podía mostrar. Observó a Bonnie pensando en que era Clara, e inclinándose sobre ella le dijo:

—Te noto… cambiada, mi dulce niña. Hay algo en tu porte que, no sabría como describirlo, distinto, sí, quizá más audaz.

Bonnie contuvo una sonrisa porque Clara apenas hubiera respirado en ese momento intentando parecer la más correcta de las jóvenes damas del país, aunque Bonnie sabía que de rebelde solo le quedaba la mirada, la chispa que siempre brillaba en sus ojos cuando nada ni nadie podía contenerla.

—Debo confesar, padre, que quizá los días lejos de mi hogar me han enseñado a mantener cierta… disciplina —respondió Bonnie con voz suave, dejando entrever una nota de picardía. Su pequeño tic, el movimiento de los dedos al sostener el abanico, delató su naturaleza más atrevida.

El conde parpadeó, un poco desconcertado. Clara, por su parte, parecía más rígida de lo habitual, cada gesto suyo, cada palabra cuidadosamente medida. Bonnie apenas pudo reprimir una risita; la comparación entre la Clara soñadora y la Clara de ahora ante ellos era demasiado evidente.

—Y la institutriz —dijo Bonnie, señalando discretamente a la mujer que seguía allí como una sombra silenciosa—, ¿por qué sigue en la casa? Ya no es necesaria ahora que una de nosotras está casada.

La institutriz enderezó la espalda, con los ojos llenos de esa determinación que solo alguien acostumbrado a lidiar con familias de la alta sociedad podía exhibir.

—Señora, mi posición no depende de matrimonios temporales. Mi deber es la educación y el bienestar de las jóvenes del hogar, que en este caso, pues se tarte de Clara no es algo que yo haya elegido. Mientras tenga algo que aportar, continuaré. —Su

tono era elegante, pero con un filo que hacía evidente que nadie la amedrentaría.

El conde frunció el ceño, como si debatiera entre reprenderla por responder a su hija, o admitir que su autoridad no era limitada frente a alguien tan hábil.

—Quizá no sea necesario —dijo finalmente—, pero me temo que no hay razón para que sea retirada mientras aún tenga voluntad de servir y, por lo que veo, sabe defenderse mejor que muchos caballeros que he conocido —dijo el conde.

Bonnie contuvo la risa, disfrutando del juego de roles: su padre creyendo que ella era Clara, la institutriz demostrando una inteligencia y firmeza que desbordaban la etiqueta, y Clara atrapada entre el deseo de ser perfecta y la necesidad de rebelarse para parecerse a su hermana.

—Debo decir —añadió Bonnie, inclinando la cabeza hacia la institutriz con aire travieso—, que su defensa es admirable, aunque quizá no del todo conforme a las normas de nuestra sociedad. Si esa hubiese sido mi respuesta, me hubiera corregido sin dudarlo un segundo.

La institutriz la miró, sin perder la compostura, y respondió con un deje de ironía apenas perceptible:

—Señora, he servido en esta casa durante años. La sociedad puede juzgar mis métodos, pero nunca mis resultados.

Bonnie casi soltó una carcajada, mientras el conde respiraba hondo, resignado ante la certeza de que en su hogar las cosas nunca serían del todo previsibles, y que aquella mezcla de descaro y picardía convertiría cualquier visita en un verdadero espectáculo.

Y Bonnie, por su parte, se prometió que aquella tarde jugaría al despiste con maestría, disfrutando de cada mirada, cada gesto, y cada palabra cuidadosamente dosificada, consciente de que en el arte de la intriga, la ventaja estaba siempre en las manos de quien se atrevía a sonreír bajo la máscara. En este ella tenía la ventaja.

CAPÍTULO 25

El salón del té de Ravenshire Hall estaba bañado por una luz suave y tranquila, los mismos rayos del sol se filtraban a través de las cortinas de encaje que la institutriz insistía en mantener siempre perfectamente dobladas. Bonnie se había asegurado de elegir ese lugar porque, a esa hora, casi nadie entraba, salvo cuando entraban, claro está, lo cual las obligaba a bajar la voz y recomponer la expresión como si estuvieran hablando de los placeres del matrimonio. Cosa que nadie quería escuchar por decoro.

Bonnie sirvió el té con una calma que solo podía ser falsa, y Clara no tardó en notarlo.

—Habla —susurró Clara, acomodándose en el sillón, pero con una postura tan rígida que parecía estar preparándose para recibir una mala noticia.

—Oh, tranquila, no es nada, solo el motivo por el que mi esposo está en Inglaterra —murmuró Bonnie con una sonrisita inocente, sabiendo exactamente cómo provocarla.

Clara abrió los ojos como platos y casi derramó la leche.

—Bonnie, baja la voz. ¿Qué quieres decir con motivo?

Bonnie esperó a que la institutriz cruzara la puerta con su paso orgulloso, y cuando estuvo fuera de su vista, inclinó el cuerpo hacia adelante para contarle todo.

—Duncan no vino a buscar esposa —susurró, dejando caer la bomba como si fuese lo más natural del mundo—. Eso fue solo una mentira para ocultar lo verdaderamente importante de su viaje aquí.

Clara se atragantó con el té. Bonnie le dio una palmada en la espalda, más fuerte de lo necesario.

—¿Quieres matarme? —graznó Clara, tosiendo.

—No, quiero que escuches.

Clara se acomodó, todavía tosiendo un poco.

—Adelante. ¿Qué trama ahora tu esposo?

—Está buscando a su hermana y a su prima —respondió Bonnie con enorme seriedad—. Desaparecieron en Escocia. Y él cree que están en Londres, o peor aún, que están en manos del general Whitmore. En Whitechapel.

Clara se quedó de piedra. Nada de lo escuchado se lo esperaba.

—¿Y por qué me dices esto a mí? —preguntó, con un hilo de voz y un toque de incredulidad—. ¿Qué se supone que puedo hacer yo?

Bonnie respiró hondo, apoyando los codos en sus rodillas y juntando las manos.

—Porque tú eres cercana al hijo del general.

Clara se sonrojó inmediatamente.

—Yo no soy cercana a nadie —respondió rápido, demasiado rápido para sonar sincera.

Bonnie arqueó una ceja. Clara desvió la mirada.

—Clara —dijo Bonnie con su tono de hermana mayor, aunque no fuera la mayor—. Sabes perfectamente que él te mira como si fueras la única flor en un jardín que se marchita.

Clara casi dejó caer la cucharilla.

—Eso no significa que yo pueda… ¿qué? ¿preguntarle si su padre es un secuestrador? ¿Invitarlo a tomar té y decirle, oh por cierto, ¿dónde guarda a las pobres mujeres que desaparecen? ¡Bonnie, has perdido la cabeza!

Bonnie soltó un suspiro teatral, alzando los ojos al techo.

—No he dicho que le preguntes directamente. Solo he dicho que te acerques. Que observes. Que escuches.

—¿Y cómo esperas que lo haga sin levantar sospechas? —exigió Clara, frunciendo su ceño, y recostándose en el sillón como si quisiera hacerse más pequeña—. ¡No puedo visitar a un caballero en su casa! ¡Es impropio! ¡Indecente! ¡Ridículo!

Bonnie tomó un sorbo de té con absoluta tranquilidad.

—Pues tendrás que ser creativa —dijo con tono despreocupado.

—¿Creativa? —Clara casi gritó, pero tuvo que frenar al ver a la institutriz entrar al salón, cruzando la habitación como un halcón vigilante. Las dos hermanas cambiaron la postura al instante: recato, elegancia, silencio.

La institutriz pasó, y al segundo salió. Las dos hermanas exhalaron al mismo tiempo.

—Clara —continuó Bonnie, ahora más suave, más persuasiva—. No te estoy pidiendo que cometas una locura. Solo que aproveches lo que ya existe entre vosotros, y que nos ayudes a encontrar a esas muchachas que podrían estar sufriendo mientras hablamos del tiempo espantoso que hace en Londres.

Clara la miró con los ojos muy abiertos, mordiéndose el labio.

—No puedo visitarlo en su casa… —musitó Clara, más para sí misma que para Bonnie—. Pero quizá si lo encuentro por casualidad frente a su casa… *por casualidad*…

Bonnie sonrió con orgullo.

—Ahora sí hablas mi idioma.

Clara rodó los ojos, pero no pudo contener la sonrisa.

—Dios mío —dijo, llevándose la mano al pecho—. Me estás convirtiendo en ti.

—No, querida hermana —replicó Bonnie, dándole un toque cariñoso en la mano—. Solo estoy sacando la valentía que siempre has tenido.

CAPÍTULO 26

Clara llevaba dos horas exactas paseando frente a la casa de los Whitmore. Dos horas en las que había caminado en círculos, fingido observar los escaparates más cercanos, fingido esperar a alguien, y fingido no morirse de frío mientras intentaba recuperar algo de sangre en los dedos de las manos, que ya los sentía rígidos dentro de los guantes.

Esto es ridículo, se repetía cada cinco minutos. Pero seguía allí. Porque Bonnie tenía razón. Porque aquellas muchachas podían estar sufriendo. Y porque, bueno, tampoco era mentira que ver al hijo del general aceleraba su corazón de una forma que no sabía explicar sin ponerse roja como una amapola.

Una brisa helada la obligó a encogerse dentro del abrigo. Estaba a punto de rendirse, de admitir que ningún caballero decente saldría a pasear a esas horas, cuando escuchó la puerta de la mansión abrirse.

Clara se quedó inmóvil. Fingió que admiraba un árbol completamente pelado. Muy convincente no era.

—¿Señorita Ravenshire?

La voz cálida, reconocible, la atravesó de lleno.

Clara se giró tan rápido que casi perdió el equilibrio. Él estaba allí, a pocos pasos de ella, sorprendido pero claramente complacido.

—Señor Whitmore —balbuceó ella, sintiendo la quemazón inmediata en sus mejillas—. Qué, qué coincidencia.

La sonrisa de él se ensanchó, como si encontrara adorables sus nervios.

—¿Coincidencia? —inclinó la cabeza, divertido—. Llevo un rato observándola desde la ventana. Me temo que ha dado más vueltas a esta calle que el cochero de mi padre cuando no encuentra la entrada correcta. Y por favor llámeme Colin, ya se lo he dicho muchas veces.

Clara deseó desaparecer bajo la tierra.

—Yo… es decir… estaba dando un paseo —mintió con una torpeza tan evidente que él tuvo la delicadeza de fingir que se lo creía.

—Un paseo —repitió él, acercándose un paso más a ella—… con este frío.

Ella tragó saliva. Él estaba demasiado cerca. Podía oler el aroma cálido de su abrigo, podría haber contado la cantidad de pestañas que tenía.

—Me gusta el aire fresco —susurró, sin poder mirarlo más que un segundo seguido.

Él sonrió de nuevo, esa sonrisa que parecía hecha específicamente para desarmarla.

—A mí también —respondió, bajando ligeramente la voz—. Pero no me gusta verla como se le congela la sangre de sus manos. ¿Puedo?

Antes de que Clara comprendiera a qué se refería, él extendió la mano, le quitó los guantes, y tomó con dulzura los dedos de ella, fríos, casi congelados, comparados con los suyos. Los cubrió con ambas manos, frotando suavemente.

Clara contuvo el aliento.

—Están heladas —murmuró él, con un tono que sonaba peligrosamente cercano y a preocupación real.

—No… no es para tanto —mintió, sintiendo cómo cada caricia hacía que un escalofrío le recorriera la espalda.

Whitmore levantó la mirada hacia sus ojos y algo en su expresión cambió. Había ternura y un atrevimiento que nunca antes le había visto.

—Espero que no estuviese aquí esperándome a mí… —dijo con un toque de picardía, acercándose unos centímetros más de lo apropiado.

Clara se convirtió en fuego.

—¡No! —exclamó con rapidez—. ¡Claro que no! ¿Por qué habría de…? Es absurdo, yo no… no estoy esperando a nadie. Esto no tiene nada que ver con usted.

Él se rio, una risa baja que no ayudaba a que su corazón dejara de galopar con esa fuerza extraña.

—Entonces —dijo él, todavía sosteniéndole las manos—, tal vez sería menos incómodo si me permite acompañarla en su paseo casual.

Ella abrió la boca, pero no encontró respuesta.

Él dio otro paso, colocándose tan cerca que Clara tuvo que levantar la barbilla para mirarlo.

—A menos que… —añadió él, con voz suave— desee huir de mí.

Clara sintió que el corazón le daba un vuelco. No sabía si decir que sí, o salir corriendo de lo nerviosa que estaba.

—No estoy huyendo —dijo por fin, aunque apenas se escuchó a sí misma.

Él asintió, satisfecho.

—Entonces caminaré con usted. Y si se congela otra vez, me veré obligado a tomarle las manos de nuevo. Por su salud, por supuesto.

Ella bajó la mirada, roja hasta las orejas.

—Por supuesto —murmuró, sabiendo que no podría ocultar la sonrisa que se le escapaba.

El paseo comenzó en silencio, solo el crujir de la escarcha bajo sus pasos y el vapor que ambos exhalaban al respirar les acompañaba. Clara intentaba mantener la compostura, aunque a cada pocos segundos notaba cómo Colin, el hijo del general Whitmore para el resto del mundo, la miraba de reojo con esa diversión y genuina curiosidad.

Fue él quien rompió el silencio.

—No esperaba verla por este barrio —comentó, ajustándose los guantes—. Usted vive lejos de aquí.

Clara asintió, aunque evitó precisar la distancia. Si él sabía que venía desde la otra punta de la ciudad, podía preguntar demasiado.

—Es solo… una necesidad de cambio de aires —dijo, tratando de sonar despreocupada.

Él sonrió como si no le creyera del todo, pero no insistió. En cambio, añadió con suavidad:

—Por cierto ¿dónde se encuentra su padre?

—¿Mi padre?

—Sí, el general, ¿dónde está ahora?

—Si le interesa más mi padre que yo, le diré que él suele dar paseos por aquí antes del anochecer. Podría haberlo visto si hubiese llegado más tarde. No sé si tiene usted interés en él por algún motivo político o social… mi padre fascina a mucha gente.

Clara sintió un temblor involuntario. Colin se detuvo, inclinando un poco la cabeza.

—¿Sucede algo?

—No… no exactamente. Solo pensé que… usted podría contarme un poco sobre él —respondió ella, midiendo cada palabra—. Sobre el general.

Colin pareció encantado con la idea. Orgulloso, incluso.

—Primero le preguntaré algo sobre usted. ¿Qué ha hecho con su esposo? No es habitual que una mujer casada, además recientemente casada como lo está usted salga a pasear lejos de casa, sin acompañante ni su esposo…

Clara dio un respingo. Era cierto, ella estaba casada. No, ella no se había casado, pero a Colin no podía mentirle ni aún queriendo. Él sabía bien que Clara Ravenshire había contraído matrimonio con el vizconde, y ahora estaba dando un paseo junto a él.

—Mmm… Colin yo —dudó en si contarle la verdad— necesito que sepa algo que nadie sabe.

—No, no quiero que me cuente secretos, y menos porque la haya puesto en un aprieto, continuemos con nuestro paseo, le contaré lo que quiera saber sobre mi padre… —respondió Colin con una amplia sonrisa en su rostro—. Mi padre es un hombre de carácter fuerte, ya lo sabe la ciudad entera. Muy estricto, muy dedicado al servicio. Exceso de disciplina, dirían algunos… pero sin duda es admirable. ¿Qué desea saber?

Clara tragó saliva. El frío ya no era lo que la hacía temblar.

—Cualquier cosa que considere relevante —dijo, con una sonrisa—. Cómo es, cómo piensa, qué asuntos le preocupan últimamente…

Él lo interpretó como legítima curiosidad y comenzó a hablar con entusiasmo.

—Pues verá, últimamente lo he notado ocupado con algo, aunque no ha querido explicarme qué. Sale a horas inusuales, recibe visitas que no me presenta y pasa demasiado tiempo encerrado en su despacho. Nada que me dé mala espina, claro… solo que parece una operación de importancia. Quizá algún asunto del ejército, o la policía, o vaya usted a saber que se trae entre manos…

Clara respiró hondo. Era su oportunidad. Tenía que parecer casual, inocente, ingenua. Pero también recibir respuesta.

—Pues, ahora que lo menciona… —murmuró, mirando al frente— se habla de un tema muy feo por la ciudad. No sé si tendrá relación con eso que dice.

—¿Qué tema? —preguntó Colin, bajando el tono.

Clara actuó como si fuera un comentario lanzado sin pensar.

—Las desapariciones —susurró—, desapariciones de jovencitas. Muchachas muy jóvenes, apenas niñas en verdad. Algunas personas dicen que están siendo tomadas para venderlas. No sé, si quisieran esclavas, me parecería más lógico elegir mujeres adultas, no criaturas tan jóvenes…

Colin se detuvo en seco.

Clara también. Sintió el peso de su mirada, ya no divertida ni ligera, sino alarmada.

—Señorita Ravenshire —dijo él muy despacio—, ¿cómo… cómo sabe usted eso?

Ella abrió los labios, pero él continuó, desconcertado:

—Esa información no está circulando. Ni siquiera en los periódicos clandestinos. He escuchado rumores vagos, pero nada sobre edades ni, ni detalles tan específicos. Es información que las autoridades están ocultando deliberadamente. ¿Quién se lo ha dicho?

Clara sintió cómo la sangre huía de su rostro. Estaba atrapada. Podía intentar mentir, pero su propia torpeza la delataría.

—Lo sé… —susurró con un hilo de voz— porque alguien vino a pedir mi ayuda.

Colin frunció el ceño, sorprendido.

—¿Su ayuda? ¿Por qué la suya?

Clara inspiró profundamente. Quiso decir solo una parte. Quiso protegerse. Pero las palabras salieron como si hubieran estado esperando preparadas para ser escuchadas mucho tiempo.

—Porque creen que quienes están tomando a esas muchachas trabajan para alguien poderoso. Alguien con influencia. Alguien que puede mover tropas, chantajear policías, mandar cerrar bocas.

Colin la miró fijamente, incrédulo.

—¿Quién…?

Ella bajó la mirada. Sus dedos temblaban.

—Creen —murmuró finalmente, sin poder sostener más la tensión— que su padre, el general Whitmore está detrás de todo esto.

El silencio los envolvió de golpe. El aliento de ambos se elevaba en nubes blancas, inmóviles, como si el mundo entero hubiera dejado de moverse.

Colin tardó varios segundos en reaccionar.

—Señorita Ravenshire —dijo él, con voz baja— necesito que me explique exactamente qué le han dicho. Todo. Sin omitir nada.

Colin permaneció inmóvil tras la acusación. No habló ni respiró, ni pudo tan siquiera parpadear.

Era evidente que escuchar que su padre podía estar implicado en algo tan monstruoso lo desgarraba por dentro. La incredulidad fue su primera reacción pero no la única. Clara vio el fugaz destello en sus ojos: algo dentro de él ya lo temía.

—Mi padre —murmuró—. Es imposible. Aunque —apartó la mirada, turbado— últimamente ha actuado extraño, lo admito. Pero esto Clara, esto es una acusación gravísima.

Clara asintió con seriedad.

—Lo sé. Y no lo digo a la ligera. Déjeme contarle todo.

Y se lo contó. Sin omitir nada. Desde la llegada de Duncan a Londres, la desaparición de su hermana y su prima, los rumores, las pistas, la noche en Whitechapel, la investigación clandestina hasta el punto más delicado.

—Duncan —inhaló profundo— se casó con mi hermana para mantener su tapadera en la alta sociedad.

Colin la miró como si acabara de escuchar un disparate monumental.

—¿Con Bonnie? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Qué dice? Duncan está casado con *usted*. Con Clara Ravenshire.

Clara sintió el corazón saltarle del pecho. Había llegado el momento de contarle hasta lo que más le avergonzaba. Ya no podía ocultarlo más.

—No —dijo, sin rodeos—. No fue conmigo con quien se casó.

La expresión de Colin fue de desconcierto absoluto.

—¿Cómo que no lo hizo con usted? Usted estaba en la ceremonia. Usted estuvo allí.

—Estuve —admitió— pero no en el altar.

Colin la contempló como si intentara entender un acertijo.

Clara tragó saliva. Y lo dijo.

—Fue Bonnie quien dio el sí quiero.

Colin abrió los ojos cuanto le permitía el rostro.

—¿Qué?

Clara continuó, ahora con la voz más temblorosa, pero convencida de lo que contaba.

—Bonnie tomó mi lugar. Yo —se llevó una mano al pecho— yo amaba a otro hombre. Y el dolor de pensar que iba a casarme con Duncan, que iba a entregarme a un matrimonio frío cuando mi corazón estaba ya prometido en silencio, era insoportable. Bonnie me salvó. Cambiamos lugares el día de la boda. Solo ella, Duncan y yo lo sabemos. Bueno, también su ayudante de cámara el señor Harris.

Colin tardó en reaccionar. Era demasiada información junta. Su padre sospechoso. Una red de tráfico de muchachas. Un matrimonio fraudulento. Y Clara, la mujer que él creía comprometida, no lo estaba.

Entonces su rostro cambió por uno menos incrédulo, más curioso, casi tierno.

—Ya que estamos en este momento —dijo con voz suave— en el que los secretos afloran libremente, ¿sería usted tan generosa como para decirme quién es ese caballero al que ama?

Clara sintió cómo el calor le subía por el cuello y le encendía las mejillas. No podía mirarlo a los ojos. Pero él estaba allí, esperando. Como si la respuesta fuera, de algún modo, importante para él.

Ella levantó la mirada, apenas un instante, y luego la desvió. Sus labios temblaron.

—Es —susurró— es Colin Whitmore.

Se hizo un silencio tan intenso que hasta los latidos de sus corazones se hubiesen podido escuchar.

Clara continuó, porque ya no podía detenerse.

—Él es quien me hace sentir mariposas en el estómago. Él es quien me hace temblar las piernas cuando se acerca. Él es —tragó

saliva, roja como una amapola— él es el motivo por el que no pude casarme con nadie más.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos. Colin la contemplaba como si el mundo acabara de girar en sentido contrario.

Y entonces dio un paso hacia ella, lo hizo muy despacio, muy consciente de lo que estaba haciendo, demasiado decidido para ser un error.

Colin dio un paso hacia ella. Luego otro.
Clara no se movió. Ni siquiera respiró.

Cuando su mano subió para rozarle la mejilla, Clara sintió cómo el mundo entero parecía reducirse a ese ligero contacto. Sus dedos eran cálidos. Firmes. Y la forma en que la miraba, como si por fin entendiera algo que llevaba años buscando.

—Clara —susurró él, acercándose más— llevo, no sé bien cuanto tiempo, imagino que desde que tengo memoria, enamorado de usted.

El corazón de Clara dio un vuelco tan fuerte que casi le fallaron las piernas. Colin lo notó, porque deslizó su otra mano hacia su cintura, invitándola a sostenerse con su ayuda.

Ella lo hizo. No hubo palabras después. Solo el beso. Un beso que no fue atropellado ni torpe, sino profundo, suave, de esos que nacen de años de silencio y deseo, de esperar el momento idóneo, de sentir demasiado. El beso que Clara había soñado y que, en secreto, Colin también había guardado en el alma.

Cuando se separaron él apoyó su frente contra la de ella. Respiraban igual de rápido. La misma verdad latía entre ambos.

Ella lo abrazó. Él la rodeó con fuerza, como si quisiera protegerla de todo lo que estaba a punto de venir.
Aquel abrazo no era solo ternura. Era un refugio, un hilo de aire en medio de un torbellino que amenazaba con derrumbarlo todo.

Y justo cuando Clara pensó que el momento podía durar una eternidad…

—¡Por todos los santos, señorita Bonnie Ravenshire!

La institutriz se quedó petrificada al verlos, con los ojos tan abiertos que casi se le salieron de las órbitas.

Clara y Colin se separaron de golpe.
Clara estaba roja. Colin, sorprendentemente tranquilo.

—Qué… qué… ¿Qué está haciendo usted, señorita Bonnie? —La mujer se llevó las manos a la cabeza.

—Disculpe mi atrevimiento, yo no pretendía que nadie nos viese, ha sido una mala decisión…

—¡No, espere! Esa voz ¡Señorita Clara! ¡Pero si usted es una mujer casada! ¡Infiel! ¡Descarada! ¡Imprudente! ¡Casquivana! ¡Si su pobre padre la viera!

—Suficiente —dijo Colin, colocándose delante de Clara como un muro protector.

La institutriz retrocedió un paso. No esperaba que él interviniera, mucho menos con esa mirada fría.

—Usted —continuó Colin con voz profunda— debería cerrar esa boca si no quiere que todos sepan que suele visitar a mi padre a horas indecentes.

Clara abrió los ojos como platos. La institutriz palideció hasta parecer una sábana recién lavada.

—Yo, eso, no… —tartamudeó, retrocediendo otro paso.

Colin no apartó la vista de ella.

—Exacto. Guarde silencio. Por su propio bien.

La mujer bajó la cabeza, vencida, incapaz de pronunciar una palabra más. Y Clara, todavía recuperando el aliento del beso y de semejante revelación, murmuró:

—¿Qué, qué demonios has querido decir con eso, Colin?

—Después te lo explico —susurró, mirándola como si quisiera besarla otra vez—. Ahora será mejor que vayamos a ver a Duncan antes de que esto se convierta en un escándalo mayor.

Y Clara, con el corazón temblando, solo pudo asentir.

CAPÍTULO 27

El gran salón de Ravenshire Hall estaba en silencio cuando la discusión estalló. Duncan le acababa de anunciar su decisión con esa firmeza tan suya que a Bonnie le sacaba de quicio:

—Voy a regresar a Whitechapel esta misma noche. Tú te quedas aquí.

Bonnie parpadeó, incrédula. Luego su rostro se encendió como una antorcha.

—¿Perdona? ¿Me estás ordenando? ¿A mí?

—No es una orden, Bonnie —respondió él, cruzándose de brazos con esa calma que solo lograba irritarla más—. Es sentido común. Aquello es peligroso. Tú no vienes.

—Eres un cabezota insolente —escupió ella—. Me tratas como si yo fuera una carga. ¡Como una simple mujer!

Duncan soltó una risa baja, profunda, que resonó en el salón como un trueno.

—¿Y no lo eres?

Bonnie abrió la boca, escandalizada.

—¡Eres un bruto arrogante!

—Y tú eres— comenzó él, con una ceja alzada.

—¡No termines esa frase! —Bonnie alzó la mano para abofetearle sin pensárselo.

Pero Duncan la atrapó en el aire antes de que su palma llegara a rozarle la piel.

Sus dedos rodearon su muñeca con fuerza. Eran cálidos. Y fuertes. Demasiado fuertes para conseguir soltarse de su agarre, pensó ella.

Bonnie levantó entonces la otra mano, completamente dispuesta a soltarle un certero golpe, pero Duncan la atrapó también, esta vez con un gesto aún más rápido.

Y cuando ella intentó retroceder, él la empujó con su propio cuerpo, haciéndola chocar con la pared.

La respiración se le escapó del pecho en un jadeo que hasta a ella la sorprendió.

Duncan estaba demasiado cerca. Su cuerpo firme presionaba fuerte contra el de ella. Sus muñecas, atrapadas sobre su cabeza, y su mirada parecían proyectar un rojo candente.

—Eres incorregible y descarada —murmuró cerca de su oído, con una voz ronca que le recorrió la columna como un escalofrío—. Tendrían que haberte dado unos azotes cuando eras niña, a ver si así aprendías a obedecer.

Bonnie forcejeó, inútilmente. Cuanto más intentaba liberarse, más consciente era del cuerpo de Duncan pegado al suyo. Del calor que desprendía. Del latido acelerado de su corazón. Del olor a tan intenso que se hombre tenía y que le hacía perder la razón.

—¡Suéltame! —ordenó ella, con una voz que traicionó el temblor que trataba de ocultar.

—No hasta que dejes de amenazarme con tus manos —susurró él, inclinándose más a su rostro.

Su aliento le rozó la mejilla. Bonnie sintió que el corazón le golpeaba las costillas con tanta fuerza que le dolió.

—¿Me tienes miedo, Bonnie? —preguntó él, con una sonrisa ladeada que ella no podía soportar.

—No —respondió ella—. Pero sí sé reconocer a un idiota cuando lo tengo delante.

Duncan soltó una carcajada suave contra su cuello.
Bonnie casi se derritió de pura rabia por no poder hacer nada, y algo más se insertó entre sus piernas.

—Te juro que eres… —empezó él.

—¿Qué? ¿Qué soy? —lo desafió ella, elevando la barbilla, aún atrapada—. Dilo. Te reto.

Duncan la miró con descaro. Como si la estuviera memorizando.

—Eres… —sus ojos descendieron lentamente hasta su boca— imposible.

La tensión entre ambos se volvió casi tangible.
El silencio se sintió, denso, eléctrico.

Bonnie dejó de forcejear. No porque él la hubiese dominado, sino porque había dejado de tener claro qué parte de ella quería huir y cuál quería acercarse más.

Duncan bajó lentamente sus manos, liberando sus muñecas, pero sin separarse. Sus dedos descendieron por sus brazos, despacio, como si la conociera desde hacía años y no desde días.

—Bonnie… —susurró él.

Ella ya no respiraba. Duncan inclinó la cabeza, muy despacio, dándole tiempo para apartarse. Pero ella no se movió. Así que él la besó.

Fue un beso caliente. Intenso. De esos que empiezan como una advertencia y terminan siendo una rendición. El cuerpo de Bonnie reaccionó antes que su mente. Sus manos —las mismas que habían querido estamparle una bofetada— se aferraron a su camisa, tirando de él con toda la pasión y furia que la caracterizaba.

Y Duncan la besó más apasionado.
Más completo. Como si quisiera grabar ese instante en la memoria de ambos. Cuando por fin se separaron, ambos estaban sin aliento. Y él apoyó su frente en la de ella.

—Si vuelves a levantarme la mano —murmuró, todavía jadeando.

—¿Qué? —susurró ella, con la voz temblando.

Duncan sonrió, rozándole los labios con los suyos.

—Me veré obligado a besarte otra vez.

El beso aún vibraba entre ellos cuando unos golpes apresurados resonaron desde el vestíbulo inferior. Duncan y Bonnie se separaron con brusquedad, aunque él mantuvo las manos en su cintura como si sus dedos se hubieran acostumbrado demasiado rápido a ese lugar. Ella intentó recomponer su respiración, pero su pecho subía y bajaba con una agitación que no podía disimular.

Duncan abrió la boca para decir algo, pero fue interrumpido por la llegada de un criado jadeando.

—Milord, tiene visitas. El señor Colin Whitmore y, la señorita Bonnie Ravenshire.

Bonnie, que estaba allí junto a Duncan pensó cuanto tiempo más tendrían que seguir con ese cambio en las dos hermanas, hasta a ella le estaba costando lleva la interpretación en muchas ocasiones.

Duncan cerró los ojos un segundo, como si necesitara un instante para ahogar un millón de pensamientos.

—Hazlos pasar al salón principal —ordenó al fin.

El criado desapareció. Duncan se apartó de Bonnie, aunque lo hizo con la lentitud de un hombre que no estaba del todo seguro de querer separarse. Bonnie se tocó los labios con disimulo, como si necesitara confirmar que el beso había sido real. Él lo vio, y eso hizo que sus ojos brillaran.

Sin decir nada más, ambos caminaron hacia la entrada del salón. Duncan abrió la puerta y encontró a Colin y Clara de pie, algo nerviosos, como si hubiesen pasado parte del trayecto decidiendo quién hablaría primero.

Clara apenas pudo mirar a su hermana. Había un rubor evidente en sus mejillas y una emoción que la hacía parecer más viva que nunca. Colin, por su parte, mostraba una seriedad que rara vez se veía en él; tenía los hombros tensos y una sombra de preocupación grabada en la expresión.

—Lord McKenna, Bonnie —saludó Colin con una inclinación de cabeza—. Me temo que hemos venido con noticias y también con una petición.

Duncan miró primero a Colin, después a Clara. Luego volvió su atención a Bonnie, que cruzó los brazos sobre el pecho con una actitud que pretendía ser indolente, aunque sus ojos aún ardían con el recuerdo de su pelea… y del beso.

—Hablemos —dijo Duncan, invitándolos a tomar asiento.

Los cuatro se acomodaron. La tensión era tal que el aire parecía haber bajado diez grados alrededor de ellos.

Colin fue el primero en romper el silencio.

—He tomado una decisión —comenzó—. Pese a la gravedad de las sospechas que han recaído sobre mi padre, quiero ayudarles. Quiero hacerlo correctamente, con discreción, con inteligencia. Y de ser necesario, a espaldas de él.

Bonnie sintió que la sorpresa brotaba en su pecho y se mezclaba con un leve respeto. Duncan, sin embargo, mantuvo su

postura rígida.

—Aprecio la intención —respondió con voz baja—, pero si decides ayudar, debes entender algo desde ahora: no habrá una sola palabra dirigida al general. Nada. Ni por error, ni por educación, ni por respeto. Ni siquiera si él pregunta directamente.

Colin asintió sin vacilar.

—No pienso decirle nada. Sé que mi padre oculta asuntos que no puedo justificar, y si está metido en algo tan oscuro como lo que sospecháis, quiero ser parte de encontrar la verdad, y enmendarla.

Clara miró a Bonnie de reojo, buscando aprobación, pero fue Duncan quien habló.

—Muy bien. Pero la próxima vez —añadió con un gruñido suave— procura dejar al margen a las mujeres, en este caso a Clara.

Aquello hizo que Clara se quedara sin palabras, ella era tímida. Bonnie en cambio arqueó una ceja.

—¿Solo por ser mujeres? —repitió ella con un tono que no dejaba duda alguna a su enfado.

Colin carraspeó.

—Bueno, esta mujer, para mí es algo másque una simple mujer, es la mujer de mi vida, y aunque todavía no le he preguntado formalmente—miró a Clara y se le ablandaron los ojos— pensaba hacerlo pronto.

Clara quiso hundirse en el sillón.

Bonnie sonrió.

Duncan soltó un suspiro impaciente.

—Dejemos los enredos sentimentales para otro día —se levantó de un salto—. Vosotras dos os haréis lo que sea que dos mujeres suelen hacer inmediatamente. No es seguro para vosotras que forméis parte. Ni tampoco es prudente.

—No —intervino Bonnie, en tono firme—. Nadie se marcha hasta que hablemos de lo que realmente importa.

—Bonnie— gruñó Duncan.

—No me interrumpas, *esposo mío* —respondió ella sin mirarlo, con una sonrisita demasiado dulce como para ser inocente.

Clara ocultó la risa tras una mano. Colin fingió toser.

Bonnie prosiguió:

—Duncan y yo vamos a volver a Whitechapel. Esta noche.

Duncan giró la cabeza lentamente hacia ella, como un lobo.

—No —dijo con una calma que olía a tormenta—. Tú no vuelves allí.

—No soy una figurita de porcelana, Duncan. Y ya basta de tratarme como si lo fuera.

—Es peligroso —replicó él.

—También lo es esconder la cabeza en la tierra —respondió ella.

Clara observaba la escena como si presenciara una tormenta a punto de estallar sobre sus cabezas.

Colin murmuró hacia ella:

—Son intensos.

—Eso es quedarse corto —susurró Clara.

Duncan dio un paso hacia Bonnie y ella inmediatamente levantó la barbilla, de manera desafiante. Él extendió una mano como si fuese a tomarla del brazo, pero se detuvo a medio camino, dudando.

Ella sonrió.

Él perdió el control al instante.

Avanzó otro paso. Bonnie retrocedió uno, pero solo porque sabía que él vendría detrás.

Y lo hizo. Acabó acorralándola otra vez contra el marco de la puerta del salón, aunque esta vez él no tocó sus muñecas. Solo apoyó las manos a ambos lados de su rostro, cerrándole el paso.

—No irás —susurró, bajando la voz para que Colin y Clara no lo escucharan del todo.

—Me va a dar igual lo que decidas —replicó ella en el mismo susurro—. Iré de todas formas. Con o sin ti.

Él bajó la mirada hacia sus labios.

Bonnie sintió un temblor que casi le hizo cerrar los ojos.

—Eres desesperante —murmuró él.

—Y tú eres insoportable —susurró ella.

—Bonnie…

—¿Sí?

Duncan no se contuvo. La besó. Esta vez fue un beso más lento, más profundo, más consciente. Uno que contenía toda la discusión, toda la rabia, todo el miedo, toda la pasión y todo lo que ambos se negaban rotundamente a admitir.

Bonnie apretó sus dedos en la tela de su camisa.
Él inclinó más la cabeza, profundizando el beso.
Clara y Colin se miraron, incómodos y maravillados al mismo tiempo.

Y entonces, cuando Duncan se separó solo lo suficiente para respirar y Bonnie aún tenía los ojos cerrados, …una sombra pasó por el pasillo.

La institutriz. Se detuvo un segundo al ver la escena. Primero elevó una ceja. Luego miró a ambos con un juicio silencioso que casi, logró que Bonnie se sonrojara.

Finalmente, sin emitir palabra, siguió caminando con elegancia.

CAPÍTULO 28

El carro se detuvo suavemente ante un edificio elegante que destacaba en comparación con aquellas calles oscuras en las que habían permanecido durante semanas. Las niñas no pudieron ver mucho, porque apenas les habían retirado la tela que cubría sus cabezas lo suficiente para que pudieran respirar, pero no lo bastante como para reconocer el lugar. Sin embargo, la puerta que se abrió ante ellas dejaba entrever un vestíbulo amplio, con suelos de madera bien cuidada, cortinas de terciopelo y una luz cálida que contrastaba con la penumbra de los callejones de Whitechapel.

Las voces que las recibieron eran profundas y masculinas, pero educadas, como si estuviesen acostumbradas a manejar personas en situaciones delicadas. Las chicas fueron llevadas a un salón amplio, donde otras tres jóvenes ya esperaban. Todo allí estaba limpio, ordenado y sorprendentemente cómodo. Las paredes adornadas con cuadros, alfombras que amortiguaban los pasos, y muebles que denotaban riqueza hacían que todo pareciera casi irreal tras los días de suciedad y miedo que habían vivido.

—Vamos, mis zorritas, putitas —dijo la voz de un hombre, con apariencia distinguida, con un marcado acento extranjero que

no encajaba con el lugar donde las habían acomodado—. Será mejor que no os relajéis. Pronto alguien vendrá a… elegir lo que le guste.

Las niñas intercambiaron miradas de terror. Sus manos temblaban, sus cuerpos se encogían, pero el miedo no había apagado su espíritu luchador. Cada una se sentó con cuidado sobre las sillas situadas en lo que parecía un pequeño escenario, intentando ser lo más silenciosas posibles. Sus vestidos, recién lavados y planchados, se sentían extraños sobre la piel, suaves y extrañamente lujosos, y por un momento casi parecían esconder dónde estaban.

Una de las chicas más valientes se atrevió a levantar la mirada hacia el hombre que las vigilaba, y en un impulso desesperado, intentó girarse para quitarse la tela que aún cubría su boca. Sus dedos encontraron la tela, y con un movimiento rápido la bajo para poder gritar con fuerza.

—¡Socorro! ¡¡Ayuda!!

Pero la reacción fue inmediata: un golpe fuerte la derribó al suelo, recordándole con brutalidad que no había escape fácil de allí.

Las demás contuvieron la respiración, temblando, pero cada una aferrándose a la esperanza de que aún podrían luchar, que aún podrían resistir, aunque todo su cuerpo gritara miedo y cansancio.

Mientras se reincorporaban lentamente, el hombre continuaba con la voz igual de fría y precisa:

—Seréis elegidas pronto. Todo dependerá de quién llegue primero y pague más. Así que mantened la compostura, o descubriréis que el mundo no es tan amable como lo habéis conocido hasta ahora.

Las niñas se abrazaron a sí mismas, temblando, pero con la mirada fija en algún punto de la sala, como si mantenerse concentradas pudiera devolverles la fuerza que les habían arrancado. No podían moverse, no podían gritar.

El escenario estaba listo, las luces suaves pero suficientes, y las niñas apenas podían imaginar que aquel mismo lugar, que ahora parecía seguro y cuidado, pronto se convertiría en el espacio donde su destino comenzaría a decidirse, mientras observaban cómo se abría la puerta para la próxima fase de aquel terror cuidadosamente preparado.

—Está bien señores, calma, calma, hay muchachitas para todos, y para todos los gustos como van a poder comprobar —dijo la voz de un hombre con suficiente fuerza como para que ellas escuchasen al otro lado de la sala, todavía cubiertas por un basto telón que las ocultaba.

La tela apenas se movía, pero a través de ella, Callie y Mildred pudieron ver sombras desplazarse, siluetas de hombres que caminaban de un lado a otro, deseosos por poder evaluarlas con esa tranquilidad que les helaba hasta los huesos. La voz volvió a escucharse, esta vez más cercana, más autoritaria, como un látigo que golpeaba sin tocar físicamente sus pieles.

—Observadlas bien, caballeros. Todas ellas son jóvenes, sanas, y como podréis notar, absolutamente dóciles, o eso es lo que se espera.

Cuando el telón se corrió ante ellas, un murmullo de aprobación, frío, recorrió la sala. Cada palabra parecía poder medirlas, analizarlas, buscar algún signo de debilidad, de miedo o de rebeldía que pudieran castigar. Callie apretó los dientes, mientras Mildred se abrazaba a sí misma, temblando. Podía sentir cómo el corazón se le encogía ante la cercanía de aquellos hombres de apariencia noble, vestidos con chalecos y bastones, con gestos que en otro contexto serían respetables, pero que allí resultaban amenazantes y asquerosos.

—Mirad bien, señores —continuó la voz—. Algunas son más dóciles, otras algo más, temperamentales. Eso añade valor, os lo aseguro. No os aburriréis tan rápido de su compañía.

Callie y Mildred intercambiaron una mirada cargada de miedo. Cada comentario, cada evaluación, era como un cuchillo invisible que atravesaba su seguridad. No podían hablar, habían sido avisadas de que se les castigaría de inmediato no podían moverse más que caminar con cortos pasos pues sus tobillos estaban atados con una cuerda entre ellos que apenas separaban sus pies más de veinte centímetros; apenas podían respirar sin que se notara. La madera situada bajo sus pies se movía ligeramente con cada paso de los hombres, recordándoles que estaban completamente a su merced.

De repente, uno de los hombres, de porte particularmente elegante y mirada vacía, se acercó más que los demás. Su sombra se proyectó sobre el rostro de Callie, la autoridad que emanaba era aplastante. Sus palabras resonaron como un eco que jamás olvidarían:

—Qué sorpresa, parece que tenemos a unas jovencitas con carácter. Eso hará que la elección sea más, interesante. Esta no parece inglesa, quizá escocesa…

Callie sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y Mildred apretó los puños con tanta fuerza que se le clavaron las uñas en la palma. La idea de que pudieran ser observadas, evaluadas y finalmente entregadas a alguien con intenciones tan retorcidas les provocaba un terror que no se podía describir. Pero no había opción: debían permanecer rectas, porque mostrar miedo solo aumentaría el interés de aquellos hombres.

—No os preocupéis, pequeñas —dijo otra voz, más baja, con un tono de falsa dulzura que hacía que la piel de las niñas se erizara—. Solo tenéis que esperar a que nos decidamos.

El telón se movió apenas unos centímetros. Una corriente de aire hizo que Callie sintiera el corazón latir con fuerza, y Mildred contuvo un grito. La proximidad de aquellos hombres, que podrían

ser cualquier cosa, desde comerciantes hasta nobles con intenciones perversas, las mantenía en un estado de alerta absoluta. Cada respiración, cada movimiento, debía ser medido y contenido.

El horror no estaba en la suciedad ni en la violencia física: estaba en la certeza de que eran consideradas un objeto, en la vulnerabilidad absoluta, en la incertidumbre de qué harían con ellas, y en la constante vigilancia de hombres que, con solo mirarlas, podían decidir su destino.

Callie susurró a Mildred:

—Tenemos que mantenernos juntas y no dejarnos ver débiles. No podemos, no podemos darles esa satisfacción.

Mildred asintió, tragando saliva, mientras el murmullo de los hombres continuaba, y la subasta comenzaba a tomar forma, lenta pero inexorable.

La luz de las lámparas de aceite iluminaba a las cinco jóvenes, mostrando sus vestidos limpios y sus recientes peinados, su nerviosismo, sus manos temblorosas mientras intentaban no mirarse entre sí y mostrar algún signo de miedo. Cada gesto era observado, evaluado, catalogado.

—Bien, señores —anunció la voz cavernosa del subastador—. Tenemos delante a jóvenes que cumplen con todos los estándares de salud y belleza que podríais esperar, y cada una con su carácter. Observadlas bien.

Sus comentarios, aunque formulados con un aire de nobleza, eran grotescos, evaluando la postura de las niñas, sus movimientos, sus manos, sus ojos. La manera en que inclinaban la cabeza, la forma en que cruzaban las piernas, todo era analizado. Los murmullos se mezclaban con risas, con comentarios bajos que provocaban escalofríos.

—Yo quiero esta —comentó un hombre de voz profunda, señalando a una de las jóvenes—. Será interesante ver cómo se comporta bajo presión.

Callie sintió que la sangre se le helaba. Mildred apretó la mandíbula, pero ninguna de las dos podía rebelarse. Sabían que cualquier gesto de resistencia podría empeorar su situación.

—Siguiente —dijo el subastador, apuntando hacia la derecha del escenario—. Vamos a separar a estas jovencitas. Cada una irá a un comprador diferente. Parece que juntas se hacen demasiado fuertes.

El corazón de Callie y Mildred dio un vuelco. Sentían la angustia de la separación, el terror de no saber a quién les entregarían, ni qué destino les esperaba. Se tomaron de las manos por un instante, compartiendo una mirada que era una mezcla de miedo y solidaridad muda.

El subastador golpeó la madera del escenario con fuerza, y las niñas fueron empujadas suavemente pero con firmeza hacia diferentes compradores. Callie fue dirigida hacia un hombre corpulento, de traje impecable, que la examinaba con una sonrisa deshonesta, mientras Mildred fue tomada por otro hombre, de porte elegante, pero con una mirada que hacía que su estómago se revolviera.

Las cinco jóvenes comenzaron a caminar, separándose poco a poco.

—Recordad cual es vuestro lugar —dijo la voz cavernosa del subastador—. Obediencia y silencio, eso es todo lo que se espera de vosotras.

Callie sintió que una mano fría la guiaba, separándola de Mildred. Sus dedos rozaron por un instante los de su prima, un contacto que duró poco. Mildred la miró con los ojos cristalinos.

La sensación de estar a merced de hombres que no tenían piedad, que las miraban como objetos, y la certeza de que serían separadas, se hizo insoportable. La realidad era clara: lo peor aún no había llegado.

CAPÍTULO 29

Los cuatro —Duncan, Bonnie, Clara y Colin— siguieron cuidadosamente los pasos del general, manteniéndose a prudente distancia, observando cada giro de calle y cada pausa del hombre. La persecución los llevó por calles adoquinadas, estrechas y casi desiertas en aquella hora temprana. Duncan fruncía el ceño con cada cambio de dirección: la intuición le decía que todo esto los estaba alejando de Whitechapel, del peligro que tanto temía.

—Grosvenor Square… —murmuró para sí mismo, con el ceño fruncido—. Esto no tiene sentido… —se giró hacia Bonnie y Clara—. ¿Qué hacemos aquí?

Bonnie permaneció en silencio por un instante, concentrada en una de las casas elegantes que tenían frente a ellas. Sus ojos se abrieron al descubrir una fina rendija en la ventana, apenas suficiente para ver algo del interior. Su respiración se entrecortó.

—Duncan —susurró, casi sin aliento—. Mira por ahí…

Duncan se acercó, con el corazón latiéndole más rápido. A través de la rendija, distinguió a varias figuras elegantemente vestidas, y detrás de ellas, sobre un pequeño escenario, siluetas de

jóvenes que se movían con cautela. La escena le hizo tensar los músculos de inmediato.

—¿Qué… qué es esto? —preguntó—. Esto no parece un salón de reuniones.

Clara, a su lado, tragó saliva y se acercó un poco más a la rendija. Aunque no podía ver con claridad, sentía la tensión en el aire: algo grave estaba ocurriendo dentro de aquella casa elegante. Colin, observando todo, frunció el ceño y miró a Duncan.

—No podemos esperar más —dijo Bonnie—. Tenemos que actuar.

Duncan asintió, respirando hondo, mientras analizaba el lugar y los riesgos. Sabía que aquel estaría bien protegido después de ver lo que pasaba en el interior.

—Nos dividiremos —dijo Duncan, con voz autoritaria—. Bonnie y Clara, podéis quedaros para cubrir el flanco, observar desde algún escondite. Colin y yo entramos. Nadie debe ser visto hasta que sepamos lo que realmente ocurre.

Bonnie le lanzó una mirada decidida. Su instinto la impulsaba a actuar, a no dejar que lo que estuviese ocurriendo ahí adentro hiciera que las jóvenes sufrieran. Clara asintió, aunque su corazón latía con fuerza por el miedo. Colin permaneció alerta, comprendiendo que cada segundo contaba.

—¿Habéis visto al general? —preguntó Bonnie en susurros.

Negaron con la cabeza, pero sabían que estaba dentro, porque lo habían visto llegar allí.

Y así, con cuidado, comenzaron a moverse sigilosamente hasta entrar en el interior de aquella casa convertida en mercado humano.

Una vez dentro, y aprovechando una puerta entre abierta, Duncan se inclinó ligeramente hacia adelante, intentando ver a través de la rendija sin llamar la atención.

—Duncan —susurró Bonnie detrás de él—. Mira allí algo no está bien.

Duncan se cabreó al escucharla, había sido lo bastante claro, le había dicho que se quedaba fuera, pero de nuevo ella volvía a desafiarlo.

Siguió su mirada y entonces, desde aquel ángulo reducido por la rendija, pudo distinguir la silueta de varias jóvenes, de pie sobre lo que parecía un escenario, con hombres elegantes alrededor que parecía que las olfateaban. No podía verlas con claridad, no conseguía distinguirlas, pero algo en la disposición de la escena le hizo tensarse de inmediato: las niñas parecían expuestas, evaluadas, y los gestos de los hombres eran demasiado interesados.

—Esto… —murmuró Duncan, con un hilo de voz cargado de ira—. Voy a entrar.

—No Duncan, no podemos entrar ahí sin más… —dijo Bonnie, susurrando—. Tenemos que avisar a alguien. Somos pocos, ellos son muchos. No vamos a poder sacarlas de ahí.

—Tienes razón es peligroso —respondió él, aunque sus ojos no se apartaban de la escena—. No sabemos cuántos hombres hay, ni qué harán cuando nos descubran.

El hijo del general, Colin, permanecía un paso atrás, absorbiendo cada detalle. Su mirada estaba fija, analítica, intentando calcular el riesgo, pero también tratando de sentir lo que Duncan sentía: la urgencia de actuar antes de que fuera demasiado tarde para su hermana o su prima.

—No podemos perder tiempo —intervino Colin—. Si esas chicas están ahí y corren peligro, cada segundo cuenta.

Bonnie suspiró, sus dedos rozaban el marco de la puerta mientras observaba con detalle. Una de las niñas se movió ligeramente y, por un instante, Bonnie creyó reconocer ese cabello castaño y rizado del que Duncan le había hablado tantas veces que tenía Callie. Su corazón se aceleró y una mezcla de temor la recorrió.

—Sí —dijo con un hilo de voz—. Allí están y necesitamos sacarlas.

Duncan asintió, respirando hondo para calmar la rabia que le subía por dentro. Tomó la decisión al instante: necesitaban un plan rápido.

—Vamos a acercarnos más.

—Pero, Duncan —murmuró Clara—. Si nos descubren…

—No vamos a permitir que eso pase —interrumpió él con convicción—. Las sacaremos de ahí, cueste lo que cueste.

—Entonces vamos —dijo Bonnie.

Duncan estaba a punto de lanzarse, ya tenía las manos apoyadas contra la pared, el corazón le latía con fuerza y la rabia hervía en sus venas. Cada segundo que pasaba allí dentro, con aquellas niñas en peligro, le parecía una eternidad. Bonnie y Clara lo miraban con los ojos abiertos, conteniendo la respiración, intentando que no hiciera nada precipitado.

—¡Duncan, espera! —susurró Colin a su lado, con voz controlada—. Confía en mí. Déjame manejar esto. Quédate fuera, no podemos arriesgar a más personas, y tampoco a ellas —dijo mirando a las hermanas.

Duncan bufó, la frustración le carcomía, pero algo en la decisión de Colin le hizo retroceder un paso. Y con un movimiento rápido, se apartó de la pared y dejó que Colin avanzara. Bonnie y Clara se escondieron un poco más atrás, observando cómo él se adentraba en la habitación llena de hombres, cada uno con la mirada fija en las jóvenes, cada uno con una sonrisa asquerosa y gestos que helaban la sangre.

Colin caminaba con calma, mezclándose entre los caballeros, respirando profundamente, midiendo cada paso. Le costó varios minutos dar con su objetivo, esquivando miradas, comentarios y gestos que lo hacían temblar por dentro, pero que no podía

demostrar. Finalmente, identificó la figura imponente de su padre, el general, al fondo de la sala, rodeado de hombres que compartían su misma mirada perversa.

Se acercó a él por la espalda, cuidando cada movimiento, hasta colocarse a pocos pasos del hombro del general.

—Padre —dijo Colin, con un tono ligero, casi divertido—, ¿cuándo ibas a incluirme en las cosas más divertidas que parece que haces?

El general se sobresaltó, sus ojos encontraron los de su hijo. Primero hubo un parpadeo de sorpresa, luego la expresión cambió y sonrió, ampliamente, dejando escapar un par de golpecitos exagerados en el hombro de Colin.

—¡Vaya, hijo mío! —dijo con entusiasmo excesivo—. Qué semejanza tienes conmigo, siempre tan audaz, siempre tan, similar a mí.

Y dejándose llevar por la emoción, su voz cambió, cargada de orgullo.

—Dime, hijo, ¿te gusta alguna?

Colin tragó saliva, conteniendo un temblor que no podía permitir que se viera. Su estómago se revolvía, el corazón le latía con fuerza. Sabía que cada palabra que dijera a partir de ahora debía ser medida, calculada, porque un solo paso en falso podría arruinarlo todo. Pero también sabía que estaba allí por un propósito más grande: proteger a las jóvenes que estaban a merced de su padre y sus acompañantes.

—Padre —dijo finalmente—. Supongo que, supongo que me interesan todas.

Colin permaneció junto a su padre, conteniendo la respiración, mientras escuchaba cada palabra que salía de la boca del general. Sabía que cualquier gesto fuera de lugar, cualquier vacilación, podía delatar su verdadera intención.

—Hijo, todas es excesivo, ¿ves a alguien que te llame la atención? —preguntó el general, con una sonrisa amplia—. No te cortes. Puedes elegir a quien quieras antes de que desaparezcan.

Colin tragó saliva, luchando por mantener la compostura. Su mirada se desplazaba, buscando referencias, tratando de distinguir a las jóvenes. Intentando recordar si Duncan le había dado alguna descripción de las niñas. Sus manos se tensaron en los bolsillos, mientras su mente analizaba la mejor manera de avanzar sin levantar sospechas.

—Padre —dijo—, supongo que se podrá hacer una excepción con el hijo del general. Quizá si pudiese pasar un buen rato acompañado de todas ellas antes de que se las lleven sus dueños.

El general lo miró con aprobación, orgulloso de su hijo y de cómo parecía compartir sus gustos refinados. Colin cerró los ojos un instante, deseando poder borrar la sonrisa de satisfacción de su rostro y reemplazarla por otra de alarma. Cada palabra que pronunciaba era un disfraz, una mentira para proteger a las niñas que podían estar al alcance de los hombres que veía como monstruos disfrazados de caballeros.

Mientras tanto, Duncan, Bonnie y Clara permanecían fuera, escondidos tras la pared. Cada uno conteniendo la respiración, intentando permanecer invisibles, intentando no perder la calma. Bonnie miraba a Duncan con preocupación. Clara, pálida, no podía dejar de pensar en lo que ocurría al otro lado de la puerta.

—Espero que consiga lo que pretende, porque solo de pensar que estoy tan cerca de ellas y no hago nada, se me parte el alma —dijo Duncan.

—Creo que te entiendo, pero debemos confiar en Colin —dijo Bonnie.

—Confío en él —respondió Duncan con firmeza—. Y confío en que nosotros también podremos mantenernos invisibles hasta el momento preciso.

A través de la rendija de la ventana, Bonnie alcanzó a distinguir movimientos más cercanos al escenario. Los hombres comenzaron a seleccionar a las jóvenes, separándolas con gestos bruscos. Duncan apretó los puños, sintiendo la rabia y la impotencia golpearle el pecho, mientras su mente empezaba a trazar el plan para irrumpir y rescatar a las chicas antes de que fuera demasiado tarde.

Clara no podía contener aquellos escalofríos que le helaban el cuerpo.

—Duncan… —susurró—, no entiendo cómo pueden ser tan horribles.

—Lo sé —respondió él—. Pero no tengo respuesta, yo tampoco lo entiendo.

El general Whitmore caminó con paso firme entre los caballeros que se arremolinaban alrededor de escenario. Su mirada, dura y calculadora, se posó en el subastador.

—Escuche, maestro —dijo, con un aire de suficiencia que no admitía réplica—. Quiero que las muchachas esperen un momento en la alcoba de abajo. Necesitan divertirse un rato con mi hijo antes de que la venta se dé por finalizada y se marchen cada una con su comprador.

El subastador lo miró, incrédulo, con una mezcla de sorpresa y desaprobación.

—Pero, general, los hombres han pagado sumas considerables para hacerse con ellas —replicó, intentando mantener la compostura—. No sería correcto interrumpir el procedimiento.

—¿Incorrecto? —replicó Whitmore con una sonrisa cargada de arrogancia—. Si no fuera por mí, no habría mujeres para vender. Así que haga lo que le digo, o se arrepentirá de no haberlo hecho.

El subastador, después de titubear un instante, bajó la cabeza en señal de rendición.

—Como desee, mi general —susurró—. Que las lleven a la alcoba de abajo y esperen.

El general Whitmore asintió y se dio la vuelta con un aire satisfecho. Luego, acercándose a su hijo Colin, le habló con un gesto cargado de orgullo:

—Ya están preparadas para ti. ¿Necesitas ayuda para domarlas?

Colin tragó saliva, la repulsión le revolvía el estómago, sentía que sus entrañas se encogían ante la idea de entrar en aquella habitación. Con voz tranquila, intentando no mostrar su disgusto, respondió.

—No, no, soy suficientemente hombre como para manejar a cinco niñas.

El general Whitmore le dedicó una sonrisa triunfante y un golpe de hombro en señal de aprobación, complacido con la aparente audacia de su hijo, sin sospechar la repugnancia que lo invadía.

Colin respiró hondo y abrió la puerta de la alcoba inferior. Un golpe de angustia lo invadió por ver aquellos rostros cargados de miedo, de ansiedad y el silencio le dio la bienvenida. Las niñas estaban sentadas sobre el suelo, impecables en apariencia tras haber sido lavadas, peinadas y vestidas, pero los ojos enormes destacaban en sus rostros delgados, llenos de terror, que delataban la angustia de semanas de encierro, miedo y desconocimiento. Callie y Mildred se aferraban la una a la otra esperando lo peor.

Colin cerró la puerta tras él bloqueando la salida, y respiró hondo antes de elevar la voz para decir:

—¿Quiénes son familia de Duncan McKenna?

El silencio que siguió fue confuso, cargado de confusión. Las niñas intercambiaron miradas, intentando pensar si debían responder, si aquel hombre que las miraba con tanta intensidad era amigo o enemigo. Los dedos de Callie se apretaron alrededor de los de su prima, mientras Mildred tragaba saliva con esfuerzo, temblando, y finalmente, con voz temblorosa, respondió:

—Yo yo soy… nosotras somos —empezó a decir, mirando a Colin con cautela, como tanteando su intención.

El corazón de Colin latía con fuerza. Había llegado hasta allí para protegerlas, y no iba a fallar.

—Tranquilas —dijo, acercándose con calma—. Mi nombre es Colin Whitmore, y estoy aquí para ayudarles. Pero necesito que me obedezcan en todo lo que les diga. Nada de movimientos bruscos, nada de gritos. Solo así podremos salir de aquí.

Callie tragó saliva, con los labios temblorosos, y se aferró a la mano de su prima.

—¿Mi hermano está afuera? —preguntó con un hilo de voz, y la esperanza brillando en sus ojos.

—Sí —respondió Colin—. Tu hermano Duncan está justo afuera, vigilando. Pero ahora mismo, él no puede entrar. Deben seguirme y hacer exactamente lo que les digo. ¿Entendido?

—Sí —respondieron casi al unísono, aunque sus voces sonaban como susurros temblando de miedo.

Mildred levantó la cabeza con un gesto inseguro y preguntó:

—¿Y las demás niñas? ¿Van a quedarse aquí?

Colin negó con la cabeza, con pura decisión y rabia en sus ojos.

—No, ninguna de ustedes se queda aquí —respondió con seriedad—. He visto cómo los hombres que esperan afuera las miran. Niñas como ustedes no deberían estar aquí para que esas personas las deseen. Ninguna. Todas van a salir de este lugar. Pero deben hacerlo conmigo y seguir cada instrucción. ¿Me han entendido?

—Sí —repitieron, pero esta vez más convencidas que la anterior, comprendiendo que estaban ante alguien que realmente deseaba protegerlas.

—Muy bien —continuó Colin—. Primero, necesitamos movernos con cuidado. Nadie debe escucharnos. Ningún ruido, ningún descuido. Me seguirán sin hacer preguntas hasta que estemos fuera de aquí, ¿de acuerdo?

Callie asintió, apretando con fuerza la mano de su prima.

—¿Nos llevará donde mi hermano? —preguntó sintiendo todavía algo de desconfianza.

—Eso es lo que vamos a hacer —dijo Colin, bajando un poco la voz—. Pero primero, necesitamos salir de esta alcoba. Confíen en mí, y estarán a salvo.

Mildred tragó saliva y se incorporó con esfuerzo.

—Pero ¿y si nos descubren? —preguntó—. ¿Y si nos atrapan?

—No van a atraparnos —aseguró Colin—. Yo no voy a permitirlo. Pero necesito que confíen, aunque les cueste. Todo va a depender de su obediencia ahora mismo. ¿Pueden hacerlo?

—Sí —respondió Callie.

—Sí —repitió Mildred, cerrando los ojos un momento antes de asentir.

Colin respiró hondo y las miró una por una.

—Bien. Entonces vamos a salir de aquí. Todas ustedes. Ninguna queda atrás. Y recuerden, deben seguirme sin hacer ruido,

sin mirar atrás, y sobre todo, sin llamar la atención de nadie.

—Sí —dijeron al unísono, con un hilo de voz pero con la firmeza que solo la desesperación y la necesidad de sobrevivir podía otorgar.

Colin asintió.

—Muy bien —susurró—. Ahora, sigan mis pasos. Y recuerden, la seguridad de todas depende de que nadie se mueva sin mi indicación.

Con un gesto firme, las niñas se pusieron tras él, formando una fila silencios. Colin las guio hacia la salida, mientras el peligro acechaba a solo unos metros, y él juraba en silencio que no permitiría que ninguna de ellas volviera a caer en manos de aquellos monstruos.

CAPÍTULO 30

Avanzaban con cuidado por el pasillo, las cinco niñas formando una fila compacta detrás de Colin, cada paso que daban sentían el corazón latiendo con fuerza en sus pechos, lo mismo que Colin. Solo unos metros los separaban de la puerta trasera, de la libertad que se vislumbraba en la tenue luz que entraba por la rendija del umbral. Callie y Mildred apenas se atrevían a respirar, pero el arrojo de seguir a Colin les daba un hilo de esperanza.

De repente, una sombra se interpuso frente a ellos. Un duro golpe recibieron todos: era el general, rodeado de hombres de aspecto severo, bloqueando el paso como un muro impenetrable. Su expresión era de desdén absoluto, y al ver a Colin, sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—¿Y a dónde crees que vas? —dijo con una voz llena de un cruel deleite.

—¡Atrás! —gritó Duncan, sin pensar, lanzándose hacia su hermana y prima. —¡No permitiré que las toquen!

Pero el general ya había anticipado el movimiento, y los hombres que lo rodeaban se abalanzaron con rapidez. La fila de caballeros y hombres robustos bloqueó cualquier salida, y antes de

que Duncan pudiera envolver a Callie en un abrazo protector, un empujón lo tiró hacia atrás, obligándolo a pelear con el primero de ellos.

—¡Déjenlas en paz! —gritó Colin, mientras esquivaba un golpe y arremetía contra otro hombre, usando la fuerza y la agilidad de un hombre acostumbrado a la lucha.

Los golpes comenzaron a llover por todos lados. Los hombres del general eran demasiados, y aunque Duncan y Colin luchaban con desesperación, el peso numérico era abrumador. Callie y Mildred intentaban retroceder, pero uno de los caballeros las empujó violentamente contra la pared. Mildred tropezó y cayó, raspándose la rodilla en el suelo del pasillo.

—¡Mildred! —gritó Duncan, lanzándose para levantarla, pero otro hombre lo golpeó en el hombro con fuerza, haciéndolo retroceder.

—¡No vamos a rendirnos! —jadeó Colin, mientras levantaba un brazo para repeler un golpe. Su rostro lleno de concentración se endureció—. ¡Duncan, cuidado por tu derecha!

El sonido de los golpes era abrumador. Duncan logró empujar a un agresor contra la pared y girar para golpear al siguiente, mientras Colin hacía lo mismo, pero por cada hombre que caía, dos más aparecían para reemplazarlo. La desesperación se dibujaba en sus miradas: era evidente que solos no podrían.

—¡Están por encima de nosotros! —gritó Duncan, jadeando—. ¡No podemos más!

Y justo cuando parecía que la derrota sería total, un estampido seco resonó sobre ellos: disparos al aire, contundentes, cortando el caos de inmediato. Los hombres que rodeaban al general se detuvieron, sorprendidos y retrocediendo instintivamente. El pasillo se llenó de un eco metálico y cortante: la policía había llegado.

Harris irrumpió con decisión, seguido por varios oficiales, armas en mano, avanzando con firmeza y autoridad. Los hombres del general intentaron resistir, pero los disparos al aire los obligaron a retroceder. Harris, con rapidez, apartó a Duncan y Colin de los hombres que aún buscaban atacar, creando un muro humano de protección alrededor de las niñas.

—¡Están a salvo! —gruñó Harris, mientras miraba a los oficiales para señalar a las muchachas.

El general, visiblemente furioso y humillado por la llegada de la policía, retrocedió, mientras Colin y Duncan respiraban agitadamente, sudorosos, con sangre y rasguños visibles en brazos y hombros.

—¿Estáis bien? —preguntó Duncan, mientras abrazaba a Callie y luego a Mildred, revisando que no tuviesen heridas graves.

—Sí gracias a vosotros —susurró Callie, temblando—. Nunca pensé que alguien vendría por nosotras.

—Eso es porque no conocéis bien a Duncan entonces —dijo Colin, respirando con dificultad, limpiándose la sangre de un corte en la frente.

—¡Vamos! —ordenó Harris, señalando la salida mientras los oficiales aseguraban el lugar y empezaban a detener al resto—. Afuera es seguro, pero adentro todavía hay demasiados hombres que podrían reaccionar.

Mientras salían, Duncan miró a Colin y Harris, agradecido y con respeto por el valor de ambos. El corazón de Duncan se aceleró, no solo por la adrenalina de la lucha, sino por la certeza de que, gracias a ellos, Callie y Mildred finalmente estaban a salvo.

CAPÍTULO 31

Cuatro días habían pasado desde aquel horror que había azotado a sus vidas, y el aire en Ravenshire Hall era, por fin, más ligero, aunque todavía había algo que atormentaba a Duncan.

Mildred y Callie se encontraban a salvo, alojadas en la misma ala de la mansión donde la familia se había reorganizado para acogerlas. Sus mejillas aún conservaban un leve rubor por la fatiga y el miedo recientes, pero había en sus ojos un brillo de esperanza, un destello que no se habían permitido durante las semanas de cautiverio.

Clara y Bonnie se habían volcado en ellas, cuidando cada detalle: la ropa limpia y perfectamente planchada, los peinados que devolvían un poco de dignidad, los pequeños mimos que, aunque simples, significaban más de lo que las palabras podían expresar. Cada sonrisa compartida entre las hermanas era un pequeño triunfo, un recordatorio de que, pese a todo, la seguridad podía sentirse real otra vez.

Duncan, aunque extenuado, caminaba por los pasillos con orgullo y alivio en el rostro. Cada gesto hacia Callie y Mildred era protector, casi reverencial. Observaba cómo se adaptaban

lentamente al calor de un hogar que hasta hacía poco les había sido negado, y no podía evitar sentir que parte de la carga que había llevado durante semanas comenzaba a aligerarse.

—Han pasado por tanto —murmuró el conde de Ravenshire mientras recorría la sala principal, con la mirada fija en las jóvenes—. Pero aquí, por fin, están seguras. Y gracias a ti, que no has dudado un segundo en recorrer millas por tratar de salvarlas —le dijo a Duncan.

Clara sonrió con suavidad, ajustando un mechón de cabello que caía sobre la frente de Callie, y añadió:

—Tienes razón padre, esto es gracias a Duncan y a alguien más cuya valentía merece más de lo que podamos agradecer con palabras.

Bonnie, con los brazos cruzados y una expresión de travesura, añadió:

—Así es, gracias a un hombre que, si no fuera por su insistencia y valor, quizás todavía tendríamos que esperar noticias que nunca llegarían.

Duncan se acercó a ellas, posando una mano firme sobre el hombro de Callie, mientras con la otra sostenía el brazo de Mildred. Sus miradas se cruzaron, silenciosas y llenas de gratitud y amor.

—Todo está bien ahora —dijo él con voz grave pero cálida—. vuestros padres están en camino desde Escocia, alertados de la gran noticia. Pronto estarán con nosotros, y podrán sentir la seguridad que merecéis.

Un pequeño suspiro de alivio escapó de los labios de Callie, y Mildred no pudo evitar abrazar a Duncan, con ese afecto y agradecimiento que hizo sonreír al vizconde y al conde.

—No hay palabras suficientes —susurró Clara— para expresar lo que sentimos todos, pero lo importante es que están aquí, sanas y a salvo.

Bonnie asintió, y por un instante, toda la tensión acumulada en los últimos días pareció desvanecerse. Había miedo, sí, pero también esperanza, cariño y la certeza de que, aunque el peligro acechara aún en el mundo, en Ravenshire Hall, por primera vez en mucho tiempo, podían respirar y sentir que estaban protegidas.

Duncan miró a Bonnie y Clara con una leve sonrisa, y añadió:

—Se me olvidaba que ha llegado alguien, además ha demostrado un valor que merece todo el reconocimiento, y quizás algo más que una simple gratitud.

Las chicas intercambiaron miradas, y en ellas había un brillo de complicidad y emoción. Era un momento que ninguno olvidaría jamás: cuatro días de miedo convertidos en una sensación de hogar, de calor y, sobre todo, de seguridad, donde la familia y la valentía habían vencido al terror.

—Colin —lo saludó el conde, avanzando hacia él con un porte orgulloso—. Bienvenido a mi casa. Y debo decir —una sonrisa leve suavizó la severidad habitual de su rostro—, que este recibimiento se queda corto para lo que te mereces.

Colin bajó la mirada con respeto.

—Solo hice lo que debía, milord.

—No —corrigió el conde con un tono tan firme que incluso Duncan se enderezó—. Hiciste mucho más que eso.

El silencio se extendió un instante. Luego, el conde añadió con voz clara, para que todos oyeran:

—He recibido una carta oficial esta misma mañana. La reina te llamará ante la corte en cuestión de días. Se te otorgará el título de barón por tu valentía, por tu servicio al pueblo, y —lo miró directamente a los ojos— por el coraje de enfrentarte a tu propio padre cuando supiste que aquello era lo correcto.

Clara se llevó ambas manos al pecho; Bonnie soltó una exclamación de júbilo; Mildred y Callie intercambiaron una mirada de

admiración absoluta.

Colin parpadeó, incrédulo.

—Yo, ¿barón?

—Un barón —repitió el conde con orgullo—. Y más que merecedor del título.

Dio un paso más, colocándose frente al joven Whitmore, y entonces cambió de tono. Se volvió más íntimo, más cálido, pero igual de respetable.

—Y ya que estamos, Colin, creo que debo dejar algo muy claro. Cuentas con toda mi aprobación en lo relacionado al matrimonio con mi hija Clara.

Hubo un silencio tan profundo que Bonnie pensó que podía escuchar su propio corazón saltando en su pecho. Clara abrió los ojos como platos, tan roja que parecía una amapola al sol.

Bonnie y Clara se miraron con pánico mezclado con sorpresa.

¿Cómo? ¿Desde cuándo…?

Bonnie, incapaz de contenerse, fue la primera en hablar:

—Padre ¿desde cuándo lo sabes?

El conde se aclaró la garganta fingiendo una tos teatral, como si quisiera conseguir tiempo.

—Bueno —se pasó una mano por el bigote con toda la paciencia del mundo—. Desde que te lanzaste a los brazos de Duncan el día de la boda y, después de dar el sí quiero, le respondiste al beso.

Duncan, que estaba bebiendo un sorbo de agua, casi se atraganta. Bonnie se puso rígida. Clara abrió aún más los ojos.

El conde prosiguió, totalmente impasible:

—Clara jamás habría devuelto un beso que durara más de un segundo. En cambio tú, hija mía, parecías bastante cómoda entre

sus brazos.

Por un instante nadie respiró.

Y después, todos, todos, estallaron en risas.

Bonnie escondió el rostro con ambas manos mientras Duncan, todavía rojo como un niño después de ser pillado haciendo travesuras, negaba suavemente con la cabeza. Clara reía entre lágrimas, Mildred y Callie se abrazaban sin comprender del todo pero felices, y Colin… Colin miraba a Clara como si no existiera nadie más en el mundo.

El conde, satisfecho, cruzó los brazos.

—Vaya alivio —añadió Bonnie entre risas, aún roja—. Creía que nos habías descubierto por algo mucho más vergonzoso.

—Por favor, hija —respondió él con serenidad—. He criado a una niña tan calmada que en ocasiones he llegado a pensar de si verdaderamente sigue con nosotros, y a otra que es un huracán con falda. ¿Realmente creíais que podíais engañarme?

Bonnie se tapó la cara de nuevo; Clara emitió una risa amplia. Hasta Duncan sonrió, esa sonrisa rara, profunda, que Bonnie empezaba a conocer demasiado bien.

Y en medio de la alegría y del alivio, Colin dio un paso hacia Clara. Ella lo recibió con una sonrisa tímida, pero radiante.

Sí, después de tanto dolor, tanta tensión y tanto miedo por fin entraba luz. Una luz cálida para todos.

EPÍLOGO

La noche había caído sobre Ravenshire con una suavidad casi benévola. Los pasillos estaban silenciosos, y el hogar, por primera vez en semanas, respiraba paz. La hermana de Duncan y su prima ya habían partido al amanecer con sus familias, dejando abrazos, risas, promesas de cartas, y un hueco cálido en el corazón de todos.

En la habitación de Bonnie, las velas ardían con una luz tenue que oscilaba con la brisa nocturna. Duncan y ella estaban recostados entre las sábanas blancas, aún tibias después de tantas caricias y tantas verdades reveladas.

Bonnie acariciaba distraídamente la mano de Duncan sobre su vientre. Él la observaba en silencio, como si quisiera grabar cada gesto, cada pestañeo.

—Me ha encantado conocer a tu padre y a tu tía —dijo Bonnie finalmente, con una sonrisa suave—. No esperaba sentirme tan cómoda, tan parte de algo.

Duncan respiró hondo.

—Bonnie… —murmuró, con esa voz grave que parecía acariciarla—. Debo regresar a Escocia.

Ella no se estremeció, actuó con normalidad, con comprensión, ni siquiera arqueó una ceja. Solo asintió, como si hubiera estado esperando esas palabras desde hacía días.

—Lo sé —respondió con serenidad—. Después de todo, nos casamos porque necesitabas mantener tu fachada, evitar sospechas, ganar tiempo para descubrir qué les había pasado realmente a tu hermana y prima. Entiendo que debas volver.

Sus dedos rozaron su mejilla en una caricia triste, pero sin reproches.

—Así que sí, acepto tu decisión.

Duncan la miró como si algo en su interior se quebrara.

Bonnie sonrió un poco más y, con delicadeza, se inclinó hacia él para darle un beso suave, casi como si fuese una despedida anticipada. Pero Duncan no correspondió de inmediato; se apartó de ella, lo justo para mirarla con expresión desconcertada.

—¿Aceptas así, sin más? —preguntó, incapaz de fingir neutralidad—. ¿No te molesta que tu esposo se marche a Escocia?

Ella alzó una ceja, irónica y dulce.

—Mi esposo —repitió con un suspiro entre resignado y juguetón—. Duncan, entiendo que lo eres porque estabas obligado a casarte para liberar a tu hermana. Yo —bajó la mirada, sincera, vulnerable—. Yo solo fui un daño colateral.

Duncan sintió cómo esas palabras se le clavaban hondo en el pecho.

Sin pensarlo, se inclinó sobre ella, apoyándose con los brazos a ambos lados de su cuerpo, atrapándola entre las sábanas. Su mirada ardía, y no era de deseo, sino de una mezcla peligrosa de frustración, amor y una determinación que Bonnie aún no comprendía del todo.

—Pues yo exijo que mi mujer se enfade —dijo con voz baja, ronca, casi sonando como un gruñido suave—. Incluso que desee

abofetearme por decirle que me marcho lejos de ella.

Bonnie lo observó. Una sonrisa lenta y luminosa curvó sus labios.

—¿Eso quieres?

—Eso necesito —corrigió él, rozando su nariz con la de ella—. Quiero que te importe. Quiero que me quieras lo suficiente como para no dejarme ir sin luchar por mí.

Bonnie soltó una risa suave, llena de incredulidad por lo que escuchaba, y lo tomó del rostro con ambas manos.

—¿Y tú? —susurró, acercándolo más—. ¿Me quieres lo suficiente como para quedarte?

La pregunta se quedó entre los dos, hermosa.

Duncan no contestó con palabras. La besó. Fue un beso imprudente. Era un reclamo, una declaración, una súplica y una promesa. La pasión los envolvió de inmediato, encendiendo la piel, acercando sus cuerpos hasta que no hubo espacio ni aire entre ellos.

Las sábanas se deslizaron, la lámpara titiló con la corriente de aire, y el mundo se redujo a dos cuerpos que ardían con la misma intensidad con la que por fin dejaban atrás todo el miedo acumulado.

Bonnie lo atrajo hacia sí con un suspiro, respondiendo al beso con la misma fuerza, la misma hambre que había empezado a sentir semanas atrás.

Duncan sonrió contra su boca.

—Así sí —murmuró—. Así quiero que me detengas si intento marcharme. Promételo o no te dejaré salir de esta cama.

Bonnie lo abrazó con fuerza, riendo entre besos que los devoraban mutuamente.

—Entonces no te prometeré nada —dijo antes de besarlo de nuevo.

FIN